



EL OJO ILUSTRADO



Número 343

1º Abril - 1906

CASA EMPIRE

SUMARIO

TEXTO

	PÁGINAS
Mauricio Maeterlinck Flores de los campos.....	228
Jesús Semprán Entreacto [Poema en prosa].....	230
A. J. Calcaño Herrera Azar [Poema].....	232
F. Jiménez Arráiz Alma criolla: Fragmentos de novela.....	236
Mark Twain El disco de la muerte.....	238
Juan Duzán Bella estación.....	239
Juan Rosadi El proceso de Jesús.....	241
Marco-Antonio Saluzzo El Padre Didón: Cartas á la señorita Th. V., [Fragmentos].....	247
Julián Jnderíns Lecturas: La fin de notre ère.....	249
Bénder " Influencias Literarias.....	250
Alejandro Urbaneja Jnrisprudencia: Sobre la temeridad de los litigantes.....	250
Rogelio Illarramendy Para J. I. Vargas Vila.....	253
Abigail Castillo Del cocnyo al sol.....	253

VIDA LITERARIA

Jesús Semprán Bibliografía.....	252
A. R. L. Notas é Informaciones: Derecho y So- ciología.....	251
La Dirección	
{ Doctor Samuel Darío Maldonado.....	240
{ Sneltos Editoriales.....	253
{ Explicación de los grabados.....	254

SECCION RECREATIVA

Las burbujas y la velocidad de los barcos.—La luz como anestésico.—La riqueza autora de la despoblación.—Las máquinas automáticas.—El mayor mapa del mundo.—Por qué quitan el apetito las emociones.—Gentes que hablan y escriben idiomas extranjeros sin haberlos aprendido.....	254 á 258
Anuncios.....	

GRABADOS

Carlos Dolci : La Dolorosa—[Galería Real de Turín].....	227
Jordaens : Los cuatro evangelistas—[Escnola flamenca].....	229
Jordaens : Jesús arroja á los mercaderes del templo—[Museo del Louvre].....	230
P. Véronèse : Las bodas de Caná—[Museo del Louvre].....	231
M. Zeno Diemer : Cristo en el mar.....	233
Hofmann : Jesús en el Huerto de los Olivos.....	235
Rubens : Museo del Louvre—El triunfo de la Religión [Escnola flamenca].....	237
Champaigne : La Cena.....	239
Doctor Samnel Darío Maldonado	240
Jean Beraud : Camino del Calvario.....	241
Rubens : Cristo en la Cruz.....	243
Montagna : El Calvario.....	245
Rabollmi : El Santo Cuerpo—[Museo Británico].....	247
A. Ciseri : El Santo Entierro.....	249
Rafael : El descendimiento—[Año de 1507].....	251
General Joaquín Garrido	253

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XV

1º DE ABRIL DE 1906

Nº 343

PRECIO

Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

Empresa El Cojo - Caracas - Venezuela

EDICIÓN QUINCENAL

Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Fste 4—Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



Carlo Dolci: La dolorosa - (Galería Real de Turín)

FLORES DE LOS CAMPOS

A las puertas de la ciudad, solícitas acogen nuestros pasos, tendiendo una alfombra de jubilosa policromía que se agita locamente a las claridades del sol. Es evidente que nos esperaban. Desde los

primeros rayos de Marzo, el Rompe-nieve ó Campanula de invierno, hijo heroico de la escarcha, ha sonado el despertar. Entonces salen de la tierra esfuerzos aún informes de una memoria dormida, vagos fantasmas, pálidas flores, apenas flores! el Saxifrago-de-tres-dedos ó Rompe-piedra; la Bolsa-del-Pastor, casi invisible; la Scila de dos hojas; el Eléboro fétido ó Rosa de la Serpiente; la Laureola envenenada y sombría; el Petasito, que llaman aún lúgubremente hierba del tiñoso, hierba de la peste, todos y todas de salud raquítica y sospechosa; tentativas azuladas, rosadas, indecisas; primera fiebre de vida en que la naturaleza expulsa sus malignos humores; cautivas anemias que liberta el invierno; convalecientes de las prisiones subterráneas; ensayos tímidos y torpes de la luz aún amortajada.

Pero pronto ésta se aventura en el espacio; los pensamientos nupciales de la tierra se iluminan y se purifican; los esbozos desaparecen; los vagos sueños de la noche se desvanecen, como una niebla disipada por la aurora; y en derredor de las ciudades, donde el hombre las ignora, las buenas flores rústicas comienzan en el espacio su fiesta sin testigos. ¡Qué importa! Ellas están allí y hacen ya su miel, cuando sus hermanas orgullosas, las que tienen todos nuestros cuidados, tiemblan aún en el fondo de los invernaderos. Estarán allí lo mismo, en los prados inundados, en los senderos herbosos, y para ornar las rutas con simplicidad, cuando las primeras nieves cubran las praderas. Nadie las sienbra y nadie las recoge. Sobreviven á su gloria, y el hombre las maltrata bajo sus plantas. Sin embargo, no hace mucho tiempo, representaban ellas solas la alegría de la naturaleza. Hace unos cien años, antes que sus hermanas, brillantes y fríolentas, llegaran de las Indias, de las Islas, del Japón, ó antes que sus propias hijas, ingratas y desconocidas, hubieran usurpado su lugar, sólo ellas alegraban las miradas afligidas; sólo ellas iluminaban las puertas de las cabañas, el patio del castillo, y seguían en los bosques el paso de los enamorados. Pero esos tiempos no son ya, y ahora están destronadas. No han conservado de su pasada dicha más que los nombres que

recibieron cuando eran amadas. Y esos nombres demuestran, lo que fueron para el hombre: todo su reconocimiento, su atenta ternura, todo lo que él les debía, todo lo que ellas le daban, se encuentra allí encerrado, como dentro de las perlas huecas, un aroma secular. Tienen, pues, nombres de reina, de pastora, de virgen, de princesa, de sílfide y de hada, que pasan como una caricia y un relámpago, con un beso y un murmullo de amor sobre los labios. No hay, creo yo, en nuestra lengua, nada que esté mejor, más delicada y afectuosamente designado que esas flores populares. En este caso, la palabra viste casi siempre la idea con un enidado, una precisión ligera, una felicidad admirable. Es como una tela ornada y transparente que amolda exactamente la forma que envuelve, y que tiene el matiz, el perfume y el sonido que convienen. Nombrad tan sólo la Margarita, la Violeta, el Jazmín y la Anapola: el nombre es la flor misma. ¡Qué maravilla, por ejemplo, esa especie de grito, y de cresta de luz y de alegría: «Anapola,» para designar la flor escarlata que los sabios abrumaban con el título bárbaro de «*Papaver rhoeas!*» Ved la Primavera ó Primerola, la Pervinca, la Anémone, el Jacinto de los bosques, la Verónica azul, el No-me-olvides, el Iris, la Campanula: su nombre los pinta por equivalentes y analogías, que los más grandes poetas no encuentran sino raramente. Es toda su alma ingenua y visible. Se oculta, se inclina, se eleva en el oído; como las que lo llevan se disimulan, se inclinan ó se levantan entre los trigales ó en la hierba. Esos son los pocos nombres que todos conocemos; ignoramos los otros, bien que su música describa con la misma dulzura, el mismo feliz ingenio, á las flores que vemos á la orilla de cada camino y en todos los senderos. Así, en este momento, es decir, hacia el fin del mes en que el trigo cae bajo la hoz, los taludes de los caminos se cubren de una violeta pálido: es la dulce y tierna Escabiosa que acaba de abrirse, discreta, aristocráticamente pobre y modestamente bella, como lo anuncia su título de piedra preciosa velada de bruma. En derredor de ella un tesoro se derrama: es el Renúnculo ó Botón de oro, que tiene dos nombres como tiene dos vidas; pues es á un tiempo la inocente virgen que cubre el césped de gotas de sol, y la temible venenosa hechicera que distribuye la muerte á los animales distraídos. Es aún la Mil-hojas y el Hiperico, florecillas en un tiempo útiles, que se van por los caminos como silenciosas pensionarias de gris uniforme; el vulgar é innumerable Bonvarón de los pájaros, su hermana mayor la Chicoria de los cam-

pos, luego la peligrosa Yerba-mora, la Dulzamiara que se oculta, la rampante Centinodia; todas las especies sin brillo, de resignada sonrisa, que llevan la práctica y grisácea librea del otoño ya presentido.

Pero, entre las de marzo, de abril, de mayo, de junio, de julio, recordad los nombres de fiesta, las sílabas primaverales, los vocablos de azur y de alba, de claro de luna y de sol! Ved el Rompe-nieve ó Campana de invierno, que anuncia el deshielo; la Estelaria ó Collar de la Virgen que saluda á las niñas que hacen su primera comunión, á lo largo de las cereas, cuyos follajes tienen aún hojas indecisas y precarias, como una diáfana niebla verde. Ved á la Anecolia triste, y á la Salvia de los prados, la Enula, la Jasione, la Angélica, la Niela; el Aleli vestido como la criada de un cura de aldea; la Osmunda, que es un helecho real; la Lúzula; la Parmelia de los muros; el Espejo de Venus; el Euforbio ó Ezula de los bosques, misteriosa y llena de un fuego sombrío; la Phisálida, cuyo fruto madura dentro de una linterna roja; el Be-leño, la Belladonna, la Digital, reinas envenenadoras, Cleopatras envueltas en el césped de los lugares incultos y de los bosques frescos. Y luego, aún la Manzaniella, la buena hermana de las mil sonrisas que trae en un vaso de porcelana la tizana saludable; la Pimpinela y la Coronilla, la Menta fría y el Sérpol rosa, la Espareilla y la Eufrasia, la gran Margarita, la Genciana lila y la Verbena azul, la Enserina, la Anthemia, la Círec lanceolada, la Potentilla, la Genistela.... Enumerándolas se recita un poema de luz y de gracia. Se les ha reservado los sonidos más amables, los más puros, los más claros, y toda la alegría musical de la lengua. Se diría que son los «*Dramatis Personæ,*» los corifeos y los figurantes de una inmensa magia, más bella, más imprevista y más sobrenatural, que las que se desarrollan en la Isla de Próspero, en la Corte de Theseo ó en la selva de las Ardenas. Y las lindas actrices de la comedia muda é infinita: diosas, ángeles, demonios, princesas y hechiceras, vírgenes y cortesanas, reinas y pastoreillas, llevan entre los pliegues de sus nombres el mágico reflejo de innumerables auroras, de innumerables primaveras, contempladas por hombres olvidados, como también llevan el recuerdo de millares de emociones, profundas ó ligeras, que ante ellas experimentaron las generaciones desaparecidas sin dejar ninguna huella.

Son interesantes é incomprensibles. Se les llama vagamente las «Malas Hierbas.» No sirven para nada. Aquí y



JORDAENS - [Escuela flamenca] Los cuatro evangelistas

allá algunas, en muy viejas aldeas, guardan aún el prestigio de virtudes dudosas. Aquí y allá algunas de ellas, en el fondo de los bocales de los boticarios ó de los herboristas, esperan aún el paso del enfermo fiel á las infusiones tradicionales. Pero la incrédula medicina las desdeña. No se les recoge ya según los ritos de antaño; y la ciencia de los «simples» se borra en la memoria de las buenas mujeres. Se les hace una guerra sin piedad. El campesino las teme, el arado las persigue, el jardinero las odia y se arma contra ellas de armas ruidosas: el azadón y el rastillo, la hoz y la pala, la barra y la podadera. A lo largo de los grandes

caminos, su refugio supremo, el pasante las aplasta y la carreta las destroza. A pesar de todo, vedlas: permanentes, seguras, pululantes, tranquilas, y ni una sola falta al llamamiento del sol. Siguen las estaciones sin desviarse ni una hora. Ignoran al hombre que se agota para vencerlas, y apenas él descansa cuando ellas brotan tras de sus pasos. Y subsisten audaces, inmortales, intratables. Han poblado nuestros jardines de hijas magníficas y desnaturalizadas; pero ellas, las madres pobres, han permanecido semejantes á lo que eran hace cien mil años. No han agregado un solo pliegue á sus pétalos, ni deformado un pistilo, ni alterado un matiz,

ni innovado un perfume. Guardan el secreto de una misión tenaz. Son las primitivas y las indelebles. El suelo les pertenece desde su origen. Representan, en suma, un pensamiento invariable, un deseo obstinado, una sonrisa esencial de la tierra. Pero es bueno interrogarlas. Evidentemente tienen algo que decirnos. Y luego, no debemos olvidar que fueron las primeras, como las albas y los otoños, como las primaveras y los ponientes, como el canto de los pájaros, como la cabellera, la mirada y los gestos divinos de la mujer, en enseñar á nuestros padres que existen sobre este globo cosas inútiles y bellas...

MAURICIO MALTERLINCK.



JORDAENS - Jesús arroja á los mercaderes del templo (Museo del Louvre)

ENTREACTO

(Poema en prosa.)



Y desmenuzada por la llovizna glacial, la fiesta se desvanecía en el ruido frenético de la vida desbordante, que subía, poderoso y febril, hasta confundir su ímpetu ansioso con el mudo temblor de las estrellas invisibles.

Juntos escuchábamos, sobrecegados de una vaga angustia, el responso de la lluvia, fino y helado, como la voz confidencial de los destinos adversos; y ambos nos estremecíamos en un silencio saturado de intensas emociones. Callábamos, y nuestros mutuos silencios se acariciaban con larga caricia, y en nuestros ojos se ocultaba el silencio, como la luz de las estrellas enigmáticas en el firmamento amortajado de nubes.

Asido á tus manos, como á dos divinas áncoras de jasmín, deploraba la mudez de mis labios, inútiles para ex-

presar la intensidad de la vida que se desbordaba en mi corazón, rebosado también de angustias porque tus ojos se nublaban de pesadumbre en la hora triste. La canción de mis amores permanecía muda é inerte en el fondo de mi espíritu, como un pájaro melodioso fascinado por una terrible serpiente.

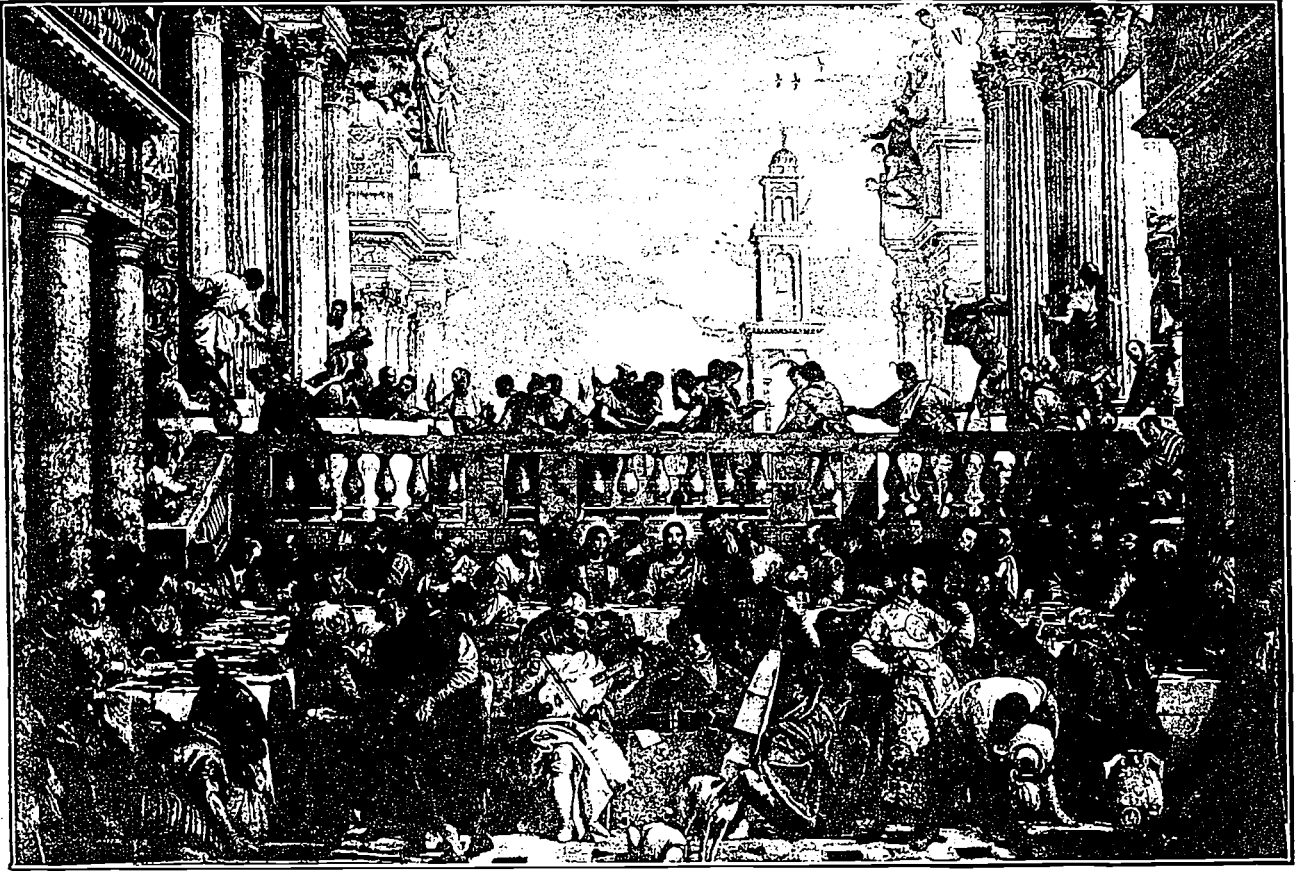
Entonces con un mimo armonioso—finalmente con un halago imprevisto é intenso de tus manos, inexpresivas antes en el silencio de mis congojas—mutilaste el anhelo de mi espíritu. Tomaste de la mano á mi anhelo y lo condujiste por una vía de aromas, sembrada de claveles rojos—una vía sangrienta y luminosa como el destello de tus labios en las horas del placer sumo.....Y mis labios atormentados te dijeron al fin largamente las delicias de la hora vivida en el sueño.....Y la canción de mis amores se despezó entre mis labios abrasados por el deseo, como una ave de sacrificio sobre el ardor victimario de las hogueras.....

Las herraduras de los corceles repicaban un trueno sonoro sobre el pavimento que se anegaba, en su humedad pálida, de resplandores eléctricos. Pero mi

súplica predominaba imperiosamente sobre el ruido vano y bárbaro de la fiesta en agonía; y tu alma se doblegaba hacia la mía lentamente, como vencida por una secreta brisa—tu alma se doblegaba hacia la mía, como un rosal en triunfo á copiar sus glorias de escarlata en las linfas inmóviles de una grave fuente. Y mi alma abría los brazos, como en una crucifixión, acaso en una crucifixión, hacia tu alma vencida por los imperativos descos.....

Mi voz tuvo en la súplica un són desesperado.....Resucitaron las voces antiguas (cuando soñaba y cantaba bajo fenestras ilusorias, á donde se asomaban hermosuras quiméricas) las voces antiguas que se habían fugado de mis labios hacía tanto tiempo, como palomas llenas de susto.

El silencio prevalecía en nosotros como una sorda brisa en un jardín de flores taciturnas. Nuestras ánimas vehementes, opresas en el silencio como en una hermética jaula, palpitaban de temor y de angustia.....Y entretanto tú presentías el vuelo rápido del azor sobre la bandada de palomas de nieve.....Los hilos del silencio se entrelazaban á nuestro alrededor en una red maravillosa y



P. VÉRONÈSE—Las bodas de Caná (Museo del Louvre)

lúgubre; y en vano mi alma abría los brazos como en una crucifixión, acaso en una crucifixión.....

Como agujas despuntadas en las manos de una aprendiz tímida y torpe, fueron las palabras agasajadoras en mis labios. Gemían en un aleteo lírico y ardiente y sin embargo, inútil. Era la última canción, mutilada y confusa, de mis veinte años muertos. Mis veinte años difuntos lloraban, como los violines desolados de una orquesta en la distancia, llena de brumas. La musa de las rimas ingenuas, la que se coronaba de consonantes, como de falsas rosas; la que entretecía al caudal de seda y oro de sus aladares armoniosos deslumbradoras baratijas, intentaba cantar un canto último..... Comprendí que eran inútiles los consonantes y las sílabas fijas del verso para expresar mi inquietud y mi ansia secreta; y las palabras triviales, ó intensas como brasas bajo la ceniza opaca y gris, resbalaban cual gotas de una fuerte lluvia sobre la indulgencia de tus emociones.

Así pasó en la noche dulce, definitivamente, irrevocablemente la antigua y vana esencia de mis sueños sobre nues-

tros anhelos gemebundos, como una simple brisa de antaño, perfumada y ligera, sobre las flores doloridas que dormían en nuestras almas. Una gracia fuerte y honda me fué revelada en la hora que se fugaba bajo las saetas sutiles de aquella helada lluvia. Miel de fruto en madurez, de sabor grave y suave; hambre de sol culminante sobre un bosque de rosales floridos; sonrisa de bocas sabias ante las vanas pesadumbres de los adolescentes; serena música de río por el cauce amplio y hondo. Acaso era mi angustia una trémula despedida á las pasiones frívolas, á los sueños pálidos y dulces, á todo el cortejo rosado y pueril de las ilusiones muertas? Seguramente era un adiós triste y cruel á las locas músicas del agua en rebeldía, al dispendio de oros de la alborada, á las risas imprudentes bajo los mirtos, á la aceda dulcedumbre de las frutas en agraz. Un adiós á todas las bellas y vibrantes cosas de la adolescencia.

Serían tus ojos potentes, tus ojos de tiniebla, de imperio y de súplica, los que revelaron la gracia nueva y el nuevo ideal á mi ánima en suplicio? Sobre el desamparo lloroso de mi espíritu ellos

impusieron una suavidad de caricia, como la seda de dos manos amorosas sobre una frente torturada por la fiebre y por el hastío. Disipando la angustia—nuestra angustia gemela, nacida de una misma fuente lóbrega—disipando la angustia, descubrieron á mis ojos sorprendidos la amplitud de un nuevo horizonte..... Fueron sin duda tus ojos de sibila, tus ojos puros de virgen, los que cumplieron el milagro y triunfaron de la incertidumbre asilada en mi corazón.

Y de este modo, mientras la fiesta agonizaba, flechada por la lluvia glacial, comprendí de súbito, ante tu belleza casi heroica donde imperaba el silencio de tus ojos en triunfo, que los besos me brindaban una dulzura desconocida; y contemplé tu belleza como si nunca antes la hubiera contemplado y te amé con un nuevo amor y con un deseo nuevo, con una ansiedad muda y solemne ante el hecho que iba á consumarse..... Y desde aquel punto quedó roto para siempre jamás el silencio de nuestros corazones.

JESÚS SEMPRÚM.



A Z A R

(POEMA)

A GIBÓN

Como un faro, mirando al horizonte,
Sobre la enhiesta cúspide de un monte
De florecidos árboles frutales,
Yérguese con sus dóricas almenas,
Anchos fosos y puente de cadenas
Un castillo de tiempos medio-evaes.

Aunque agrietado y de exterior vetusto,
Es digno en todo del Monarca augusto
Que habita en él desde la tierna infancia;
El Tiempo en ambos estampó sus huellas,
Ambos ocultan en el seno estrellas
Y ostentan en su frente la arrogancia.

A las faldas del monte se percibe,
Construida en la llanura y el declive,
La ciudad con su altivo campanario;
Y al través de las ramas y las hojas,
Vense los techos como flores rojas,
Y las blancas columnas del osario.

Pletórico de inmundas alimañas,
Socava á el alto monte las entrañas
Y es nido de la noche, un subterráneo;
Impone el antro al corazón más fuerte,
Pues lo habitan las sombras y la muerte,
Lo aroman miasmas y lo adorna el cráneo!

Forma su entrada pasadizo enorme,
Tortuoso, estrecho, húmedo y deforme,
Que indescriptible al pensamiento humano
Luego se ramifica poco á poco
Semejante al Titán del Orinoco
Cuando va á sucumbir al Oceano.

Contaba la leyenda fué cavado,
En un lustro de bélico reinado,
Para todo rebelde ó descontento,
A quien sin ojos, engrillado y mudo,
Se le arrojaba al sótano, desnudo,
Privándole de agua y alimento.

Hoy en el fango, á flote ó medio-ocultos,
Yacen sucios, revueltos, insepultos,
Cráneos con dientes y roídos huesos;
Y por cadenas en los muros fijas
Se deslizan babosas sabandijas
Para lamer los esqueletos presos.

Aún atónita encuentra la mirada
La esposa en la muñeca descarnada
Y el grillo sobre el hueso de la pierna;
¡Todo allí habla del poder humano;
Prueba que si la carne es del tirano.
El alma es libre y como Dios eterna!

Flojo monarca de un imperio oscuro,
Escala los cadáveres y el muro
El ascoso alacrán de cola curva;
En las cuencas la araña anida y vela,
Y el sangriento murciélago revuela,
Aspero chillar y el silencio turba!

El hosco abismo que á piedad conmueve,
No era un mito á los ojos de la plebe,
De la nobleza y del Monarca mismo;
Mas sólo Zen la entrada conocía;
Sólo el doncel, bajo la noche umbría,
Penetraba sereno en el abismo!

He dicho mal. También su bien-amada,
Zora, la de los labios de granada,
Perfuma el lodazal de la caverna;
¡Cuántas veces armados escorpiones
Le han visto, somnolientos, las facciones
Al escaso fulgor de una linterna!

Ambos esclavos son. Zora es hermosa,
Semejante á una rubia Dolorosa
De azules ojos y de tez de armiño;
Zen de cutis bronceado como un moro,
Pero de luenga cabellera de oro
Y cuerpo esbelto como un paje niño.

Uno es su amor, como su patria es una;
Ambos tuvieron en la misma cuna
Los niveos sueños de la edad primera;
Y, libres cual los pájaros, y unidos
Robaban á los árboles sus nidos
Y rosas á la blanca Primavera.

Juntos recuerdan cuando gente extraña
Taló con furia su gentil cabaña,
Fecundos campos y floridos huertos;
Cuando abrazados, trémulos de espanto,
Vieron correr la sangre con el llanto
Y juntos vieron á sus padres muertos!

¿Cómo no amarse, en fin, si en la mañana
De esa noche de horror, la caravana
Les arrancó de su país de flores?
Ah! para no ser uno en sus pesares
Borrables el recuerdo de sus lares
Arrancables del alma los dolores!

¡Amor, tanto más bello y más sublime
Cuanto más cruel la esclavitud lo oprime!
La joven, como un pájaro su vuelo,
Perdió la libertad, pero con ella
Perdió en el fango la exquisita estrella
Que de volverse á hallar, será en el cielo!

Poderoso señor de la comarca,
Y huésped y Ministro del Monarca,
La obtuvo de catorce primaveras;
Y á los dos años penetró en su alcoba,
Y en canapé de sándalo y caoba
Se miró en sus pupilas hechiceras.

Todas las tardes, á la misma hora,
Torna—lascivo fauno—donde Zora
Para calmar su voluptuoso fuego;
Así como abrasado en sed ardiente,
Desciende el tigre á orillas de la fuente,
Bebe y se aleja, pero torna luego.

Pobre niña! cuán grande su martirio!
Su talle, delicado como un lirio,
En los brazos del noble se doblega;
Después... siente unos labios en su boca,
Tiembra de angustia, el llanto la sofoca,
Y hecha una flor de lágrimas se entrega...

En cambio ¡cuánta dicha en el instante
Que se abandona en brazos de su amante,
Como una rosa en el profundo abismo!
Con Zen feliz y en libertad se piensa;
¡Olvida todo en su ventura inmensa
Que amar es dulce en el infierno mismo!

Nada más bello que este amor, perdido
Como una blanca perla, en ese nido
Del cien pies, el cadáver y la araña!
Ángel de luz en una catacumba,
La estrella de la tarde en una tumba,
El rubí de Giamshid en la montaña!

La noche era estival, límpida y pura
Con su cielo turquí. Noche de aquellas
En que el poeta insomne se figura
Que haciendo mudos guiños las estrellas
Así deben de hablar:—¿Qué miras, Osa? (*)

(*) Nadie ignora que Osa y Orión son constelaciones;
aquí, pues, he figurado que hablan las estrellas respec-
tivamente más hermosas de ambas constelaciones.

—«Viendo estoy un doncel que con delirio
Besa el desnudo seno de una hermosa.
Y tú ¿qué ves, Orión?»—Lo mismo.—¿Y Syrio?
—Está viendo una escena semejante
A través del cristal de una vidriera!»

¡Oh Amor, loco de atar, eres galante
Como Don Juan en plena primavera!

Afuera dulce un ruiñeñor gemía.
Y el Rey Azar, el majestuoso anciano,
Tomó, como un arcángel, la bujía
Que en candelabro de ónix en la mano
Llevaba en alto Zen. La luz hería
El nácar, el marfil y la caoba,
El tisú, los brocados y los rasos,
De los muebles y adornos de la alcoba
De un exquisito arte. Etruscos vasos,
Anforas griegas y jarrones sirios
Y de cristal de roca de Bohemia,
Rebosaban de anémonas y lirios
Que, huérfanos de sol, tristes de anemia,
Esmaltaban de pétalos la alfombra!

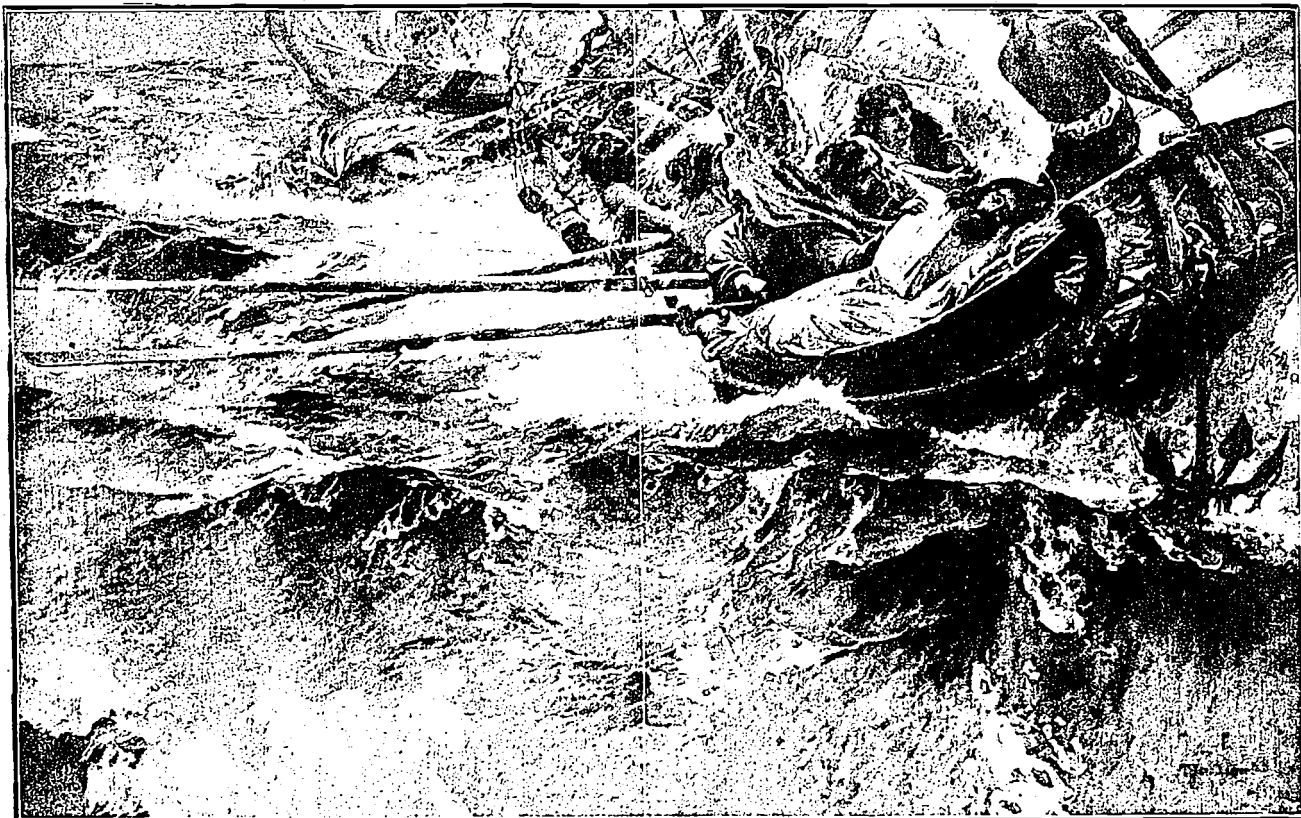
De noble aspecto, mas de rostro duro,
Destacábanse adustos en la sombra
Y en uniforme fila sobre el muro,
Reyes de toda edad, antepasados
Del poderoso Azar. En la penumbra
Y en marcos de oro, al óleo dibujados,
Semejaban fantasmas de la umbral
Guardianes de su honor. Se distinguía
Por rico adorno de funéreos lazos,
Uno cuya mirada parecía
Fija en copa de Sévres que yacía
Sobre tapiz de Utrech, hecha pedazos.

Era el padre de Azar. Estos dos Reyes
Poseyeron idénticas facciones.
Y gobernaron con las mismas leyes,
Mas ¡cuán distintas ¡ay! fueron sus almas!
Y ¡cuán distintos, ¡ay! sus corazones!
El padre fué un centauro de la guerra
El hijo un dios de acciones generosas;
Bárbaro el uno hizo temblar la tierra
Y el otro dulce la llenó de rosas!

Yo execro al padre y sublimizo al hijo.
Mas sigamos. Doraba al aposento
La débil luz, cuando con suave acento,
—«Vé, Zen, á reposar»—Azar le dijo.
Obedeció el mancebo; y el anciano
De rodillas postróse en las alfombras
Con la bujía en la vetusta mano,
Y elevó su plegaria á aquellas sombras
Que clavaban inmóviles pupilas
En su cabeza de cabello cano
Y en su barba luciente como plata,
Como una fuente en la estación de lilas!

Irguióse al fin. Sobre la negra bata
Que aumentaba lo regio de su porte
Radiaba, como un sol, su rostro asceta.
Tanto que murmurábase en la Corte
Que al verlo así, de negro terciopelo,
Dijo una vez un soñador poeta:
—«¿Por qué habrá Dios abandonado el cielo?»

Al terminar su mística plegaria,
Dos lágrimas, dos perlas de Bulgaria,
Brotaron de sus ojos entornados
A humedecer sus pálidas mejillas;
Y cruzando salones decorados
Con un lujo imperial, fué de puntillas
A una puerta de sándalo y cristales
Que entreabrió temeroso, levemente,
Y entonces penetró! Los orientales
Con su alabastro, su coral luciente
Y el gusto singular de sus artistas;
Con sus rubies imitando fresas;
Con sus perlas, diamantes, amatistas,
Cornerinas, zafiros y turquesas;
Con su pórfido azul, myrrinos vasos;
Con su nácar, sus chales y batistas,
Y oro y ajorcas, y ónixes y rasos;



M. ZENO DIEMER - Cristo en el mar

Con toda, en fin, su esplendidez que arroba
No igualaran el fausto de la alcoba
Donde se hallaba el Rey. Mas ¿qué veía,
Qué contemplaba, extático, el Monarca?
¿Era la primorosa orfebrería
De plata y de cristal? ¿Acaso el arca
En floración de piedras luminosas,
Como ardientes pupilas de andaluza
Palpitante de amor? ¿Era á las Diosas
Hechas de mármol de Corinto y Paros,
O las pieles de tigre y de gamuza
De las altas Montañas Pedregosas,
O los argénteos resplandores claros
De las panoplias turcas?

Nó! Que erguido
Entre finos moarés, tisús fulgentes,
Brocateles y raros terciopelos,
El viejo Rey miraba enternecido
Juntos dormir á dos adolescentes,
Los hijos de su amor, que eran gemelos!

III

Yo la he visto pasar... era la barca,
La góndola de nácar del Monarca.

Véspero fulge. El Sol ha sucumbido.
Y el mar azul al beso de la brisa
Risueño está, como Titán dormido
Que tuviera en la faz una sonrisa.

La prora hacia el crepúsculo que pierde.
Lentamente su púrpura, el esquife
Con velas de oro y estandarte verde,
Fué á ocultarse tras áspero arrecife
Con la gracia de un cisne que á su paso
Deja en el aire risas y canciones,
Y á quien persiguen rápidos halcones
Por el cielo de sangre del Ocaso!

Allá van, allá van, sobre la barca
Los rápidos halcones del Monarca!

Mas ¡silencio! ¿no oís? Lejanas notas
Llegan del mar con eco que desmaya,
Semejando una banda de gaviotas
Que llegan moribundas á la playa.

Es que tornan bordeando el arrecife,
Y una voz canta en el dorado esquife:

«HIMNO DE LAS OLAS»

Somos ninfas volubles y traidoras,
Somos hijas del mar,
Inmenso Rey azul, lleno de auroras,
Dulce en el sueño, horrible al despertar!

Desconocidos son nuestros esposos,
Jamás ningún mortal
Ha visto sus transportes amorosos,
Sus abrazos, su cólera brutal.

En abismos de perlas se adormecen,
Son monstruos de humedad;
Desde remotos siglos, viven, crecen,
Y crece con sus cuerpos su fealdad.

Sus besos dan furor, y entrelazados
Sentimonos arder;
Nos mordemos con ira, y destrozados
Vuelve nuestra pasión á renacer.

Por eso, mundo, cuando silbe el viento
Con trágico rencor;
Y contemples el mar en movimiento,
Y la espuma más negra que el dolor;

Cuando nos mires enrespar inquietas
Las ondas de zafir,
Como legión magnífica de atletas
Que deseara en la arena combatir;

Sabe que entre las perlas y los peces
Es la hora de amar;
Y apurando el amor hasta las heces,
Están, mundo, las hijas de la mar!

¿Quién canta? ¿no es la rubia que en el puente
Pulsa negro laúd? ¿no veis su frente
Que su cabello brillador circunda
Como un manto de sol? Sí, ya la miro;
Nereida de los ojos de zafiro,
¿No es Agar, la ramera vagabunda?

¡Hunde, oh Rey, con los rayos de tu furia
Tu esquife que profana la lujuria!

—Llena mi copa, esclavo.—Agar, humilla
La voz del ruiseñor.—Permite, hermosa,
Dar un beso al clavel de tu mejilla,
Primoroso clavel.—Necio, rebosa
Los cristales de Odín.—Por Dios, jurara
Que nunca he amado á...—Cállate.—Reclamo.—
—Ya está ebrio; á la mar.—¡Vaya una cara!
—Tocad el bandolín.—Leila, yo te amo...

Estos son, oh Monarca, los acentos
Que roban á tu góndola los vientos!

Mas ¿quién es el de oscura cabellera
Y de ebánicos ojos de diamante,
El doncel que en su mano, prisionera
Tiene la de alabastro de su amante?

¿Quién es el otro de cabellos rubios
Y de verdes y lúgubres pupilas,
Que aspira, casi ebrio, los efluvios
De un ramo de clemátides y lilas?

Son los hijos de Azar, Odín y Lemo,
El cazador y el hábil en el remo.

Ya Dios abre su estuche y el tesoro
De estrellas en el cielo disemina,
Como bordadas margaritas de oro
Sobre sudario azul. La golondrina,
Cansada de besar ondas y espumas,
Va á abrigarse al alero que se escombra,
Y ¡mirad! tras el velo de las brumas
Ya fulgura la reina de la sombra!

IV

Es alta noche gris: Va á dar la una.
—Emperatriz anémica—la luna
Se destaca en la cúpula del cielo
Cual pupila de nácar y de hielo
Fija sobre un Caín. Tan sólo el grillo
Da al viento en la terraza del castillo
La nota de su pífono estridente;
Es la hora de paz de los que gimen,
Hora en que acecha y se consume el crimen
Y Dios oprime, al meditar, su frente.

En tanto, ¿qué es de Zen? ¿acaso olvida
Dormido en tosco lecho,
La esclavitud eterna de su vida
Y las hondas angustias de su pecho?

Nó. La mano en la sien, fijos los ojos,
Ha tiempo ya que en la tiniebla aguarda,
Y al cabo con enojos,
—«Qué hora tan lenta—dice—cuánto tarda!»

Turba por fin la noche silenciosa,
Campanada vibrante y majestuosa
Que gime largo tiempo en el espacio;
Zen se yergue en la cámara desierta,
Y entreabriendo las hojas de la puerta
Sale á los corredores del palacio.

Temeroso del suave claro-oscuro,
Busca la sombra y recostado al muro
Huella furtivo el rico pavimento;
Cruza un jardín, desciende una escalera,
Y penetra en la helada madriguera
Donde duermen el Chibre y el Sorrenfo.
Zen los desdén... sin temor camina
Con ágil planta y, como lobo atina
Mejor en las tinieblas: instantáneo
Oprime un muro con la firme diestra,
Gira una piedra sobre un eje y muestra
Una fauce dantesca: el subterráneo!

Deslizándose, cierra la caverna
E ilumina de pronto su linterna
Casi oculta en los pliegues de su capa;
Mas ¿quién lanza ese grito de congoja?
¿Por qué tiembla el doncel como una hoja,
Y la luz de la mano se le escapa?
Hermosa como pálida escultura,
Magnolia herida por el viento aleve,
Yace á sus pies la flor de su ternura,
Caída estatua y pelotón de nieve!

Raudo Zen á su lado se arrodilla,
Besa su boca blanca y su mejilla,
La estrecha y alza, y en su ardor la oprime;
Le toca el corazón, la frente mustia,
Y anonadado de suprema angustia
La llama y llora, la acaricia y gime.

Sueltos los bucles del cabello espesos,
Al influjo del llanto y de los besos,
Vuelve en sí, como un ángel, la hermosura;
Frágil se yergue, con dolor suspira,
Al subterráneo con espanto mira,
—Y «Huyamos... Zen... por Dios... vénte» murmura.
Y extraña fuerza en el terror cobrando
A Zen arrastra y el abismo cierra;
Afuera el cielo gris, el aire blando,
¡La luna continuaba fulgurando
Persiguiendo á Caín sobre la tierra!

Las dos... ¡pero, silencio! ¿quién osado
Sin un rayo de luz, ha penetrado
De nuevo en el abismo? torvo y mudo,
¿Quién así se desliza y sin respeto
Huella muy quedo con el pie desnudo
Cual si temiera al ruido su secreto?
Es Zen, pero llamado, entristecido,
Glacial como un espectro en la caverna,

A sus pies apagada la linterna
Y el dolor en su espíritu encendido!

Oh Zora ¿qué le ha dicho tu ternura?
¿Qué has dicho á Zen, oh! niña encantadora?
¿Qué has dicho á Zen, que entre la sombra oscura
Así se arriesga y avanzando explora?

El corredor se tuerce. Zen se pára
Y acodado en un ángulo se asoma,
Mas ¿por qué tiembla y su semblante toma
El color de los cirios en el ara?
¿Por qué se echahacia atrás y se estremece
Y á asomarse otro vez torna atrevido?
¡Un reflejo en el fondo resplandece!
¡Una voz ha llegado hasta su oído!

Audaz prosigue... pero al par que avanza
Es más clara la luz, la voz más fuerte,
Y más grande en su pecho la esperanza
De ver quién es ó de encontrar la muerte!
Ya percibe las frases... es que llega
Donde el segundo corredor termina,
Y ávido, ansioso, á la pared se pliega
Y apoyado en un ángulo se inclina.
Se inclina y ¡oh visión!... el subterráneo
Párecese girar como en un coro,
Látente las arterias y en el cráneo
Siente erizarse sus cabellos de oro!

Ante un hachón en la pared clavado
Y que convierte el sótano en un horno,
Hay doce nobles tétricos en torno
De un cadáver glacial. Decapitado,
Afuera las entrañas y los huesos,
Reposa sobre el fango salpicado
De carne rota, coágulos y sesos;
Mientras en un rincón, verticalmente,
Con los negros cabellos, casi rojos,
La cortada cabeza alza la frente
Con sangre hasta en lo blanco de los ojos!

Zen escondido y apoyado al muro
Siente que su cerebro desvaría,
Y más al escuchar: —«Oh nobles, juro
Ya que la suerte me señala hoy día,
Juro ante este cadáver que mi mano
Partirá en dos, aun á los pies de Cristo
El corazón de hierro del tirano.
Mas, si vencido el plazo, acaso existo
Y aun tiene Azar calores en las venas,
Haced de mi existencia lo que os cuadre,
¡Mutilado; desnudo, entre cadenas,
Dadme á beber la sangre de mi madre!»

Lleno de horror, de espanto inextinguible,
Gracia á un esfuerzo en voluntad supremo,
Huyó el doncel de la visión terrible;
¡Los jefes de los nobles conjurados,
Eran... ¿por qué callar?... Odín y Lemo,
Eran, oh Azar, tus hijos adorados!

V

Cuando lo supo Azar, cuando el esclavo
De hinojos á sus pies, le dijo: —*Es cierto...*
Azar cayó en su lecho como muerto,
Las manos en la faz. Lívido, al cabo
De largas horas, levantó la frente
Triste como Moisés en el desierto;
Y elevando su hermoso continente
Como un himno de arrugas y dolores,
Sin verter una lágrima, imponente
Penetró en el salón de sus mayores!

Allí pasó la noche, noche oscura
De huracanes, relámpagos y rayos;
Sus astas hundió el toro en la llanura,
Y al rugir el jaguar en la espesura
Confundiéronse duques y lacayos.
Lúgubre tempestad! Todo el castillo
Tembló como á los golpes de una maza,
La cumbre lanzó al cielo una amenaza,
Y el rayo hizo fragmentos el rastrillo
Y calcinó con ira la terraza!

Azar no se movió. Mas cuando el alba
Llenó de luz las rosas y los nidos,
Como llena de amor la Fe que salva,
Apareció el anciano... el tallo erecto
Cimbrado y débil, la cabeza calva,
Los ojos en las órbitas hundidos,
¡Priamo en el dolor y en el aspecto!

Esa noche, oh! Monarca,
Esa noche fatal de tu existencia,
¿Quién poseyó más ímpetu y violencia,
La tempestad del cielo en la comarca
O el huracán de Dios en tu conciencia?

Rodeado de sus hijos y la Côte,
Azar al trono sube;
Hay algo del relámpago en su porte,
Algo del sol, del águila y la nube!
Toda la Côte, atónita, le mira,
Y una inquietud extraña la conmueve;
¡Azar parece un mármol que respira
O el sueño de un volcán bajo la nieve!

Distintos y encontrados pensamientos
Cruzan por el cerebro de los Grandes,
Cual cóndores que en alas de los vientos
Atácanse en las cimas de los Andes!
Satán mira el infierno; el árbol. Judas:
El joven héroe, el manto de la Gloria;
El asesino, las mazmorras mudas;
Y el filósofo, luz para la historia!

—«Oh Grandes,—clamó Azar, sublime el tono
Y elevándose en pie—los ojos fijos
Muchos tenéis en el fulgor del trono;
Pues bien, oid: la sangre de mis hijos
Regando el reino, servirá de abono.
Indignos de mi gloria y de mi raza
Han agotado el crimen. Su existencia
Fuera en el porvenir una amenaza
Que, como Rey, no acepta mi conciencia!
Como padre, mis lágrimas, que dudo
Albergue aún mi corazón sincero,
Opuse á mi justicia como escudo.
¡Mas sabéis que una lágrima no pudo
Nunca mellar el filo del acero!
Con ellas en mis párpados seniles,
Ordeno herir; mi alma los perdona:
Pero la Ley encuentra mi corona
Ancha para la sien de los reptiles.»

Así diciendo, de su pecho exhala
Todo el poema de su amor ardiente;
Plegó el amor, ante el Deber, el ala;
Y al terrible verdugo ya presente
Azar sus hijos, su ilusión, señala!

Desdeñando las súplicas y quejas,
Los blancos cuellos, como dos ovejas,

Lívidos los mancebos inclinaron;
Por dos veces el hacha hirió la albura,
Las cabezas rodaron,
Y dos gotas de sangre salpicaron
A Azar la frente majestuosa y pura!

Azar bañóse en lágrimas... y luego,
Atleta agonizante y sin escudo,
Quiso tenerse en pie... pero no pudo;
Quiso sus hijos ver... y estaba ciego;
Quiso siquiera hablar... y estaba mudo!

Azar vivió dos años. Sus lacayos
Cuentan aún que trasladar se hacía
A la terraza calcinada un día
Por el látigo rojo de los rayos;
Y que allí, solo, en noches de tormenta,
Calmaba el huracán su desventura,
¡Mientras sobre dos cráneos, la sangrienta
Mano de Azar temblaba de ternura!

A. J. CALCAÑO HERRERA.

Marzo, 1906.



HOFMANN: Jesús en el Huerto de los olivos

ALMA GRIOLLA

FRAGMENTOS DE NOVELA.



Medardo no más estaba en vela. Acostóse pensando en el espectáculo que iba a presentar a sus ojos la visión matinal del pueblito amado en donde había conocido a Regina y pasado aquellos floridos primeros años de su vida, que todavía exhalaban en su alma un extraño aroma arrobador. Empezaron a

pasar por su imaginación diversas escenas de aquellos días, y como quien da colocación a las varias piezas de un mosaico para formar el dibujo que representan, fué evocando los conocidos paisajes del lugar hasta reconstruir ante él, digámoslo así, el pueblito, tal como lo había conocido y como hubiera deseado verlo otra vez: allí la casita amada junto a la loma verdegueante, al arrimo del paraparo añoso y corpulento, empinado como un búcaro; el patio lleno de áureas mazorcas reunidas en achatadas pirámides sobre una de las cuales el gallo ostenta su capa de gualda y su sombrero purpúreo orlado de plumas, como un paje de Luis XIV; la troje cubierta de enredaderas azules y claveles rojos; el canto lejano de las guacharacas en la copa florecida de los araguaneyes, destacados sobre la montaña como vistosos minaretes de oro; la novilla rolliza y juguetona dando saltos y coces, perseguida por el viejo mastín del hogar, y el potrero recién atado que levanta la cerviz, para las orejas, resuella con nerviosa inquietud y violencia y arquea la cola mientras el viejo amigo, meneando el rabo y lamiéndose el hocico, vuelve a echarse nuevamente al lado suyo en su lecho de hojas secas.

Y recordó Medardo cuando en unión de los muchachos de la vecindad se iba al cerro a ordeñar las vacas al romper el alba, y ya en la cumbre, se ponían a hacer flechas con veredas y recortes de hojalata para dispararlas sobre un muñeco que habían montado sobre las más altas ramas de un árbol; recordó cuando en las márgenes del río hacían apuestas a quien primero diese en el blanco, disparando piedras con una honda a los zamuros que amanecían sobre los árboles; recordó cuando de noche, en el patio de su casa, para que los demás bailasen tocaba él la flauta en un cañuto de carrizo que se había fabricado él mismo; y recordándolo todo, recordó en fin que una vez, habiendo ido a la montaña con su padre, como siempre lo hacía, durmió en una troje construida sobre las más fuertes ramas de un pardillo, en unión de los campesinos del conuco a donde habían ido, que al amanecer vieron al pie del árbol un enorme tigre que toda la noche había estado gruñendo en rededor, y él, para correrlo, a pesar de las amonestaciones de su padre y echado boca abajo sobre la troje, le tiró uno de los zapatos, luego el otro, después el sombrero, la camisa, el pantalón, hasta quedarse desnudo; el tigre olía

la ropa, bajaba las orejas, meneaba la cola y se desperezaba, hasta que al fin se fué, lentamente, internándose en el bosque.

Así veló Medardo hasta muy tarde, y cuando se quedó dormido, empezó a soñar: recorría una gran montaña oscura y medrosa luciendo el vistoso penacho y el guaynco de los viejos indios yanacunas de quienes tantas anécdotas le habían contado cuando niño. Así andando topóse de repente con un hermoso tigre, fiero y amenazador, que después de haberle mirado fijamente largo rato, bajando poco a poco hacia el suelo el hocico y meneando lentamente la cola, lanzóse sobre él de un solo salto; él lo esperó rodilla en tierra, asida su lanza con ambas manos: instantes después el tigre agonizaba a sus pies, y quitándole la piel, regresó en pos de sus compañeros, los indios de la comarca. Regina estaba allí entre las indias que celebraban su triunfo y contemplaban la hermosa piel del tigre, que él se había echado como una capa sobre sus hombros, y sorprendida, temerosa y acongojada al verlo en aquel traje y entre aquella gente, huyó de él lanzándose en las aguas de un inmenso río sobre cuyas ondas cantaba un canto tan triste que hacía a todos llorar, y cuando él trató de volar en pos de ella, sintió que la piel de tigre se le había adherido al cuerpo, le ataba las piernas con la cola, le clavaba las garras en los brazos, le hundía los dientes en el pecho, sin dejarle movimiento alguno... y despertó sobresaltado, hizo luz, encendió un cigarro y entregóse a pensar en lo que había soñado.

Por qué mis pensamientos—se decía Medardo—con frecuencia van siempre a parar a un fin semejante: las montañas vírgenes, los animales salvajes, los cerros escabrosos, las rocas, los plumajes de los pájaros; por qué mis sueños cuando duermo, me llevan a una existencia exótica, y siempre a ser personaje de una escena así: soldado de lanza de piedra, cazador de flecha, mago que gana la vida prediciendo el destino, zingaro que toca flauta para que otros bailen? Será porque esta tierra, estas aguas, este ambiente, nutrieron mi niñez y moldearon quizás mi cuerpo y mi alma en el misterioso y rico laboratorio de su naturaleza virgen y salvaje? Por qué el resultado de mis sueños es siempre un dolor y el resultado de mis pensamientos una infinita tristeza, como de una infinita nostalgia? Por qué en ciertas escenas ante la vista del campo, siento en mi cierta poderosa simpatía que me arrastra hacia la selva, hacia la montaña, hacia lo abrupto y montaraz?

Así pensando aquel paleófono sobre lo que podría llamarse su otra existencia, lo dominó otra vez el sueño y durmió hasta el amanecer. Al amanecer, cuando el movimiento de los campesinos y el canto de los gallos y el charloteo de los pájaros sacáronle de su profundo sueño, levantóse, se acercó a la haniaca de Luis, y viéndole dormido, se lavó la cara, hundiendo la cara en la ancha ponchera de peltre que Rosa había llenado de agua y de jazmines blancos, vistióse sin hacer ruido, apeó el espejo de una de las rinconeras y se miró en él un largo rato hallándose en el rostro las huellas del insomnio. Después, asomándose a la ventana que

daba al campo, púsose a contemplar el paisaje evocador de su niñez, entregándose a una nueva profunda contemplación de la naturaleza, ahora real, impresionante y sugestiva. Allí mismo, junto a la empalizada de la huerta, pasaba del río la vertiente cristalina, casi besando sus aguas los rosales y madre-selvas del jardín. Una de las muchachas de la casa fregaba una alcarraza bajo un toldo de pandepalos, medio inclinada hacia adelante, recogida la orla del fustán de zaraza lila y asida entre las piernas para sostenerla con ellas a salvo del agua, pero sin descubrir las pantorrillas, y como tenía camisa de mangas cortas y la cara vuelta hacia el cuartito donde dormía Medardo, éste, sin ser visto por ella, pudo contemplarla en todo su conjunto: la castaña cabellera le flotaba sobre el seno en húmedos y retorcidos bucles, aprisionada arriba, sobre la mollera, por un coqueto lazo azul, el rostro sonrosado y plácido, los ojos negros y brillantes, los labios recogidos en las comisuras como para esconderse en dos hoyuelos que él frío matinal malizaba de un tenue azul, la garganta como si se dispusiera a despedir un canto; el seno, apenas prisionero entre los plieguecillos de la camisa, le imprimía a ésta una leve oscilación con el balanceo del cuerpo al mover los brazos para fregar la mícara, y los pies, desnudos, descansando juntos sobre una piedra del arroyo, entre los frescos y la grama de la orilla, cubiertos por el rocío de la mañana. Hubo un momento en que Medardo creyó que la chica había sospechado que él estuviese mirándola porque inclinó la cabeza como para observarse el seno, se levantó hacia el hombro una de las mangas que se le había bajado, y haciendo un pequeño movimiento de la cabeza y del hombro, echó hacia atrás los frescos bucles, a lo largo de los cuales resbalaron dos claveles, y luego se alejó cantando:

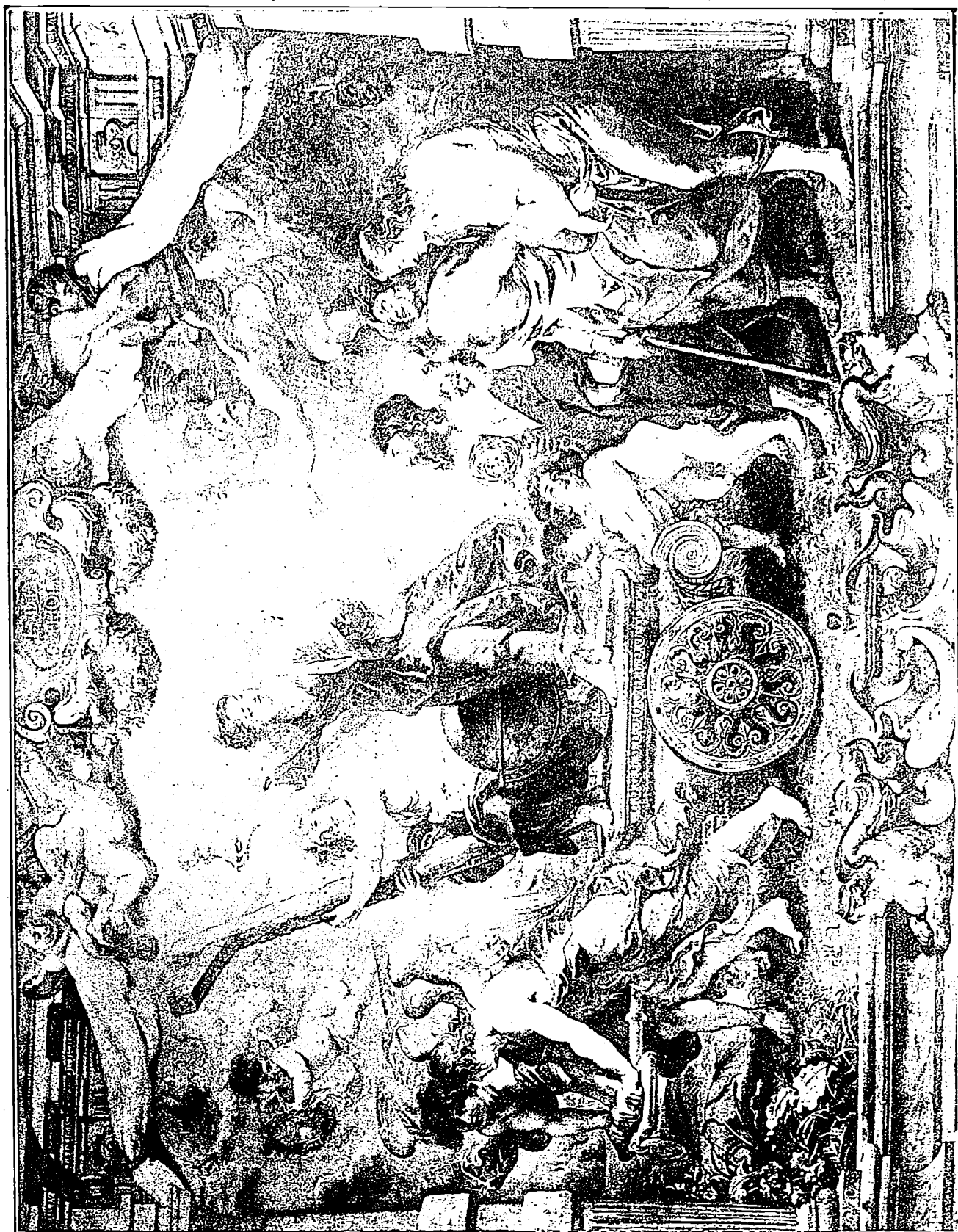
«Yo tengo, mi dulce amado,
para enseñarte a cantar,
una guitarrita de oro
y un bandolín de cristal.»

Luis había despertado y por detrás de Medardo, sin que éste lo hubiera percibido, contemplaba también el bello cuadro de la fuente. Luego charlaban alegremente.

—Y no crees tú—decía Medardo—que en la palpitación de vida de ese cuadro y de todo esto que nos rodea es donde palpita nuestra alma nacional?... No crees tú que la rudeza formidable de esos árboles, el majestuoso poderío de esos torres, el doblado de esos cerros, el huracán de esas montañas, la noche radiante de ese cielo, el milagro fecundante de esas selvas, la natural tosqueidad y el blando corazón de esos campesinos, el alma sugestiva de esa niña, en fin, con el canto de su alegre juventud y la alegre juventud de sus cantares, son nuestro olímpico camino hacia nuestra Castalia nacional?

—Sí—le contestó Luis, como diciendo *amen*, después del silencio de una reverente oración, a aquel sacerdote del arte que oficiaba en el altar de la naturaleza.

F. JIMENEZ ARRAIZ.



Museo del Louvre - RUBENS: El Triunfo de la Religión (Escuela danesa)

EL DISCO DE LA MUERTE



sto pasaba en tiempo de Oliverio Crómwell.

Su protectorado fué una de las épocas más brillantes de la historia de Inglaterra; pero antes de ser amo absoluto del poder, Oliverio Crómwell, tan hábil como ambicioso, no retrocedía ante las mayores crueldades para castigar á los que osaban oponerle la menor resistencia.

El coronel Mayfau era el oficial más joven de su grado en el ejército de la República; no tenía más que treinta años y había asistido á numerosos combates; su arrojo y su valor le habían valido el aprecio y admiración de todos; debería haber sido feliz.

¿Qué sucedía entonces? ¿Por qué ese aire triste y desconsolado?

Era en invierno, la noche había llegado; afuera, reinaban la tormenta y la obscuridad; adentro, un silencio melancólico.

El coronel y su joven esposa, sentados junto al fuego, con las manos enlazadas, participaban de una misma pena. Habían orado juntos, y no les quedaba más que esperar. No mucho tiempo, sin duda: la esposa temblaba de pensar.

No tenía más que una hija, una niña, Abby, de siete años, que era su todo. Iba á llegar, como todas las noches, á abrazarlos. El coronel rompió el silencio diciendo á su mujer:

—Sequemos nuestras lágrimas, por amor á nuestra hija. Que nos sospeche nada.

Una hermosa niña rubia, de cabellos rizados, sonriente, y con aire decidido, se presentó en camisa de dormir, en el dintel de la puerta, y feliz al verlos, entró corriendo y trepó sobre las rodillas de su padre, quien la oprimió contra su pecho y la abrazó con efusión.

—Papá, papá, no me abras así, no me estreches tanto, me haces mal, me asfixias.

Iba á descender, pero su padre la retuvo en sus brazos diciéndole:

—No, no te vayas, quédate sobre mis rodillas, he sido malo, perdóname. ¿Qué debo hacer en castigo? Al momento la sonrisa y la alegría iluminaron el rostro de la niña, quien apoyando la cabeza contra la mejilla de su padre, le pidió una historia, una sonrisa!

—¡Escuchad!.....

Los padres detuvieron la respiración y escucharon. A pesar del mugido del viento, oyeron pasos á lo lejos, se aproximaron, más cerca, más pesados, luego pasaron y se alejaron.

El coronel y su esposa respiraron largamente como si acabaran de escapar á un peligro. Después tranquilamente:

—¿Me pedías una historia muy alegre sin duda, mi Abby?

—¡Oh! no papá, cuéntame una historia triste, muy triste, que nos haga temblar como si fuera verdad.—Mamá, acércate, dame la mano. Comienza, papá.

—Había una vez tres coroneles. En una batalla cometieron una falta contra la disciplina. Se les había ordenado que fluyeran un ataque sobre una fuerte posición, á fin de atraer al enemigo y dar al ejército de la República tiempo de batirse en retirada; pero en su entusiasmo, los tres coroneles libraron una verdadera batalla, que ganaron. El general en jefe se indignó por su desobediencia y les ha ordenado venir á Londres para ser juzgados.

—¿El gran general es Crómwell, papá?

—Sí.

—Yo lo conozco bien, lo he visto. Cuando pasa montado sobre su gran caballo, á la cabeza de sus soldados, las gentes sienten miedo, pero yo no: no tengo miedo, porque me mira con bondad.

—Querida mía, los coroneles están en Londres, prisioneros bajo su palabra; se les ha permitido ir á ver á sus familias por última vez.

—¡Escuchad!.....

¡Ellos escucharon!..... ¡Pasos!

Esta vez también, los pasos se alejaron. La madre

posó su cabeza sobre el hombro de su marido para ocultar su palidez.

—¡Han llegado esta mañana.....

Los ojos de la niña se abrieron muy grandes.

—¿Pero papá, es ésta una historia verdadera?

—Sí, querida mía.

—¡Oh! ¿Cómo te quiero, papá! Sigue.—¡Mamá, no llores! ¿Por qué lloras, dime?

—Nada, nada, pequeña mía, pensaba en las pobres familias.

—No llores, mamá, esto acabará bien, verás. ¿Y después de esta mañana dónde están ellos, papá?

—Primero se les llevó á la Torre antes de ir á sus casas. Allí los jueces los interrogaron, y como los reconocieron culpables, los tres fueron condenados á muerte.

—¿Qué triste es esto! Querida mamá, no llores, ya verás cómo no mueren pronto.—Papá, cuéntanos el final.

—Reflexiona antes de hablar.

—No hay necesidad, sabes bien la historia. ¿Conoces tú á los tres coroneles?

—Sí, hijita.

—¿Yo también desearía conocerlos; quiero mucho á los coroneles. ¿Querían que yo les diera un abrazo?.....

—Uno de ellos, sobre todo, lo quisiera,—respondió el coronel con voz temblorosa.—Abrazame por él.

—Sí, y después también por los otros dos; si los veo, les diré: «Mi papá es también coronel muy valiente y habrá hecho lo que ustedes hicieron; no tengáis vergüenza.» Los tres tuvieron mucha razón.

—¡Escuchad!..... ¡Escuchad!.....

—¿El viento?..... ¡No!.....

—¡En nombre del Lord General, abrid!

—Papá, son soldados, déjame, déjame que los haga entrar.

Y corrió á la puerta; la abrió completamente, gritando:

—¡Entrad, entrad..... Papá, son los granaderos!.....

Los soldados entraron con el arma al brazo; el oficial saludó; el coronel, de pie, contestó el saludo. Su pobre esposa, pálida, cerca de él, ocultaba lo más posible su pena; la niña miraba asombrada.

El padre abrazó con efusión á su mujer y después á su hija.....

—¡A la Torre, adelante, en marcha!

Entonces el coronel dejó su casa marchando á la cabeza de los soldados.

—¡Oh mamá, qué hermoso es mi papá, qué bien marcha! Va á la Torre; entonces va á ver á sus.....

—¡Pobre hija mía, ven á mis brazos!

A la mañana siguiente, la pobre mujer no pudo dejar el lecho. La pequeña Abby recibió orden de ir á jugar fuera para no despertar á su madre.

Salió de la casa y se detuvo delante de la puerta, pensando que haría bien en ir á avisar á su padre lo que sucedía durante su ausencia.

Una hora más tarde, la corte marcial estaba reunida en presencia del Lord General.

—Les hemos ordenado, dijo uno de los jueces, que escogieran cuál debería morir, pero ellos han rehusado.

La frente del Protector se ensombreció.

—No morirán todos, dijo. Se sortearán. Envid á buscarlos en ese cuarto, con el rostro vuelto á la pared y las manos atrás. Avisadme cuando estén listos.

Quedó solo, y pareció absorto en tristes reflexiones; después llamó á un ujier y le dijo:

—Traedme aquí al primer niño que pase por la puerta.

El hombre entró casi en seguida llevando á Abby de la mano.

Ella avanzó valerosamente hacia el jefe de Estado y, sin más, trepó sobre sus rodillas diciéndole:

—Yo os conozco muy bien, señor, sois el Lord General. Os he visto á menudo pasar ante nuestra casa. Todo el mundo os tiene miedo, pero yo no.

Una sonrisa dulcificó las líneas severas del rostro de Crómwell.

—¿Cómo! ¿No os acordáis de mí? ¿Yo no os he olvidado!

—No te olvidaré nunca, te doy mi palabra. Seremos amigos siempre.

—Sí, quiero entonces que me arrulles como lo haces mi papá.

—De buena gana, porque me recuerdas á mi hijita. Cuando tenías tu edad, era tan pequeña y gentil como tú; que Dios te bendiga por esto!

—¿Queréis mucho, mucho á vuestra hijita? ¿También papá me quiere mucho!

—¡Oh, sí! yo la amaba tanto, que ella mandaba y yo obedecía.

—Entonces yo os amo también; ¿queréis abrazarme?

—Ciertamente, esto es un privilegio. Toma un beso para ti y otro para ella; tú la representas y haré lo que ordenes.

La niña batió palmas, gozosa, y después gritó al oír los tambores:

—¡Soldados! ¡Soldados! Lord General, Abby los quiere ver.

—Los verás, querida mía, dentro de un momento; te voy á encargár desde luego una comisión.

Un oficial entró y saludó diciendo: «¡Allí están!». Después se retiró.

El protector dió á Abby tres pequeños discos, dos blancos y uno rojo. El rojo debía designar de los tres coroneles al que sufriría la pena de muerte.

—¡Oh! Qué hermoso es este rojo. ¿Es para mí?

—No, mi pequeña; levanta la cortina que cubre la puerta, verás á tres hombres vueltos de espaldas, con las manos atrás. Cada uno tiene una mano abierta, en la cual dejarás una de estas cositas; hecho esto, volverás conmigo.

Abby desapareció detrás de la cortina. El Protector quedó solo, diciéndose: «Dios sabe sobre quién caerá la elección de este inocente mensajero que él me ha enviado. Que se haga su voluntad.»

La niña se quedó inmóvil un instante, sorprendida de la semiobscuridad que reinaba en el cuarto y de la inmovilidad de los soldados y de los prisioneros; después, su rostro se iluminó alegremente:

—¡Ah! se dijo, ahí está mi papá, lo conozco. ¡Tendrá la cosita más hermosa!

Y corriendo hacia los prisioneros, puso los discos en las manos abiertas; luego se deslizó bajo el brazo de su padre y corriendo le dijo:

—Papá, papá, mira lo que tienes en la mano, te he dado lo más bonito.

El arrojó una mirada sobre el fatal presente, cayó de rodillas, tomó á su hija en los brazos y estalló en sollozos.

Los soldados, oficiales y prisioneros, testigos de esta espantosa tragedia, no pudieron contener el llanto.

Al cabo de algunos minutos, el oficial de guardia avanzó hacia su prisionero, le tocó la espalda y dijo:

—Me aflige esto mucho, coronel; pero el deber me obliga.....

—¿Qué dice? preguntó la niña.

—Que es preciso que me lo lleve.

—¿Llevarse á papá? ¿Yo no quiero! Mamá está enferma y he venido á buscarlo.

Y diciendo esto, enlazó sus bracitos al cuello de su padre:

—Vámonos, papá.

—Pobre hija mía, no puedo; es preciso que vaya con ellos.

La niña corrió hacia el oficial, y golpeando con el pie, dijo indignada:

—Os digo que mamá está enferma; dejad venir á papá. Yo quiero.

Abby dejó el cuarto con la rapidez de un relámpago y volvió llevando de la mano al Lord Protector. Ante esta terrible aparición, todos se levantaron; los oficiales saludaron y los soldados presentaron armas.

—Detenedles, señor, mi madre está enferma, vengo á buscar á mi papá y quieren llevárselo.

—¿Es tu padre, hija mía?

—Ciertamente es mi papá y por esto le he dado la cosa más bella, la roja. ¡Lo quiero tanto!

—¿Qué hacer, Dios mío? gritó Crómwell.

Abby, desolada é impaciente, apretó la mano del Lord General y le dijo:

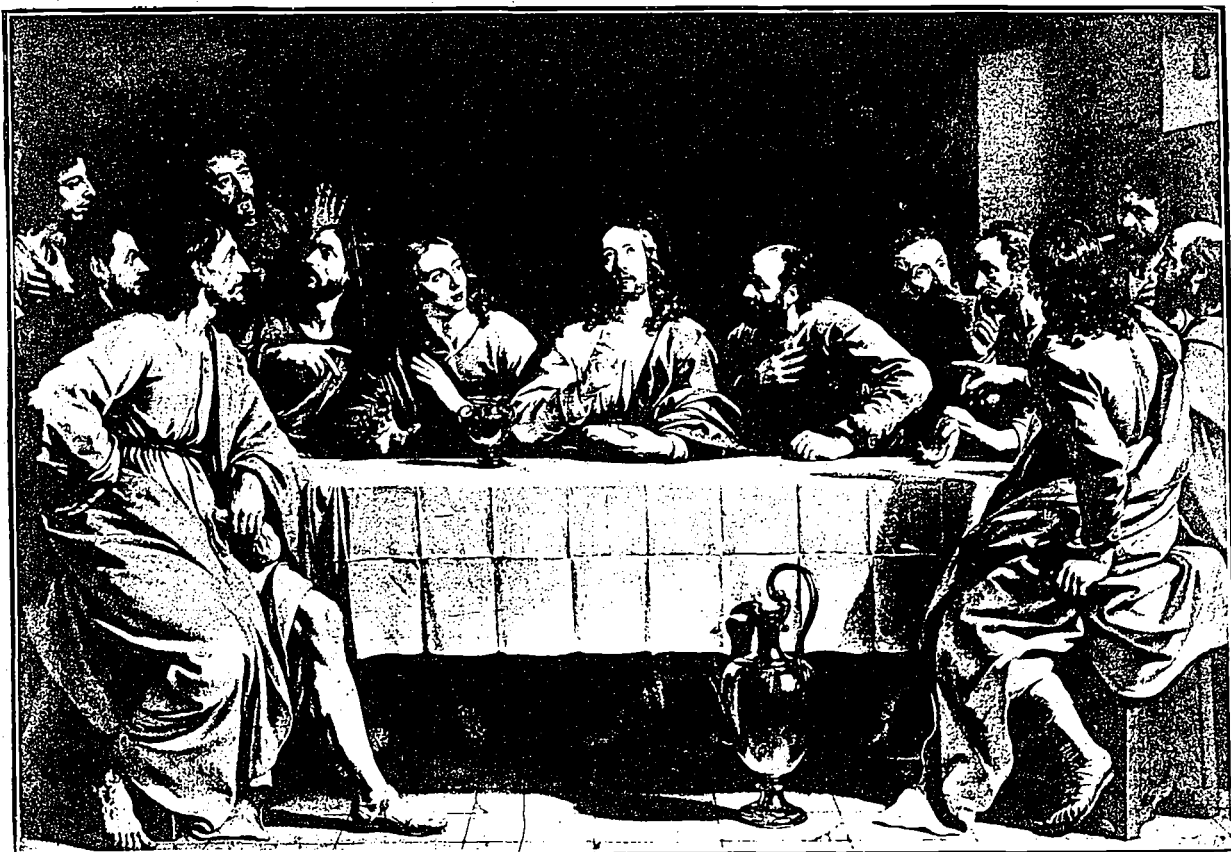
—Es preciso que yo dejen venir conmigo. Me habéis dicho que yo podía mandar y ahora es lo primero que os pido, ¿no queréis?

Crómwell, con el rostro radiante de alegría, exclamó poniendo su mano sobre la cabeza de la niña:

—¡Doy gracias á Dios por la promesa que me inspiró hacer! ¡Y gracias á ti, incomparable niña, que me la has recordado!

—Oficiales, agregó, obedeced sus órdenes, ella manda á nombre mío. El prisionero está perdonado, y ponedle en libertad!

MARK TWAIN.



CHAMPAIGNE - La Cena

BELLA ESTACION

Es raro el poeta ó escritor que no haya escogido como tema de algunas de sus obras, la cálida estación del verano, para mencionarla como una de las que trae consigo más tristuras. No parece sino que, á la sola enunciación de la palabra «verano,» se adueñara de ciertos espíritus esa invasora melancolía que se desprende, como un perfume mortal, de las cosas próximas á morir.

De todas las protestas y lamentaciones que se levantan de los seres, al advenimiento del verano, ningunas nos parecen más razonables que aquéllas procedentes de los agricultores, resignados ó coléricos ante las vastas erías inundadas por el sol, bajo el cielo enfebrecido; al ver cómo se encanijan las plantas que apenas han comenzado á pimpollear. Para ellos sí es aciago el verano, como que él no habrá de iluminar la tiniebla de sus almas palurdas con el chispazo de su urente epifanía, sino que más bien será como un espantoso présago de planes frustrados y difuntas esperanzas de luero.

Para el artista, cuya alma es susceptible á las más sutiles emociones que

producen las transformaciones de la naturaleza, la llegada de la áurea estación, debe ser, antes que motivo de aflicción, señal de regocijo.

Si la primavera es como una hechizante ninfa que desciende por bosques y selvas, su fulgurante y húmedo aderezo de esmeraldas; el verano es un gentil príncipe que porta áurea clámide. A su ardiente caricia, las hojas de los árboles se tornan amarillentas y se desprenden del endeble varillaje, como si fuesen ocráceas mariposas difuntas, ó rutilantes lentejuelas.

Fuluran las sabanas extensas, cual si sobre ellas hubiérase desdoblado un mantón eúprico y luminoso; vibra en el aire caldeado el estridir de las cigarras; en el fondo de los enérnagos, en el exiguo cauce de las quebradas, por el cual apenas se desliza un mezquino hilo de agua, fulgen las arenas; y los guijarros, cual si estuviesen estriados de azogue, brillan, y hacen visos á la luz del sol como el pavón en las armas.

Y por la noche? Pleno de nitidez y paramentado de luceros, creyérase que el cielo es un enorme alfilerero azul, regalo de un arcángel,—celeste joyero—para el tocado de las once mil vírgenes.

En las amplias avenidas enarenadas, al ver los raros arabescos que dibuja, al través de las arcadas de los árboles, la albariza claridad lunar, fingiérase que la luna es una laboriosa colegiala que con un huso de nácar, hila el más pulcro argento, y borda en un bastidor, á punto de rejilla, una autópsida mortaja.

La vejez no es el invierno, sino el verano de la vida; si en la juventud se experimentan con más intensidad las pasiones y los deleites, de igual modo se experimentan los desconuelos y las tristuras; la vejez es la resignación pasiva de todas las inclemencias; ella sufre la excelsa ataraxia de los mármoles sublimes, inmortalizados por el arte: pasan sobre ellos los tiempos sin que su acción transformadora logre alterar en nada la subyugante expresión del gesto.

En los espíritus proveectos, los recuerdos se acumulan como una perla cristalización de estalactitas que los años circundan con una aureola de esplendor. En las austeras cabezas de los ancianos, los hilos estannidos de las canas, flagran bajo la luz como bruñidas diademas de armiño.



DR. SAMUEL DARIO
MALDONADO

Hizo una vez silencio de algunos años el doctor Maldonado, después que estuvo recibido y merecidamente loado como uno de los representantes notorios de las letras jóvenes de Venezuela.

Acaso, pensábase, el poeta había suspendido un nido armonioso entre los remotos y frescos hoscajes de sus montañas andinas, desde donde algunos días jubilosos habían bajado al llano y a la ciudad los concientos de la zampoña, como un penetrante aviso de la cumbre...

Solamente uno que otro compañero, sabía de las peregrinaciones del poeta. Estaba ausente de las letras y de la patria. Viajaba por Europa.

Era que, graduado en ciencias médicas por la Universidad de Venezuela, se había marchado a Alemania, en donde asistía a clínicas especiales, observando y estudiando las enfermedades de los órga-

nos sensoriales y de la laringe, a cuyo tratamiento decidió consagrar su actividad profesional. De Berlín pasó a Viena, a ejercitar y perfeccionar sus conocimientos; y de la capital austriaca vino a París, en donde fue electo miembro de la Sociedad Francesa de Oftalmología.

De regreso a América, y en los intervalos de solaz que le permite la atención a su consulta profesional, mueve su pluma de escritor, para decírnos de sus trabajos y de sus ideas en el movimiento literario contemporáneo. Aplica, en este terreno, su talento y su información al estudio de nuestros orígenes, por la antropología y la sociología.

Sus trabajos recientes de este género han aparecido en su mayor número en nuestras páginas, en las que puede descubrirse cómo el autor se esfuerza por conservarse dentro del estricto criterio moderno de la labor histórica. Así indaga y solicita lo que en los acaecimientos patrios fue sin duda la «realidad contingente antes que la verdad racional.» Comprendese que un método semejante pide como previa la exclusión de toda aptitud imaginativa y de toda tentativa creadora, para avasallarse severamente a un rudo trabajo de observación, investigación y paciencia, no fácilmente realizable por la voluntad y el genio, si no se posee como materia esencial una sólida y escogida copia de estudios y de conocimientos, que sólo puede conferir una larga y severa consagración. Todo convencionalismo está proscripto de una tarea cuyos

encantos no son los arrebatadores de la belleza amada por los exquisitos: de su afán no debe resultar y no resulta sino la realidad, que tendrá su prestancia gloriosa de contornos y armonía, si sus elementos le dieron la gloria de la línea y los prestigios del ritmo, pero que regularmente es y debe ser intáctil e inviolable en sus deformidades, en su repugnancia y en su aridez.

Poeta, y a despecho de poeta, el doctor Maldonado ha tenido sin duda que sacrificar casi la belleza cautivadora de las ficciones mendaces, conmovedoras de luz y de canto, a la austera exactitud de lo que siempre ha sido en el molde humano. Concíbese que existan preciosas y delicadas conformaciones intelectuales que posean el sortilegio, no a todos concedido, de ver y decir el aspecto de las cosas bajo las formas milagrosas de la maravilla frágil y dulce de los ensueños; pero será una naturaleza de exquisita elección aquella que para el caso necesario sepa también ofrecer, con un puro gesto helénico, miel de Himeto en cratera de oro, como es la situación intelectual de este escritor.

Es claro que no se verifica en esa tarea la desaparición del ejecutor: toda ella queda impregnada del contacto individual y señalada con una honda huella personal. Fieles y austeros los trabajos del doctor Maldonado, muestran el paso por ellos de un carácter vigoroso y el manejo de una mano fuerte de juventud y trémula de vehemencia, y por más que la figura de sus simples presentaciones científicas no sean una creación, se observa que son expuestas a la vista pública por la energía de un músculo recio, que deja corriendo una vibrante palpitación de nervio y sangre por sobre las líneas de las cosas.

De los estudios a que hemos aludido, reiteramos nuestro recuerdo al que nos remitió el doctor Maldonado relativo al descubrimiento y sucesivas exploraciones de las Sierras Nevadas. El mismo fue en alguna ocasión excursionista por los repechos, las simas y los páramos de ese largo y abultado cordón plutónico de nuestros Andes.

Entre los trabajos que posee inéditos el doctor Maldonado,—fuera de uno sobre masaje ocular, con observaciones originales,—tenemos noticia de los siguientes poemas: *Luis Cardozo, Utimum feriens*, *Odas virgenes*, *Poema de la almohada*; y la novela corta *Carne de zamuro*.

Reside actualmente entre nosotros el distinguido escritor y facultativo, a quien renovamos el testimonio de nuestra estimación.



JEAN BERAUD - Camino del Calvario

EL PROCESO DE JESÚS

La Cruz.—La comitiva se dirige al Calvario.—Los tres condenados transportan el instrumento de su propio suplicio.—Simón de Cirene.—Los dos ladrones.—La madre de Jesús y las mujeres del séquito.—El Gólgota.—La cruz, como pena de la ley romana y no de la mosaica.—Inscripción del delito fijada en la cruz.—Crucifixión de Jesús.—El brebaje.—Los vestidos de los ajusticiados pasaban de derecho a ser propiedad de los ejecutores.—Quebrantamiento de los huesos a los crucificados.—Últimas palabras de Jesús.—Su muerte.

El camino del Calvario nos conduce al epílogo de los hechos consumados por el Hombre del dolor. Era la hora del mediodía, cuando una comitiva varía y lúgubre partía de los atrios del Pretorio. Sacerdotes hebreos, individuos de todas las clases de la ciudad santa, extranjeros de lejanas regiones, levitas y escribas del Templo, guardias del Sinedrio, soldados romanos mandados por un centurión, mujeres de distintas edades y trajes diversos, y, en medio de todos, tres hombres de aspecto muy diferente, agobiados bajo el peso de dos maderos unidos en forma de horca, marchaban silenciosamente a las afueras de la ciudad, por la puerta de Efraim, en dirección a una altura vecina desnuda de árboles y de forma semejante a la de una calavera.

Al principio del trayecto, uno de los tres, el más humilde y delicado, sucumbió bajo el peso que le abrumaba. En aquel momento encontraba con la comitiva un caminante de Cirene que regresaba del campo: los soldados le embargaron, y obligaron a cargar con el madero del caído. (1) El caído era Jesús.

Su triste carga nos dice lo que Pilatos calló, cuando hizo de Jesús aquella muda entrega que tuvo la virtud fatal de una sentencia: dicen que el inocente había sido condenado a la pena suprema de la cruz.

Los condenados a ella debían, en efecto, ser portadores del terrible instrumento de su propio suplicio. (2) Los dos maderos que lo componían eran clavados en el lugar de la ejecución, y para transportarlos los reos, eran atados en forma de horca. No sólo por lo débil y delicado de su constitución, sino por los efectos del martirio cruel de la flagelación, que acaso fueran mortales por sí mismos, Jesús no pudo resistir esta nueva prueba, y aquel cireneo, de nombre Simón, tuvo que asumir la dura fatiga, a la cual debió unirse una íntima compasión, si es cierto, como se supone, que con su esposa y sus hijos Rufo y Alejandro, se hizo fiel discípulo del Nazareno. (3) Los otros dos conde-

nados, conducidos con igual fin, y que también transportaban los maderos para su cruz, eran dos ladrones. (4) Quizá el presidente diera, en són de mofa, estos dos compañeros de oprobio al que había sido acusado por proclamarse rey de los judíos, haciendo de este modo doble injuria al reo y a sus enemigos.

Aunque aliviado de su pesada carga, Jesús no podía caminar, y fue casi arrastrado por la pendiente fatigosa. Las mujeres no podían contener el llanto y, golpeándose el pecho, prorrumpían en hondos sollozos. Eran estas mujeres María Magdalena, María de Cleofas, Salomé, madre del evangelista Juan, Juana, mujer de Cusa, y otras que habían seguido al Nazareno desde sus primeros pasos por Galilea. Destacábase entre todas la madre de Jesús, incomparable en su dolor infinito, sublime en su expresión de resignada y dulce piedad. (5) A éstas agrega la tradición otra mujer no mencionada en los Evangelios y que, sin

[1] MATEO, XXVII, 31 y sig.; MARCOS, XV, 20 y sig.; LUCAS, XXIII, 25 y sig.; JUAN, XIX, 16 y sig.—El camino que conducía al Calvario era poco más o menos lo que hoy se llama *Vía dolorosa* [Cf. SKRAO, *En el país de Jesús*, Nápoles, 1902, pág. 128 y sig.] Esta vía atraviesa toda la ciudad inferior o sea el Acra, cruza el Camino Bajo que José llama el valle de Tyropoon y que separa el Acra del Gólgota, y sube en rápida pendiente hasta la puerta de Efraim [DIDÓN, *Jes. Chr.*, cap. XI].

[2] PLUTARCO, *De sera num. vind.*, 19; ARTEMIDORO, *Onirocr.*, cap. II, 56.

[3] MARCOS, XV, 21.—Este solo Evangelista [cuyo texto quizá sea, como se cree comúnmente, el más autorizado y antiguo] menciona a Alejandro y a Rufo como hijos de Simón, y del modo y la forma con que los designa, se deduce que debieron ser muy conocidos de los primeros cristianos. De un Rufo, acaso de este mismo, se habla en la Epístola a los Romanos [XVI, 13], y de un Alejandro, quizá el mismo hermano de Rufo, en los Hechos de los Apóstoles [XIX, 33]. La tradición sucesiva de Simón y de su

mujer se deriva de los Padres de la Iglesia. [MALDONADO, *ad. h. l.*] DIDÓN la sigue, pero cita en una nota este texto: "si un soldado romano te ordena cualquier servicio por grave que sea, no resistas ni murmurar; porque si resistieres ó murmurarás serás apalado." [J. C. cap. 11], lo que vendría a demostrar que Simón hizo de necesidad virtud. Los geógrafos antiguos [STRABON, XVII; PLINIO, *Hist. Nat.*, V, 5; PAMONIO MELA] hacen mención de tres Cirenas, una en Libia, otra en Palestina y una tercera en Chipre. Créese generalmente que Simón era de Libia.

[4] MATEO los llama *ladrones*, saltadores de camino [XXVII, 38] y lo mismo Marcos [XV, 27]; JUAN se limita a aludir a *altri due, alios duos* [á otros dos, XIX, 18]; LUCAS habla una vez de *altri due, alii duo* [XXIII, 32] y otra de *ladrones* [Id., 39]. Los nombres de Gisma y Disma ó de Moab y Zabdi, atribuidos á estos dos maldichos, no constan en los Evangelios, y se fundan sólo en una tradición fantástica.

[5] MATEO XXVII, 55, 61; MARCOS, XV, 40, 41, 47; XVI, 1; LUCAS, XXIII, 27, 28, 49; XXIV, 10; JUAN, XIX, 25.

embargo, llegó a ser objeto de un culto particular en la memoria y en las prácticas piadosas de la familia cristiana: tal fue la Verónica, que viendo pasar a Jesús por delante de su casa, cubierta la frente de polvo y de sangre, avanzó hacia él con desprecio de cuantos la ultrajaban, y enjugó con un velo su faz doliente. Esta mujer nos ofrece, con Simón de Libia, la figura ejemplar de los que tienen valor para mostrar compasión y confianza con los seres abandonados y caídos en lo más hondo del infortunio. (6)

Entre la madre y el hijo cruzóse una rápida mirada. (7) Jesús volvióse hacia las otras mujeres y les dijo:—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque vendrán días en que se dirá: bienaventuradas las estériles, bienaventurados los vientres que no concibieron y los pechos que no amamantaron: entonces empezarán a decir a las montañas «caed sobre nosotros», y a las colinas «sepultadnos», porque si esto ocurre con la rama verde, con la seca ¿qué ocurrirá? (8)

La comitiva llegó al lugar del suplicio. Era la cima de una redonda colina, semejante a un cráneo, forma por la cual era designada con el nombre latino de Calvario y con el siríaco de Golgotha. (9) Sobre ella se erigieron las tres cruces.

Este terrible y cruel instrumento, como le llamó el orador romano, (10) fue una forma de pena del todo desconocida entre los judíos, y extraña a su tradición y a sus leyes. En toda la historia hebrea sólo una vez se menciona la cruz, refiriéndola al tiempo de los últimos Asmoneos, en que uno de estos monarcas la empleó en un caso excepcional, para desahogo de su cólera. (11) Por el contrario, fue común entre algunos pueblos antiguos, como los egipcios, (12) persas, (13) fenicios, cartagi-

neses, griegos y romanos. (14) Estos últimos hicieron en Siria, por largo tiempo, el más inhumano uso de la cruz. (15) La ley penal romana se fundaba en la venganza, entendida como título y medio de retribución, (16) y reconocía como razón punitiva los dos principios conexos de la enemiga (17) y de la intimidación. (18) Pero esta debía necesariamente de prevalecer como un motivo de repulsión (que como tal se ha entendido siempre la pena), opuesto al motivo de atracción que, según todas las hipótesis, acompaña al delito. La tutela de la disciplina pública, que era el concepto comprensivo de la justicia penal romana, (19) encontraba su eficacia y su éxito en la resultante del equilibrio de estas dos fuerzas opuestas de atracción y repulsión, es decir, en este *contrapeso*, según la expresión del poeta. (20) Por eso el legislador romano tuvo siempre en cuenta la ejemplaridad y el terror como los medios de mayor intimidación.—Ninguno osará hacer nada semejante, recordando estos ejemplos;—(21) tal era la advertencia que hacían al dictar la pena, sin perjuicio de ir escogiendo y ensayando las más terribles, refinadas y exquisitas, según la frase de los mismos legisladores. Entre éstas, distinguíase la cruz como una de las que hacían más lenta y dolorosa la muerte, agregando a la infamia la crueldad.

Tuvo origen este suplicio en el uso antiguo de colgar a los reos de un árbol que se llamaba infelix, (*árbol infeliz*), (22) y de aquí que se designase con el nombre de cruz todo suplicio (23) y cruciario a cualquier malhechor digno de muerte. (24) En algunas ocasiones, se emplearon los mismos árboles para formar las cruces. (25) Después del uso primitivo del árbol infelix, se adoptó el de la horca, que se llamó también patíbulo, (26)

y más tarde, cuando Constantino abolió la pena de la cruz, recurrióse nuevamente a la horca. (27) La crucifixión, que se consideró como la pena más grave de todas, por la mayor duración de los sufrimientos del condenado, (28) no sólo iba acompañada de infamia, sino que se consideró tan ignominiosa que, al principio, únicamente se imponía a los esclavos. (29) En tiempos posteriores, lamentábase Cicerón de que Labieno hubiese ordenado la fijación, en el campo de Marte, de una cruz que sirviera de suplicio para los ciudadanos. (30) Esta pena, pues, vino a ser una de las más comunes en la ley romana. (31)

El crucificado, durante un día, dos ó tres, agonizaba lentamente, expuesto a las injurias del tiempo y de los hombres, desnudo, enclavado, contraído, desgarradas las heridas de las manos al peso de su cuerpo, torturado por sufrimientos que no daban tregua al dolor, inmóvil, consumido por la fiebre, devorado por la sed y atormentado por la plena conciencia de sus padecimientos, que sólo cesaban con la muerte.

El cruel instrumento adoptaba diversas formas. Unas veces, el madero mayor se unía en sentido horizontal a otro menor, y entonces la cruz se llamaba *immissa* ó *capitata*. Otras veces, la parte horizontal se fijaba sobre el extremo superior del madero vertical, en forma de T, y en este caso la cruz se decía *summissa* ó *commissa*. Otras, se unían los maderos en forma de X, y la cruz se designaba con el nombre de *decussata*; ó bien se empleaba un solo poste, sobre el cual era clavado ó atado el reo con los brazos fijos sobre la cabeza: esta forma de cruz se llamaba *simplex*. La más común entre los romanos, indicada también con dicho nombre, fue la primera de las descritas, ó sea la *capitata*: en una de éstas, probablemente, fue ejecutado Jesús. Así al menos, se puede deducir de la noticia a que hemos hecho referencia, según la cual, sobre la cabeza del crucificado, se fijó un cartel con una triple inscripción del delito. (32)

[6] DIDÓN, *Jés. Christ.*, cap. 11.

[7] JOAN, XIX, 26, 27. En este lugar habla el Evangelista de la recomendación que el Maestro le hizo de su madre.

[8] LUCAS, XXIII, 28-31.

[9] MATHEO, Golgotha, quod est Calvariae locus [XXVII, 33] Idem MARCOS, XXVII, 33 y LUCAS [XXIII, 33]. JOAN, *existit in eum qui dicitur Calvariae locum, Hebraice autem Golgotha* [XIX, 17]. Cf. GREGORIUS, *Lex*, etc., pág. 180. Hay quien cree que el nombre de este lugar se deriva del uso á que se destinaba y de los esqueletos y cráneos de ajusticiados que en él se encontraban [WINKER, *Bibl. Real Wörterbuch, art. Golgotha*; PAULUS y FRITZSCHE, cit. por STRAUSS, *Vida*, 2, 132]. Creemos que una tal mitología contrasta con el riguroso cuidado que ponían los hebreos en enterrar los restos mortales, causa de contaminación, de modo que no se pudieran descubrir tan fácilmente como creen los intérpretes cristianos.—EUSEBIO, SOZOMENO y SAN JERÓNIMO dicen que sobre el Golgotha edificó Adriano un templo que fue consagrado á Venus.—Quiénes deseen una guía moderna del Calvario, cf. A. M. SERAO, *Nel paese di Gesù*, Nápoles, 1902, pág. 128 y sig.—Este lugar dista unos veinte pasos de las murallas de la ciudad que hacia dicho punto formaban entonces y forman hoy un ángulo entrante, que comprende el espacio triangular en que debió verificarse el suplicio. Cerca angustia el camino de Samaria atravesando huertos plantados de olivos y en los que las familias ricas solían labrar sus sepulcros.

[10] CROENON, *Verr. V*, 64; *Cruclissimumum terti-*

[11] JOSEFO, *De bello judaico*, lib. I, cap. 4, n. 6. El hecho se atribuye á Alejandro Giamneo, uno de los Asmoneos que se pretende llegó á crucificar á ochocientos prisioneros. En verdad parecen muchos, y así debió parecerle también al historiador hebreo que al referir el hecho emplea la palabra *acoso*.

[12] GÉNESIS, XL, 19. *Auferet Pharaon caput tuum ne suspendet te in cruce et lacerabit volucres carnes tuas*. Según aparece de este mismo texto, la crucifixión en estos casos debía ser una vejación póstuma del cadáver de los condenados á decapitación, más bien que un medio de muerte. [Cf. *Jerem. Th. V*, 12, *Reg. XXXI*, 10.]

[13] ESTHER, VII, 10. *Suspensus est itaque Aman in patibulo, quod paraverat Mardocheo*. En este caso, la cruz era un medio de muerte en sí. Que la suspensión dispuesta por Aman para Mardoqueo y aplicada, por el contrario, por Mardoqueo á Aman, era realmente la crucifixión, resulta de un pasaje subsiguiente del mismo libro [VIII, 7].

[14] PLATO, *Mostellaria*, II, 1, 13; LUCANO, *Phars.*, VI, 543, 547; XENOFONTE DE EFESO, *Ephesia*, IV, 2; JUVENAL, 6, 5; VALERIO MAXIMO, 2, 7, 12; QUINTILIANO, *Declam.*, 275; LUCIANO, *Jud. vob.*, 12; JUSTINO, *Dial. cum Tryph.*, 97; TERTULIANO, *Adv. Marcionem*, III, 89.

[15] JOSEFO, *De bello jud.*, V, 11, 2, 1; *Antiq. Jud.*, XX, 6, 2.

[16] PAUL, *Sent.*, 5, 3, 1: *Extra ordinem vendicatur. Id.*, 5, 4, 2: *nostra interest vendicare. Id.*, 2, 4, 2: *furis innoxius conellum vindicatur*; GAI, 3, 217, *annuum iniuria vindicatur*; I, 32, pr. Dig. I, 16: *poena est noxae vindicta*; I, 1 Cod. I, 1: *divina primum vindicta, post etiam motus animi nostri, quem ex caelesti arbitrio sumpserimus ultione plectendis*; Id., I, 9, 11, 11: *temerarie commissa congrua ultione plectantur. Id.*, 9, 11, 11: *ob ultionem publicam obnoxius legibus stat.*—El mismo buen ladrón crucificado junto á Jesús, parece aludir á este principio de justa retribución, cuando dice: *Et nos quidem iuste; nam digna factis recipimus*. LUCAS, XXII, 41.

[17] Dig. 48, 19, 20: *poena constituitur in emendatione hominum*; Nov., 8, 8; Nov., 12, 1; Nov., 17, 5; Nov., 25, 2; Nov., 30, 11; *Collat.*, 1, 11, 2: *ut ceteri ciuismum actatis iuvenes emendaretur*.

[18] Cod. 9, 27, 1: *unius poena metus possit esse multorum*; Id., 1, 11, 7: *ut hac legis nostrae severitate perterriti metu poenae desinant sacrificia interdita celebrare. El magnam, el compens exemplum* es la nota dominante de todo castigo: Dig. 49, 16, 8, § 3: *propter exemplum capite puniendus est*. Nov. Mayor IX: *ut competenti luxuria castigata ab expugnatione pudicetiae*.—NII, Theod. XVII, 1; Coll. 51, 7, 1; I, 17, 2; Dig. XLIII, 19.

[19] PAUL, *Sent.*, 5, 1, 2, 6: *alterum utilitas privatorum, alterum vigor publicae disciplinae postulat*; Id., 5, 6, 2: *15: interest publicae disciplinae opinionem uniuscuiusque a turpis carnis infamia vindicare*; Cod. IX, 2, 10: *contra disciplinam publicam*. Cod. IX, 30, 1; Dig. 1, 11, 1 pr., Nov. 2; C. Th., IV, 33, 1; XVI, 8, 21.

[20] Inf. XXVIII, 142.

[21] Nov., 8, 8.—V., 3, nota 18.

[22] TITO LIVIO, I, 26; CROENON, *Pro Rabirio*, 4.—Los latinos llamaban propiamente árboles infelices y abominados de la religión á los que no son cultivados ni dan fruto, como el olivo y el álamo [PLINIO, *Hist. Nat.*, lib. 26]. La pena designada con tal nombre iba precedida de la flagelación. [T. LIVIO, l. c.]

[23] CROENON, *Pro Rab.*, 3; TERCENIO, *Eun.*, 2, 3, 91; PLATO, *Aul.*, 3, 5, 46; COLUMELA, *in. Lex*, 1, 7.

[24] APULEYO, *Metam.*, 10; AMMIANO, *in. Lex*, 9, 2.

[25] TERTULIANO, *Ap. VIII*, 16.

[26] CROENON, *De dir.*, I, 26; PLANTO, *Mil.*, 2, 4, 7; TACITO, *Ann.*, 14, 33.

[27] Cf. POTIER, XLVIII, XIX, 4.

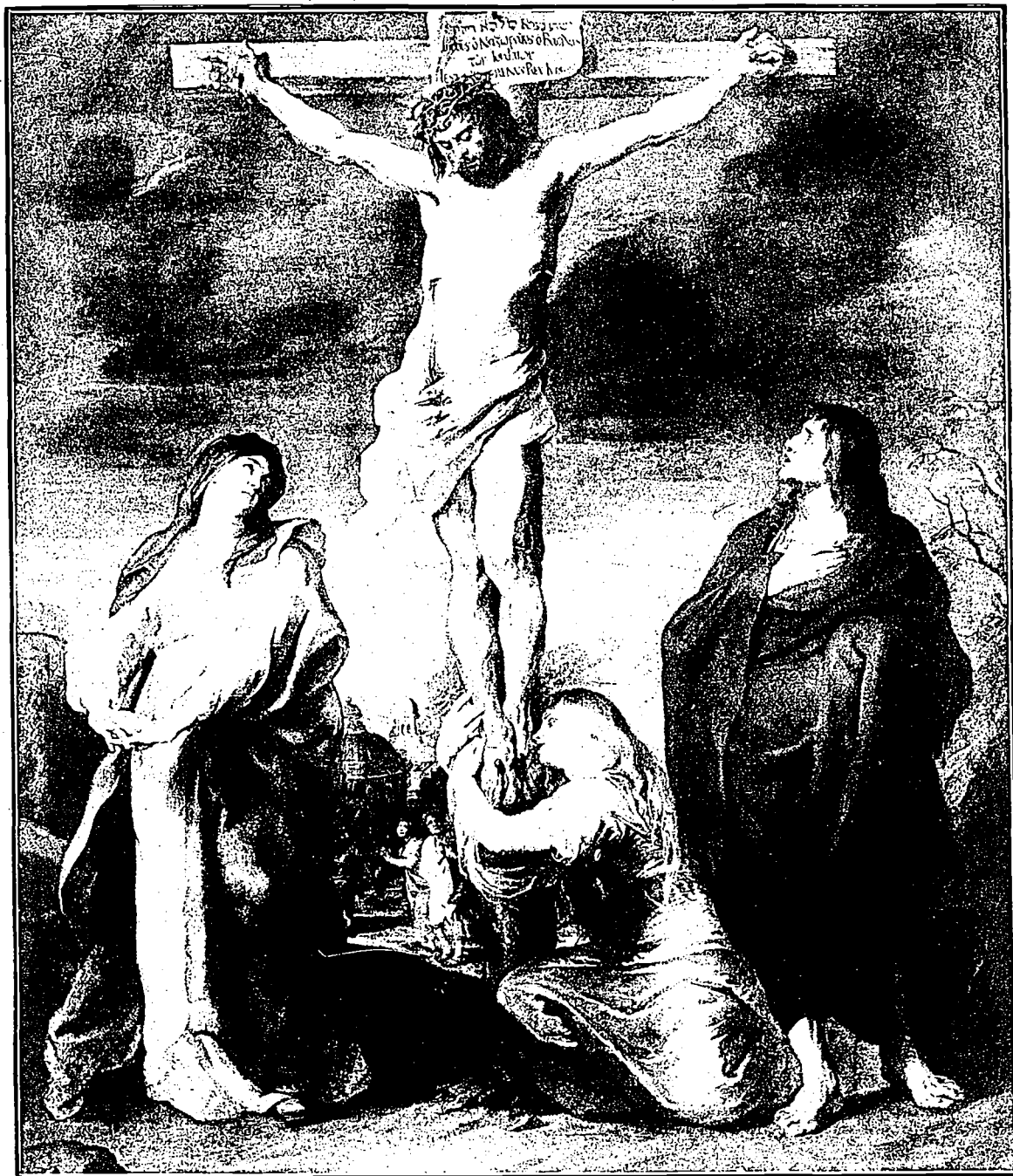
[28] ISIDORO, *Orig.*, I, 27.

[29] LIPSTO, *De cruce*, I, 3.

[30] *Pro Rabirio*, 4 y 10.

[31] PAUL, *Sent.*, lib. V, tit. 14, § 19: *Summa supplicia sunt Crux, Crematio, Decollatio*.—Algunas veces, para menor ignominia, estas penas se ejecutaban en la cárcel. Cf. VALERIO MAXIMO, VIII, 4, 2.

[32] IGNEO, entre los escritores más próximos á la crucifixión de Jesús, afirma que la cruz tenía cuatro brazos. [Adv. haeret., II, 21, 4].—En una magnífica tabla del año 400, atribuida á Pescellino y que se ve [por los que saben ver los verdaderos milagros del arte] en la iglesia de San Domingo, de Brozzi, junto á Florencia, aparece pintada una cruz y en ella un cartel, fijo sobre la extreñidad del madero vertical por medio de un pomo. Es esta, pues, una objeción involuntaria, pero genial, opuesta á la presunción de la forma de la cruz que aquí se deduce de la colocación del cartel en la parte superior del palo vertical. Pero aunque se tratara de sostener polémica con el antiguo y valiente, aunque olvidado artista del pinel, podríamos replicar todavía que la forma *immissa* ó *capitata* de la cruz de Jesús se deduce también del hecho de haber sido romanos así la forma como la aplicación de este instrumento de suplicio á la persona del Nazareno.—Para atenuar el escarnio, los primeros cristianos pusieron empeño en representar la cruz (*infamis stipes*) bajo diversas formas: ora por medio de un tridente, ora por un martillo, derecho sobre el mango, ora por la letra T en carácter griego ó latino, ora con la gamma griega. ISIDORO CARINI, en su obra *La Passione di Cristo*, presenta las facies principales del arte cristiano con respecto al culto de Cristo y de la cruz. Emplea en el período de la cruz *disimulada* de los varios modos indicados, pasa al período de la cruz *netu*, adornada con el símbolo del cordero sacrificado, y, por último, llega á la cruz con el solo nombre de Cristo y con Cristo enclavado. Al principio, al crucificado se representaba vestido con una larga túnica, llamada *colobio*; más tarde, esta túnica fue acortada, y finalmente se substituyó con el sudario que ceñía la cintura y era llamado en griego *perizoma*. Cf. VIGNON, *Le linceul*



RUBENS - Cristo en la Cruz

A algunas cruces aplicábase en la parte media del madero vertical una especie de cepo sobre el cual descansaba el condenado, y de esta manera sufría menos, aunque su agonía se prolongaba más. (33) A dicho cepo Justino llama *cornus* y Tertuliano *staticulum* ó *sedilis excessus*. (34)

du Christ, étude scientifique. París, 1902; GARRUCCI, *Storia dell'arte cristiana*, vol. I, Proto, 1881; GATTI, *Album G. B. De Rossi*, Roma, 1902. En esta última publicación, dada á luz para celebrar el septuagésimo aniversario de G. B. de Rossi, insigne maestro en arqueología cristiana, se colecionan trabajos de VAAL, KRAUS, BATTIFOLL, EUORES, ARMELLINI, MARUCCI, SCAGLIORI y otros sobre el mismo asunto del arte cristiano antiguo.

[33] IRENEO, *Adv. haeret.*, II, 42.

[34] JUSTINO, *Dial. cum Tryph.*, 91; TERTULIANO, *Ad. Nat.*, I, 12.

El arte ha prescindido casi siempre de este detalle que la experiencia de los anatómicos no juzga necesario para sostener el cuerpo de un crucificado de normal constitución, ni para evitar el desgarramiento del tejido palmar de las manos. Sin embargo, algún texto latino, al aludir al asiento de los condenados en la cruz, afirma su uso como cierto. (35) Así debía ser sin duda, en aquellos casos en que el reo no era atado al madero, después de enclavado. Cuanto al apoyo á manera de cuña, que se supone fijo bajo los pies del condena-

[35] SÉNeca, *Ep.*, 101: *Hanc [vitam] mihi, vel acuta si sedeam cruce, sustine.*

do, es extraño, á nuestro entender, á la literatura y á la iconografía antiguas. (36)

La cruz se izaba muchas veces después que el reo había sido enclavado; otras, seguía un orden inverso. No se

[36] La fantasía llegó hasta discutir, entre otras particularidades, la clase de madera de que fue hecha la cruz en que murió Jesús. CALVINO hizo observar que de tal modo se multiplicó el madero, que con todas sus partes reunidas podría cargarse un barco. SAN BERNARDO afirma que la cruz solía construirse de cuatro materias diferentes: de ciprés, de cedro, de olivo y de palmera. (Cont. VII, 8). DECAISNE y SAVI, por el contrario, aseguran que, habiendo examinado al microscopio algunas partículas de las supuestas reliquias de la cruz que se encontraron en la catedral de Pisa, en el Duomo de Florencia, en Nuestra Señora de París y en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, observaron que todas pertenecían á una misma especie de madera: el pino.

sabe cuál de los dos procedimientos se empleó con Jesús, porque es evidente que debía preferirse una u otra manera, según las condiciones físicas del condenado y las dimensiones de la cruz. La necesidad del ejemplo determinaba en cada caso que este instrumento de ejemplar suplicio fuese más o menos alto ó se erigiese en uno u otro lugar. Suetonio cuenta que para mayor infamia de la pena impuesta a un tutor que había envenenado a su pupilo, Galba mandó cambiar la cruz, ya preparada, por otra más alta y pintada de blanco. (37) Cicerón y Quintiliano refieren que las cruces solían erigirse en los caminos más transitados, como el de Pompeya, a fin de que fuesen contempladas por muchos. (38) Pero las leyes romanas no descendían nunca a detalles minuciosos ni estaban recargadas de reglamentos, adherentes ó adornos superfluos, como nuestras pomposas y magníficas legislaciones actuales, y sería, por lo tanto, tarea inútil la de espigar minucias en este campo.

Los evangelistas no nos ofrecen ninguna particularidad respecto a la forma en que fue crucificado Jesús, limitándose los cuatro a consignar que lo fue sobre la cima del Gólgota y entre dos malhechores condenados a igual pena. (39)

Pero los Padres de la Iglesia que vivieron en tiempos anteriores a Constantino y pudieron presenciar las crucifixiones romanas, sostuvieron con insistencia que Jesús fue clavado de pies y manos, (40) circunstancia que ha sido después defendida por los ortodoxos sólo por el hecho de haberla combatido los heterodoxos, aunque con la tendencia de que con el perforamiento de las manos y los pies afirmaban los unos el cumplimiento de una profecía que los otros negaban. (41) Plauto, que debe suponerse imparcial en la contienda, daría la razón a los ortodoxos. (42)

Conforme a un uso que se aplicaba en Roma no sólo a ésta sino a toda otra forma de ejecución, fíjose en lo más alto de la cruz, sobre la cabeza de Jesús, una inscripción con el título de la condena. (43) Pero lo que el uso, en realidad, establecía era que dicha inscripción la llevase el mismo condenado. Suetonio refiere que Calígula mandó entregar al verdugo a cierto esclavo que había robado en un banquete un objeto de plata: el ejecutor le cortó las manos y colgándose las del cuello le paseó en torno de las mesas con un cartel que declaraba su delito. El mismo

historiador cuenta que Domiciano hizo conducir de las graderías a la arena del circo a un padre de familia que había osado hablar sin admiración de uno de los gladiadores y mandó arrojarlo a los perros con esta inscripción: «un particular irreverente con el príncipe.» (44) Así, pues, el título de la condena de Jesús debió llevarlo al cuello el mismo reo, ó Simón de Cirene, ó cualquiera otro de la comitiva. (45) Acaso su fijación en la cruz tuvo por objeto subsanar tal olvido.

La inscripción decía: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDEOS (46) y estaba redactada en tres lenguas: hebrea, griega y latina. (47) La hebrea era la lengua nacional, la griega se hablaba en todos los países cultos como idioma universal; la latina era la lengua oficial del Estado, especialmente de los poderes judicial y ejecutivo. El latín se empleó, por lo tanto, en razón de carácter oficial del hecho, pero no como un medio de mayor publicidad en una población en que el idioma latino era conocido tan sólo del séquito del presidente. Por el mismo Pilatos fue redactada aquella inscripción (48) que implicaba su postrer sarcasmo contra los odiados judíos, y era una reiteración del mismo concepto del *rex vester* con que ya les afrentaba al preguntarles si por fin había de crucificar a su rey. Así lo comprendieron los judíos, é intentaron conseguir del presidente que no escribiese—Rey de los judíos,—sino—Este ha dicho: soy rey de los judíos—Pero insistiendo en su despectiva ironía, respondió Pilatos con tono de fastidio y de cansancio:—Lo escrito, escrito está. (49)

Estos últimos hechos prueban una vez más que el sacrificio de Jesús fue, como necesariamente debió ser, obra exclusiva de la autoridad romana en funciones de justicia. En efecto, de la ley de Roma, y no de la mosaica, era atributo y ornamento la pena de crucifixión; del poder de Roma, y no del de Judea, dependían los piadosos y benignos ejecutores, y del juicio del procurador del César, y no del Sinédrio hebreo, emanó la justa y sabia, aunque inarticulada sentencia. Si por los judíos sinédristas se hubiese pronunciado un fallo y no formulado una acusación, el título de la condena hubiese sido el de blasfemia y no el de sedición. Este delito fue discutido, pero abandonado definitivamente por el Sinédrio. La asamblea, con acuerdo unánime, insistió en el primero, y declaró que Jesús era digno de muerte, no por haberse dicho rey de los judíos, sino por haberse titulado Hijo de Dios. Sólo en este dictado, aunque irónico y burlón, estaba implícitamente comprendido el título de un delito de sedición.

Poncio Pilatos no hizo mención siquiera de tal delito; pero tampoco habló de otro y, sin embargo, envió a un inocen-

te al patíbulo. Es preciso, por otra parte, reconocer que, aunque fuese mental é implícitamente, algún hecho delictuoso había de suponer el presidente como fundamento de su resolución, y este hecho fue por él compendiado, según su peculiar estilo, en el mote que mandó fijar en lo alto de la cruz. Si en vez de emplear el sarcasmo y la burla hasta el último de sus actos, hubiera meditado sobre los motivos de aquella entrega que fue realmente una condena, hubiese dictado sentencia por crimen de sedición ó de lesa majestad. Tal era el único título de delito que podía aplicarse a la aclamada y no creída culpa de Jesús, conforme a la ley romana que estaba obligado a respetar y que necesariamente aplicó, aunque extralimitándose en el uso de su potestad de imperio. (50) La ley era severísima en el castigo de semejantes delitos, proveyendo con su rigor a la defensa del Estado, concepto supremo de la constitución política de Roma; cualquiera usurpación de las facultades privativas de la soberanía, era castigada con pena capital, y del mismo modo cuantos actos se consideraban un peligro para la integridad y la seguridad de la nación. En tales casos, a la pena de muerte se agregaba la confiscación de bienes y la condenación de la memoria del culpable. (51) Por lo tanto, si se quería consumar una injusticia en odio a Jesús, no hubiera sido difícil revestirla de formas y apariencias de legalidad.

Mientras tanto, el inocente había sido enclavado en el madero de la cruz y comenzaba a apurar toda la amargura de su doloroso suplicio.

Era uso judaico administrar a los condenados una bebida aromática para calmar sus padecimientos y adormecer su inteligencia. (52) También a Jesús le fue ofrecida; pero Jesús la rehusó. Según uno de los evangelistas, la pócima que le brindaron era una mezcla de vino y mirra; según otros, de vinagre y hiel. (53) No serían por cierto los verdugos romanos, sino las devotas mujeres que lloraban al pie de la cruz, las que recurrirían a este uso piadoso, común entre su gente, no obstante ser extranjeras la iniciativa y la forma de la ejecución. De la referencia que los evangelistas hacen de tal bebida, se deduce que era la misma que los soldados romanos llevaban consigo; si lo era en realidad, las mujeres que asistieron a la escena del Calvario no harían otra cosa que suplicar a los soldados humedeciesen los labios de Jesús. (54)

El reo fue despojado de sus vestiduras, (55) y los ejecutores usaron de su

[37] Galba, 9.

[38] CICERÓN, *Verr.* V, 66: More atque instituto suo crucem (Mamertini) fixerunt... in via Pompeia QUINTILIANO, *Declam.* 275. Quotiens noxios crucifigimus, celeberrimae eliguntur viae, ubi plurimi inveniunt, plurimi commoveri hoc metu possint.

[39] MATRO, XXVII, 35, 38; MARCOS, XV, 24, 25, 27; LUCAS, XXIII, 33; JUAN, XIX, 18. Libro de título atrayente, pero de ninguna autenticidad, es el de D. RAMPEL, *La Mort de Jésus, révélations historiques, sur la véritable genre de mort de Jésus, traduit du latin d'après la manuscrit d'un frère de l'ordre sacré des Jésuites, contemporain de Jésus.* París, Ed. Dentu, 1763.

[40] JUSTINO, *Dial. e. Tryph.*, 97; TERTULIANO, *Adv. Marcionem*, 3, 19.

[41] Ps. XXI, 16: Foderunt manus meas et pedes meos. Cf. STRAUSS, *Vida*, 2, 132.

[42] MOSTRILARIA, 2, 1: *Affigantur bis pedes, bis brachia.*—La fantasía se ha preocupado también del número de clavos empleados para la crucifixión del Nazareno. Según la tradición latina fueron tres, asignando uno solo a los pies: la tradición griega y San Gregorio de Tours afirman, por el contrario, que fueron cuatro. ¿Quien más clavos tiene, más pone!

[43] MARCOS dice categóricamente que dicho escrito era el *titulus causae* (XV, 26); MATRO lo llama *causam scriptam*, (XXVII, 37); LUCAS habla sólo de una *superscriptio* (XXIII, 38) y JUAN de un *titulus* (XIX, 19).

[44] *Calígula*, 32. Praecedente titulo qui causam poenae indicaret; Domiciano, 10: cum hoc titulo: impie locutus parvularius.

[45] BONGHI nos da la noticia, sacada no se sabe de dónde, de que la inscripción la llevó Jesús, Simón ó otro del cortejo. (*Vita di Gesù*, cap. 286).

[46] Así se lee en JUAN: Jesus Nazarenus Rex Judaeorum (XIX, 19. Cf. MATRO: Hic est Jesus rex Judaeorum (XXVII, 37); MARCOS: Rex Judaeorum (XV, 36); LUCAS: Hic est rex Judaeorum (XXIII, 38).

[47] LUCAS, XXIII, 38; JUAN, XIX, 20.

[48] JUAN, XIX, 19: Scripsit autem et titulum Pilatus et posuit super crucem.

[49] JUAN, XIX, 21, 22.

[50] Sobraba la necesidad de tal aplicación en una provincia romana, v. s. cap. X, n. 13 y cap. XXI, n. 10.

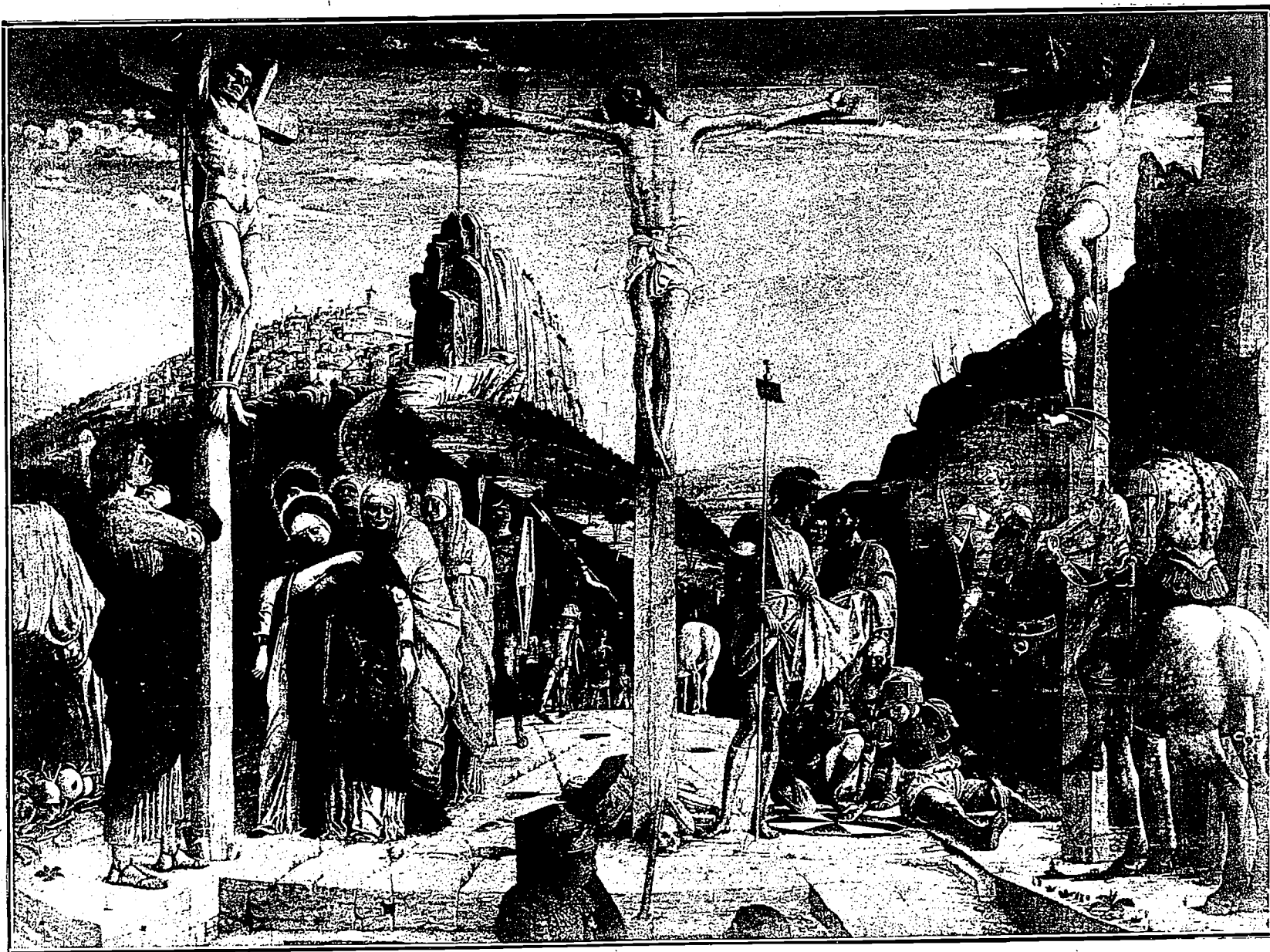
[51] Cf. acerca del crimen *majestatis* y la *seditio*, FERRINI, *Dir. Pen. Rom.*, cap. XI, pág. 252 y sig.

[52] *Babyl. Sanhedrin*, f. 43, 1; Dixit R. Chaja f. 3. Ascher, dixisse R. Chasdam: Exeuntis est capite plectatur, dant bibendum granum turis in poculo vini, est alienetur mens ejus, sec. d. Prov. 31, 6: Date siceram perenoti et vinum amarissimum.

[53] MATRO, XXVII, 34: Et dederunt ei vinum bibere eum felle mistum. MARCOS, XV, 23. Et dabant ei bibere myrrhatum vinum.—En efecto, algunos autores, entre ellos Langen, citado por Didón, refieren que los antiguos naturalistas Dioscórides y Galeno atribuían a la mirra y al incienso una virtud calmante (*J. Ch.*, cap. 11). LUCAS y JUAN no hablan en tal momento de ninguna bebida; pero la mencionan más tarde, de acuerdo con los otros dos evangelistas, cuando ponen en boca de Jesús la frase «Tengo sed».

[54] SPARZIANO, *Adriano*, 19; VULCARIO, *Ovidio*, 5; PLAUTO, *Miles*, 3, 2, 23; *Id.*, *Truc.*, 2, 7, 48.

[55] ARTEMIDORO, *Onirocr.*, II, 53.



EL CALVARIO - Cuadro de Montagna

derecho á repartírselas. Por virtud de este derecho, sancionado explícitamente por la ley, á los ejecutores pertenecían en todo caso de ejecución los despojos de los condenados (*pannicularia*). (56) Las vestiduras de Jesús fueron probablemente el taleth, el manto, la túnica, el cingulo y las sandalias. Los soldados encargados de ejecutarle, que eran cuatro, después de hacer otras tantas partes de las ropas del condenado, las sortearon entre sí. (57) Hecho esto, se sentaron junto á las cruces para custodiar á los reos.

La multitud contemplaba la escena con la curiosidad placentera con que siempre presencia el vulgo los emocionantes episodios de una catástrofe, sea incendio espantoso ó muerte trágica. Muchos se mofaban de los tres agonizantes, que debían inspirar la más profunda piedad, dirigiéndoles chanzas é insultos.

—Tú—le decían á Jesús—que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo y baja de la cruz.

Los sacerdotes, los ancianos y los escribas empleaban las mismas ironías que la plebe.

—Este que salva á los demás, no se puede salvar á sí mismo. Si es el ungido de Dios, háganos ver su poder y entonces le crearemos.

Los mismos ejecutores, aunque indiferentes á la causa del suplicio, exclamaban por brutal instinto de imitación, indicando las palabras latinas de la inscripción puesta en la cruz:

—Si eres el rey de los judíos, sálvate á ti mismo.

Hasta uno de los malhechores crucificados, en medio de sus sufrimientos, dirigióse á Jesús diciendo:

—Si eres el Cristo, sálvate y sálvanos.

Se quería y se esperaba un milagro actual y visible. No otra fue, hasta el último momento, la causa de la desilusión y el despojo popular. Uno solo, compañero de afrenta de Jesús, tuvo en medio de sus tormentos y angustias la inspiración de un prodigio inmaterial y ultraterreno.

Dirigiéndose á quien así hablara, le reconvinó diciendo:

—¿Tampoco tú temes á Dios? ¡Y sufres, sin embargo, la misma pena de aquél á quien insultas! Justo ha sido el castigo para nosotros, porque recibimos la que merecemos; pero éste no ha hecho ningún mal.

Y volviéndose á Jesús, exclamó:

—Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino. (58)

La paz, la dulzura, la súplica de perdón dirigida al Padre, debieron conmover á aquel desgraciado.

Jesús, en efecto, había pronunciado ya sus primeras palabras en la cruz:

—Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. (59)

Sublimes palabras que hacen contrastar la pureza y la dignidad del sacrificio

con la brutalidad y la inconsciencia de la fuerza convertida en derecho.

Otras palabras por él pronunciadas fueron entendidas con fingido error y evidente sarcasmo. Jesús exclamó:

—*Eloi, Eloi, lama sabactani*—frase que en lengua aramea, que era la hablada por el Nazareno y por la mayoría de los circunstantes, significaba:

—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (60)

Pero jugando con el sonido de las palabras, fingieron entender que había llamado á Elías, y gritaron:

—¡Acaba; á ver si Elías viene á desclavarte de la cruz!

La fiebre del tormento dietó al mártir estas otras palabras:

—Tengo sed.

Y no la bebida aromática y confortante de las mujeres judías, sino el agrio brebaje de la soldadesca romana le fue administrado en señal de ludibrio. Uno de los soldados empapó en un vaso una esponja, la ató al extremo de una lanza y la ofreció á Jesús en el momento en que éste murmuraba:

—Todo está consumado. (61)

¿Qué más restaba que sufrir al Hombre del dolor? Apuró hasta las heces el cáliz de la amargura y pudo repetir en la serena expresión de su gran dolor las palabras del canto profético de la desventura. Porque, si en efecto, los evangelistas no pensaron en David más que en Jesús, al referirnos las últimas frases del crucificado, Jesús repitió una por una las palabras davidicas. (62)

—Dios mío, Dios mío, mírame; ¿por qué me has abandonado? La voz de mis delitos aleja de mí la salud.

Yo soy el oprobio de los hombres y el vilipendio de la plebe.

Los que me ven, se rien de mí, mueven los labios murmurando, y agitan la cabeza.

Yo soy como el agua que se derrama, y mis huesos están dislocados.

Mi corazón se funde, como la cera, en mis entrañas.

Mis jugos se secan como el barro y tú me reduces á polvo de muerte.

Una multitud de perros me rodea, una banda de malvados me cerea.

Han horadado mis pies y mis manos y han contado mis huesos.

Observan y me miran.

Se reparten mis vestiduras, y echan á suerte mis túnicas.

[60] MATRO, XXVII, 45-48; MARCOS, XV, 34-36. Lucas y Juan guardan silencio sobre este hecho el cual reviste todos los caracteres de exactitud de aquellos otros que, á diferencia de los que contienen un fondo metafórico, producen la impresión de certidumbre propia de todo relato verdadero. Didón cree acurrimiento en este error de inteligencia, y de él hace argumento para demostrar que entre los peregrinos que habían acudido á Jerusalén con ocasión de la Pascua, hubo sin duda griegos y romanos que no comprendían el hebreo, el armenio, ni el siríaco (J. Ch., cap. 11). En realidad, si dichas palabras fueron pronunciadas en arameo, la mayoría de los presentes debieron entenderlas.

[61] Las últimas palabras de Jesús pueden reconstituirse sobre el conjunto de los Evangelios, pues cada uno de éstos, tomado aisladamente, es incompleto y hasta contradictorio con respecto á los otros, en ciertos detalles. Juan, por ejemplo, pone en boca de Jesús las palabras «tengo sed» que omiten los demás Sinópticos, y éstos colocan el nuevo incidente de la bebida en el momento en que exclamó: «Eloi, Eloi, mientras que Juan deja de mencionar tal exclamación y refiere el mismo incidente en el momento de pronunciar el crucificado las palabras «tengo sed».

[62] Ps. XX, 1, 6, 7, 14, 15-19. Cf. la hermosa traducción del hebreo hecha por el P. SCHRILL, citada por DIDÓN, J. Ch., cap. 11. Traducimos el Salmo libremente del latín, en aquellos puntos en que los Evangelistas señalan la coincidencia metafórica con la profecía, y no sólo en lo que se refiere á las últimas palabras de Jesús, sino también á los últimos hechos de su vida.

Y tú, Señor, no te alejes de mí: tú que eres mi fuerza, apresúrate á socorrerme.

Acostumbrábase entre los romanos precipitar la muerte de los ajusticiados quebrantándoles las piernas á golpes de maza ó martillo (*crurifragium*). No está demostrado, aunque parece probable, que para conseguir más eficazmente aquel efecto se les traspasase el pecho. (63) La crucifixión mataba lentamente. La efusión de sangre de las manos y los pies, cesaba pronto, y generalmente no era mortal. La causa de la muerte era la tensión forzada de los miembros que producía la rigidez total del cuerpo y una turbación letal de las funciones circulatorias. Algunos condenados, descendidos de la cruz y curados á tiempo, recobraron la vida; (64) otros permanecieron en el madero durante tres ó cuatro días; (65) muchos, los dotados de una complexión vigorosa, morían de hambre. (66) Era, pues, útil, y algunas veces necesario, el golpe de gracia. En cuanto á los tres ajusticiados del Gólgota, los judíos procuraron, con doble razón, que se acelerase su muerte; primero, porque sus costumbres no consentían que durante la noche permaneciese un cadáver pendiente del patíbulo, (67) y además, porque la santidad del sábado no podía ser turbada con semejantes espectáculos. (68) Por eso acudieron á Pilatos para que ordenara aplicar el *crurifragio*. Los soldados marcharon al Gólgota y partieron las piernas á los dos malhechores; pero cuando se dispusieron á hacer otro tanto con Jesús, le hallaron muerto. (69) Había terminado en tres horas de tranquila y resignada agonía su vida de breves años y su obra de siglos infinitos.

Eran las tres de la tarde del 7 de abril, (70) cuando Jesús elevó el pensamiento al Padre para recomendarle el alma, desligada ya de su cuerpo sacrificado. A este pensamiento dedicó su última palabra.

Y reclinando la cabeza, expiró.

Cuanto había de humano en su naturaleza, quedó consumado. La cruz de su martirio permanecerá por siempre clavada en la cumbre de las injusticias, de las concupiscencias, de las mentiras sociales, como símbolo de reprobación eterna y de regeneración perdurable. El hierro y el fuego serán inútiles y deletables junto al madero indestructible de la cruz.

El mundo de la época, embebido en otros espectáculos de lujuria y de sangre, no se dió cuenta de lo que ocurría en aquel rincón obscuro del Oriente:

[63] SENECA, *De ira*, III, 32; SURNONIO, *Octav.*, 67; LACTANCIO, *Instit.*, LIPSIUS, *De cruce*, lib. II, c. 14, lib. III, c. 14; PLANTO, *Poen.*, 4, 2, 64. RENAN cita el texto de Ibn-Hisham traducido en la *Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, I, p. 99, [Vida, cap. 26].

[64] HERODOTO, VII, 194; JOSEFO, *Vita*, 65.

[65] PETRONIO, *Sat.* CXI; ORIGENES, *In Math. Comment. series*, 140.

[66] EUSEBIO, *Hist. eccl.*, VIII, 8. Cf. RENAN, *Vida*, cap. 25.

[67] JOSUÉ VIII, 29, X, 26; MISNA, *Sanhedrin*, VI, 5. Renan dice que esta prohibición dimanaba de la ley; pero en el Pentateuco no se encuentra semejante disposición, y por otra parte, el pasaje de Josué se circunscribe á un caso particular. El Sanhedrin fue obra de los talamidistas y, por lo tanto, no contemporáneo de Jesús.

[68] JUAN, IX, 31; FILÓN, *In Flaccum*, 2, 10.

[69] JUAN, XIX, 31-33.

[70] MATRO, XXVII, 45, 46, 50; MARCOS, XV, 25, 33, 34, 37; LUCAS, XXIII, 44; JUAN, XIX, 13, 14. Es evidente é incontestable la divergencia de estos lugares del Evangelio relativos á la hora en que murió Jesús. La hipótesis más aceptable es la de que tuvo lugar á la hora nona de los hebreos, correspondiente á las tres de la tarde.

[56] L. 6. Dig. de bonis damnatorum XLVII, 20.

[57] MATRO, XXVII, 35; MARCOS, XV, 24; LUCAS, XXIII, 34; JUAN, XIX, 23, 24. El número de los soldados (aludiendo quizá á los que expresamente fueron encargados de la ejecución) sólo lo da el evangelista Juan, quien, únicamente también, refiere el hecho de que la túnica de Jesús fue sortada y no repartida entre los soldados.

[58] LUCAS, XXIII, 39-43. Los otros tres evangelistas nada dicen respecto á este episodio. MATRO, (XXVII, 14) y MARCOS (XV, 32) afirman que los dos malhechores insultaban también á Jesús. JUAN no hace mención de este particular, aunque habla de la crucifixión de otros dos (XIX, 18).

[59] LUCAS, XXIII, 33. Los demás Evangelistas omiten tales palabras, muy verosímiles en boca de Jesús.



Museo Británico - RABOLIMI: El Santo Cuerpo

pero no tardó en advertir que una nueva ley regulaba los actos y los destinos del hombre, y que la verdad nacida de las fuentes de Nazareth se esparcía por la tierra y regaba aquel árbol que no daba buen fruto.

En vano, durante diecinueve siglos, legisladores medrosos ó innovadores audaces se han afanado en dictar ó proponer una ley que igualase á la escrita con sangre sobre la cruz del Golgotha. Cuando el mártir de Nazareth dijo al hombre:—ama á tu prójimo como á ti mismo, y no hagas á otro lo que no querías que hiciesen contigo,—no sólo señaló é iluminó los caminos inexorables del cielo, sino que transformó y ennoblecó la ley del egoísmo, la más salvaje y dominadora de la tierra, y la erigió en virtud y en regla indefectible de solidaridad y de justicia social. Y cuando á los hombres, unidos solidariamente por los vínculos de una justicia sin límites de poder ni convención, les dijo:—el reino de Dios está en vosotros,—fundó uno divino sobre la tierra, reino sin principes ni súbditos, sin víctimas ni rebeldes, sin barreras ni confines; reino que cuenta un cetro en cada voluntad árbitra de sus actos, y un trono en cada alma capaz de sus destinos; reino perfecto y seguro, si no feliz y dichoso, en que las espadas se convertirán en arados y en hoces las lanzas y en que será consagrada la soberanía del hombre, libre y sin freno de autoridad ni disciplina, según el mérito inmenso de su naturaleza y el progreso infinito de su perfección.

Otros diecinueve siglos no pasarán sin que, ó la cruz del Golgotha sea finalmente el signo de la victoria, ó el hombre, nacido para las batallas, caiga vencido para siempre en la lucha secular por su redención.

JUAN ROSADI.

(Capítulo XXII de la célebre obra "El Proceso de Jesús.")

EL PADRE DIDON

CARTAS A LA SEÑORITA TH. V.

[FRAGMENTOS]

LXV

Roma: 9 de abril de 1880.

Querida hija, mía:

Esta carta ¡ay de mí! no os consolará mucho, pues tengo noticias trágicas que comunicaros.

Llegué á Roma hace tres días, y mi primer paso fue acercarme al General de la Orden: el P. Larroca.

Cuando estuve en su presencia, prosternéme, según la etiqueta dominicana.

Púsose él de pie, abrazóme, y luego, sentándose en la poltrona, me permitió ocupar un puesto á su izquierda.

Rompí el silencio diciéndole:—«Reverendísimo Padre: héme aquí á vuestras órdenes».—«—Y bien», contestóme con voz conmovida y ahogada, «¡cuán triste y grave situación! No ignoráis el enojoso efecto que han producido «vuestras Conferencias. Habéis tomado un mal camino; no sois ya el apóstol, sois el tribuno; no convertís á los incrédulos, antes bien, los «confirmáis en la incredulidad; no pertenecéis «al Espíritu del Evangelio: habéis comprometido la Orden al decir que abundaba en vuestras ideas.»

Escuchélo mudo, sin proferir palabra, pareciéndome que algún poder de lo Alto me imponía silencio. Y callé, puesto en profunda quietud é inalterable serenidad.

Y luego dije al General:—«Reverendísimo Padre: y ¿qué debo hacer?» Vaciló algunos instantes y me respondió:—«Es necesario que os retiréis á Corvega; que habitéis en «Corvara, en un convento solitario. Allí no «predicaréis, no confesaréis; oraréis y estudiaréis hasta nueva orden».

«—Y, ¿cuándo queréis que me ponga en camino?»—«Cuanto antes os sea posible, después de reposaros.»—«Sólo os pido, Reverendísimo Padre, no separarme de Roma «sin haber visto al Papa; sólo pido esperar algunos días mi audiencia».

Y mi petición fue atendida.

Hé aquí, querida hija, la narración de mi entrevista con el General de la Orden; con la autoridad que Dios ha querido poner en mi camino, y que confirma su imperio y su derecho sobre mí por medio de un decreto de exilio.

Acepté con alegría, con extraña serenidad, esta primera, esta ardua prueba á que ha querido el Cristo someterme; y me digo feliz al haber sido juzgado digno de padecer por la causa divina á que he consagrado mi vida. ¿Será el principio de largo martirio? Estoy pronto: la obra santa que he de cumplir, la obra salvadora de los paganos modernos: hé ahí lo esencial.

Y nadie me detendrá en mi camino.

LXVI

Corvara: 22 de abril de 1880.

Héme aquí en mi soledad: sin nada que se parezca á mi Patria; á mis montañas ásperas y desnudas, á mi mar, á mi cielo.

Corvara es una Cartuja, una tumba blanqueada. Los pájaros revolotean cantando, como si quisieran despertar á los muertos.

Sepultado está el apóstol. ¡Extraña cosa!

Tiene el Destino inesperadas fulminaciones. Interrúmpese de súbito el camino; entreábrese un abismo; y es forzoso descender hasta el fondo.

Yo que sigo adelante, adelante sin volver los ojos; sin prestar oído sino á la voz de Dios, no vacilaré jamás. Aunque me viera al borde de la fosa de los leones, si Dios me dijese: «—Véa vivir con esas bestias feroces», iría, y acariciaría con mis manos sus hirsutas crines.

¡Cuán grato, cuán grande para mí, padecer,

inmolarme en aras de la causa santa, salvadora, del mundo moderno, á la que pertenezco por completo; á la que he consagrado mi vida!...

No soy, no quiero ser un hablador vulgar, un académico, un apóstol cuya elocuencia esté en los labios: quiero padecer, quiero ser probado, quiero ser mártir.

Quiero ser.... ¿tendré acaso derecho de decirlo? Nó, porque no me es dado ser esto ó aquello. A la Providencia, que me ha escogido á pesar de mi indignidad; á Dios, Señor de los destinos humanos, plugo decirme: «—Vé, vé á «combatir y á morir para que la Verdad y la «Justicia triunfen».

Os digo estas cosas, hija mía, á fin de que vuestra alma se enaltezca con ellas, y conociendo la austeridad de mi destino, os asociéis á él por el sacrificio y por la inmolación.

Esta faz dolorosa de mi vida, querida hija mía, será tan ruda para vos como para mí. Presto, empero, pasará el invierno: la tempestad presente durará una hora: soportemos dignamente el dolor que Dios nos envía.

Confiad todos en el que combate sostenido por Dios; ni os inquietéis por lo que diga esa prensa que tan desleal y cobardemente me ataca: ello es una prueba añadida á otras más; y son ya tantas, que no las tengo en cuenta.

En mi conducta nadie verá sino sentimientos humanos, dignos, generosos. ¿Quién osará vituperarlos? Estoy sometido; pero la sumisión del cristiano corre en mí parejas con la firmeza, con la dignidad del hombre.

LXVII

Ruda cosa es la prueba! Cuando Dios le dice: «—Vé á visitar á mi servidor,» descendiendo fulminante, implacable, como devoradora ave de rapiña; y nada perdona.

No me quejo, nó, por haber sido escogido para el sufrimiento: al contrario; el sufrimiento me inspira infinita alegría.

San Pablo lo ha dicho: «—Sobreaundo en alegría en medio de la tribulación universal».

Y yo vivo en espíritu con mi Maestro, y trato de leer en su alma egregia cuando la baña la claridad que lanza la hoguera de la inmolación.

Lo que me ha herido más crúelmente es la traición de mis amigos.

Cuando tuve de ella noticia, alcé al Cielo las manos como si la Tierra se hundiera bajo mis pies.

Atroz martirio:.... la desconfianza de los amigos....

En las horas de su agonía, en el postrero himno sollozante del Cristo, alzaronse al Padre estas palabras: «—Has desatado sobre mí todas las olas de tu cólera».

Y ¿qué había hecho el Cristo? El bien y sólo el bien. Nosotros ¡ay! nosotros tenemos mucho que expiar: bien merecemos el ser devorados por el fuego, para que se consuman, para que se anonaden nuestras miserias.

No me quejaré.

¡Oh! la traición de los amigos, sus desconfianzas, sus sospechas, sus dudas, su abandono: hé ahí el verdadero dolor. Los que no lo han sentido, nada han padecido; ni siquiera un rasguño en la piel.

De hoy más no llevaré cuenta de los azotes con que Dios me castiga.

Fiome á Aquél que se complace en probar sus servidores.

Confío hoy más que nunca en la victoria del Bien; creo hoy más que nunca en el victorioso porvenir que alcanzará el reinado del Cristo en nuestras sociedades modernas.

Antójaseme cada día más luminosa mi vocación; y ¿osáis temer, pobre hija mía, que algún día anónimo sea capaz de luchar con Dios?

Me salvaré, sí, me salvaré aun en el Polo, antes que vulnerar mi honra.

No me conocen, por cierto, los que se imaginan que pertenezco al vulgo de las gentes. Dios, en su Providencia insondable, me ha favorecido regalándome con misión apostólica; me ha protegido á pesar de mi indignidad y de mis faltas; y no hay poder, ni debajo del Cielo ni sobre la Tierra, que prevalezca contra mi destino y contra Dios.

Traiciónenme, en buen hora, los falsos amigos, comprométanme; abandónenme los débiles; encarnícense los enemigos. El Cristo no me retirará su protección; porque El, que sondea el corazón y los riñones, El sabe que soy su apóstol, y que todo, todo en mí, hasta el último átomo de mi sér, quiere proclamar su nombre.

Y luego: ¿qué me importan los hombres y la manera cómo ellos me juzguen? Diré con san Pablo: «—Yo no soy juez de mí mismo; sólo Dios puede juzgarnos á todos».

¡Oh Dios! perdona á los que me maltratan, porque no saben lo que hacen.

Gracias á Dios, vivo en mi roca solitaria, desde donde veo, impasible, pasar por sobre mí las olas de las opiniones humanas.

Mi único propósito es el cumplimiento del deber doloroso que me ha impuesto Dios; y seré incansable en cumplirlo.

Ni abrigo, ni he abrigado ambición humana y personal; y hoy más que nunca trato de desprenderme de todo interés egoísta, de todo sentimiento vulgar, pues comprendo que para sembrar la semilla viva de la Fe, necesita el apóstol algo más que la lógica, algo más que la literatura, algo más que las pasiones humanas.

Para sembrar la Fe es necesario poseer á Dios; poseer al Cristo viviente: ved ahí la lógica irresistible, la poesía deslumbradora, la pasión santa que todo lo domina.

Durante estos días no se apartan de mi memoria las palabras que dirigió Jesús á sus discípulos en el jardín de Gethsemani. En tanto que El oraba, como los Apóstoles, rendidos de cansancio, durmieran, volvióse á ellos y les dijo: «—¡Cómo! ¿ni una hora habéis podido velar?».

¡Oh, los amigos! Los amigos impertérritos, los amigos como la roca incommovibles; los amigos que no vacilan, que no dudan; los amigos que poseen la Fe viva; amigos míos,.... ¿dónde estáis?

LXIX

Corvara: 9 de mayo de 1880.

La bondad de Dios vela sobre nosotros.

El sér humano en la plenitud de su conciencia es inatacable, invencible.

Se le puede imponer el padecimiento, se le puede martirizar: tanto mejor; porque así se le da ocasión para que satisfaga la inexorable justicia y merezca la misericordia paternal.

Lo que no es dado á ningún poder humano; lo que no es dado ni á la traición, ni á la perfidia, ni al odio, ni á la feroz hipocresía, es amenguar la virtud del hombre justo.

Siento en mí mismo que pertenezco á Dios con la plenitud de mi voluntad; comprendo que no hay sacrificio que no puedan imponerme mi vocación y mi destino; y todo lo arrostraré.

Yo también desde esta roca he escuchado la voz del Cristo, quien me ha hablado como habló al Apóstol, aterrado en el camino de Damasco. ¡Oh voz irresistible!

Comprendo que una sola mirada de Aquel Ente divino haya subyugado las muchedumbres, cuando á dos mil años de distancia sentimos conmovidas nuestras más íntimas fibras por la acción inefable, siempre nueva, siempre triunfante del Sér único que ha encarnado en su alteza los destinos de la Humanidad.

¡Oh apacible destierro! ¡Oh soledad querida! Siento que estoy en el crisol de Dios, bajo la acción de llamas de implacable sutileza.

Enderécese en mí lo que no sea recto; deséchese como vil escoria lo que no sea metal puro; cíncélese y puliméntese lo inmaculado.

Es del Eterno perfeccionar su obra.

LXXIII

Corvara: 6 de julio de 1880.

La guerra religiosa que ha comenzado en nuestra patria no se detendrá ya. Iráse hasta la separación de la Iglesia y del Estado, sin que me parezca pueda evitarse este desenlace, espanto de la mayoría del Clero.

No creo, sin embargo, que recomienzen las matanzas del 93. La Historia no se repite. Daránse, acaso, algunos alzamientos, algunas represalias movidas por instintos groseros, homicidas y mal contenidos; pero no se llegará al Terror del siglo XVIII, ni á la Comuna de 1870.

Lo que sí me parece claro en todo esto, es el resultado desastroso del antagonismo perpetuo, cada vez más grave, día por día más envenenado, entre el Catolicismo y la sociedad moderna. Los bandos políticos han utilizado satánicamente y en su provecho, según ellos, este antagonismo. Falta enorme que todos hemos cometido de un siglo á esta parte.

Persistiendo en ella, todos perderemos: perderá la Iglesia, perderá el Estado, perderá Francia; lo por venir mismo perderá.

Porque no hay salvación sino en la armonía.

Estos acontecimientos preparan la guerra; y nosotros, pobres predicadores de la paz; nosotros, los apóstoles de la Religión divina, madre de todos los progresos científicos, políticos y sociales; nosotros, que queremos cambiar las espadas en cruces y las lanzas en rejas de arados; nosotros los pacíficos, los hambrientos de justicia;.... hémos aquí apartados.

Muchos volúmenes podría escribir acerca de la situación lamentable que alcanza Francia, de las causas que nos han traído á este punto y de los remedios que podrían curarnos.

Pero,.... soy un muerto.

Esme forzoso dormir obscuramente en mi tumba, desde donde hablo en silencio á Dios con mis deseos fervientes pero sofocados.

Oremos y suframos conjuntamente.

Las pruebas pueden llegar á ser néctar embriagador, cuando las saboreamos en la misma copa donde las apuré el Cristo.

Entonces no son ya mezcla de hiel, de vinagre y de mirra, sino vino generoso que trae á nuestra mente visiones divinas.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.



"EL SANTO ENTIERRO" - Cuadro de A. Ciseri

LECTURAS

LA FIN DE NOTRE ÈRE,
par le comte Leon Tolstoi.
Paris, 1906. Un folleto.

El ilustre autor de *Ana Karenina*, el apóstol del neo-cristianismo, no pierde ocasión de atacar la civilización contemporánea desde su soledad de Yasná Poliana. Los acontecimientos de que es teatro su patria le sugieren nuevas consideraciones y le hacen concebir halagüeñas esperanzas respecto al próximo triunfo de sus humanitarios ideales. Estos avanzan; su proximidad la delatan los horrores de la revolución y la desesperada defensa de un régimen anticuado y odioso. «La victoria de los japoneses—dice Tolstoi en el folleto titulado *El fin de nuestra Era*—pone en evidencia el fracaso de la civilización de que tan orgullosos estaban los pueblos cristianos.» La actual revolución rusa es precursora de otra revolución mayor. La que comienza en Rusia no puede tener el mismo fin ni realizarse por los mismos medios que las revoluciones de hace cincuenta, ochenta, ó cien años. El pueblo ruso agricultor se eleva á cien millones de almas, y no necesita parlamentos, ni libertades cuya nomenclatura demuestra que son falsas; no necesita que un poder violento sea reemplazado por otro; lo que necesita es la libertad absoluta, es liberarse de todo poder impuesto. El objeto de la revolución que á todos entusiasma no es el establecimiento de impuestos sobre la renta, ni la separación de la Iglesia y el Estado, ni el acaparamiento por este último de instituciones sociales, ni la organización de las elecciones, ni la participación de eso que se llama pueblo en el poder, ni la institución de la república más democrática y hasta socialista con el sufragio universal, lo que persigue es la verdadera libertad. Y esta libertad no se consigue con barricadas, ni con asesinatos, ni con instituciones creadas á la fuerza, no se obtiene más que negando la obediencia á cualquier poder humano.»

Según Tolstoi, el deber cristiano consiste en negarse á participar en los males que causan los Gobiernos, sean los que sean. A las instituciones modernas, fundadas en la fuerza y en la opresión, sucederá una sociedad nueva, pensada de que el mal no se destruye con el mal, y de que el único medio de acabar con la violencia es abstenerse de toda violencia. Así se renovarán los Estados modernos, así es como constituirán la ciudad única en donde se aplique el principio de la no resistencia al mal, así es como se resolverán todos los problemas sociales que hoy agitan y perturban á la humanidad. Partidario de la revolución por el amor, claro es que ataca á los revolucionarios rusos que levantan barricadas, á los que tiran bombas, á los que organizan huelgas, á los que inducen á los labriegos á saquear las casas de los propietarios, á los que aspiran á una constitución, en una palabra: á los que emplean la fuerza para transformar el Imperio medio asiático en un Estado europeo. Es más: Tolstoi, después de hablarnos de esa revolución ideal que ha de apaciguar los ánimos é infundir á todos el amor al prójimo y dar la suprema felicidad en esta tierra á los ricos y á los pobres, á los grandes y á los chicos, proclama como solución, como base de la comunidad cristiana del porvenir el *mir* ruso, institución que demuestra hasta la saciedad las aptitudes que tiene el pueblo ruso para las organizaciones neo-cristianas. «El verdadero cristianismo—dice—como doctrina de la fraternidad, de la igualdad, de la humildad y del amor, el cristianismo que establece una distinción clara y precisa entre la sumisión y la obediencia á la fuerza, se ha conservado mejor en el pueblo ruso que en los demás. El pueblo ruso no luchó nunca contra el poder y, lo que es más, nunca tuvo parte en él y, por lo tanto, no se depravó merced á esa participación.....»

No son nuevas ciertamente estas teorías, porque ya las ha expuesto el Conde Tolstoi en algunas de sus obras; lo que sí es nuevo es su aplicación al estado actual de Rusia. El Conde Tolstoi ocupa hoy día un lugar tan eminente en el movimiento literario y filosófico de Europa, y su método de vida le ha con-

quistado en todas partes admiración tan grande, que son muchos los que se limitan á admitir sus teorías sin detenerse á estudiarlas. Esto no obstante, y dispensen los admiradores del pensador ruso, esas teorías no resisten á la crítica, por muy superficial que sea. Es indudable que Tolstoi se inspira en ideas profundamente humanitarias; pero ¿quién puede suponer que la suprema felicidad á que debemos aspirar todos consiste únicamente en convertirnos para siempre en agricultores, renunciando á todas las conquistas del progreso, á todos los adelantos de la civilización? No disponemos de espacio bastante para analizar cumplidamente esa teoría de la no resistencia, esa distinción entre la sumisión y la obediencia á la fuerza, ni tampoco esa rebelión á toda autoridad constituida, á que alude Tolstoi en su última producción. Una sola cosa haremos observar y es, que hay un punto en el que están conformes los reaccionarios con el autor de *Los Cosacos*. Los reaccionarios sostienen que el pueblo ruso nunca se ha rebelado; que ha sido siempre tan sumiso como un manso cordero, y que jamás ha participado en el gobierno. Lo mismo sostiene Tolstoi para demostrarnos el neo-cristianismo de los *mujiks*. Los reaccionarios, amantes del pasado; aseguran que el *mir* de los labriegos es el *non plus ultra* de las instituciones, un verdadero paraíso que algunos no saben apreciar en todo lo que vale. El Conde Tolstoi, coincidiendo con ellos, cree que el *mir* será la base de la comunidad cristiana del porvenir. De suerte que el *mir*, origen de la pobreza, de la rutina, de la ignorancia y del atraso del *mujik*; el *mir* vestigio de la tiranía de otras épocas, en cuya virtud el labriego no puede tener nada que sea suyo, ni abandonar la tierra que cultiva, ni labrarla á su modo, ni libertarse de los abusos de sus compañeros de miseria, ¿ese va á ser el ideal, la base de la comunidad cristiana? Que perdone Tolstoi, pero no lo creemos, á pesar de la extraordinaria mauséumbre y de las aptitudes neo-cristianas del pueblo ruso.

JULIÁN JUDERÍAS.

INFLUENCIAS LITERARIAS

LA PASTORALE DRAMATIQUE EN FRANCE A LA FIN DU SEIZIÈME ET AU COMMENCEMENT DU DIX-SEPTIÈME SIÈCLE, par Jules Marsan. Paris, Hachette, 1905. Un vol. en 8º de 524 págs.—MOLIÈRE ET LE THÉÂTRE SPAGNOL, par Ernest Martinenche. Paris, Hachette, 1905. Un vol. en 12º de 273 págs.

Mientras nosotros demostramos un sin igual placer en ir poco á poco destruyendo, ó por lo menos aminorando, la justa fama y el merecido renombre de literatos y poetas que florecieron en España en otros tiempos, los extranjeros descubren que esos literatos y esos poetas han ejercido gran influencia en la literatura de sus países respectivos. A los nombres de Morel-Fatio, Armand Baschet, Hauvette, Pierre de Nolhac, A. de Puibesse, Martin Hume, Watts, Fitzmaurice-Kelly y tantos otros, hay que añadir los de Jules Marsan y Ernest Martinenche. El primero nos revela cuán grande fué la influencia de la poesía bucólica española é italiana en las pastorales francesas, sobre todo, de la *Diana* de Jorge Montemayor. «Italia y España—dice Mr. Marsan—no solamente dieron á Francia asuntos de qué tratar y muchas intelectuales sino que le revelaron el amor. En el pequeño drama del Tasso, en la tragicomedia de Guarini y de sus sucesores, en la novela de Montemayor, se observa siempre, á través de la diferencia de los géneros y de los temperamentos, el mismo culto del amor; por doquiera aparece como el móvil supremo de las acciones de los hombres, como la única razón de la vida. La pastoral se apodera de todo, de la cosecha de la poesía bucólica, de las teorías amorosas de los neoplatónicos, de las exaltaciones de los libros de caballería, del fervor místico de los Amadises. Unense en ella la galantería italiana y la seriedad española; todas las pedanterías y todas las poesías, hasta el extremo de que su aparente pobreza se compone de riquezas acumuladas. Se comprende que Francia se quedase absorbida. La influencia española y la italiana se combinan y se completan. Honoré d'Urfé se halla, por decirlo así, en la confluencia de ambas corrientes. Buena parte de la *Astree* se escribió en Italia, donde residió mucho tiempo..... El amor, tal y como lo pinta Urfé, impregnado de neoplatonismo, no es el amor de los cientistas franceses de otro tiempo: es el amor virtud, el amor religión, el amor dios. Sin embargo, el buen sentido prosaico de la raza, la ironía, no abandonan ante las importaciones poéticas extranjeras. Nos alejamos de las tradiciones de la pastoral..... Los materiales de la novela de Montemayor se habían convertido en algo genuinamente francés.»

La tesis sostenida por Jules Marsan consiste, por lo tanto, en admitir y aun demostrar las influencias extranjeras en determinadas obras, afirmando que los autores franceses se apropiaron las ideas de otros países, no ya como vulgares traductores, sino imprimiéndoles el sello de su personalidad literaria, haciendo de una cosa extranjera una cosa genuinamente francesa.

Mr. Ernest Martinenche estudia á Molière como traductor é imitador de autores españoles. Molière conocía el castellano, y hasta versificaba en nuestro idioma, como lo prueban los versos del último acto del *Bourgeois gentilhomme*:

¡Vaya, vaya de fiestas!
¡Vaya de buile!
¡Alegría, alegría, alegría!
Que esto de dolor es fantasía.

Y no sólo conocía el castellano, sino que imitaba á los autores españoles. *Le Dápis amoureux* se parece mucho al *Perro del hortelano*, de Lope; el *Marquis de Mascarille* recuerda al *Marqués de Alfarache*, también de Lope; *Don Garcie de Navarre ou le Prince jaloux* está tomado del español; *L'Ecole des maris* procede, sin duda, de una comedia de Mendoza titulada *El marido hace mujer*, que se representó en el Alcázar de Madrid en 1643; *L'Ecole des femmes* se inspiró en una novela de María de Zayas y Sotomayor, *El prevenido engañado* y muchos de los materiales con que creó Molière la figura de Tartufo, procedían de España. Ahora bien: nos dice Mr. Martinenche, para el autor del *Mahade imaginaire*, traductor consistía en coger ideas de Lope de Vega y de Mendoza, de Zayas y de Moreto, de Barbadillo y de Rojas, para convertirlas en ideas propias, imprimiéndoles el sello de su ingenio y de su personalidad. Sea lo que quiera, es lo cierto que, poco á poco, vamos viendo que muchos y muy célebres escritores de otras tierras acudieron á España en demanda de ideas y de asuntos para sus composiciones. Urfé y Rucan, Racine y Corneille, Molière y Lesage, no fueron ciertamente traductores en el sentido recto de la palabra, pero sí imitadores geniales de las obras de nuestros clásicos.

BÉNDER.

JURISPRUDENCIA

SOBRE LA TEMERIDAD DE LOS LITIGANTES

Llámanse litigante temerario el que injustamente pone pleito á otro, le lleva á juicio sin razón, le ocasiona gastos y le perturba en el goce de la paz, de la libertad ó del derecho que disfruta como suyo ó á título precario. La temeridad puede ser hija de la ignorancia ó de la mala fe del litigante. Ambas temeridades son censurables y condenables por cuanto agravan á aquél que fue constreñido á litigar.

Mas, ¿á quién corresponde determinar cuándo existe la temeridad en el litigante?.....

Nuestro Código de Procedimiento Civil, en su título VII, artículo 183, responde:

«En la sentencia se condenará en costas al litigante que aparezca haber seguido el pleito con temeridad.» En esta primera parte del artículo citado se ordena á los jueces de la primera instancia imponer las costas al litigante temerario. En ella se les da una facultad imperativa, la de condenar en costas, dependiente á su vez de un hecho previamente establecido y soberanamente apreciado por los jueces de la primera instancia. Por manera que la condena en costas es una consecuencia inmediata é inpretermisible de la fijación del hecho, del establecimiento de la temeridad del perdidoso. El juez, con los recaudos que tiene á la vista en el momento de fallar, determinará sobre tal circunstancia, y una vez determinada ésta, ya no podrá eludir el mandato de la ley, ni aun cuando las partes en juicio no hubiesen pedido la imposición de las costas: El deberá imponerlas, pues si en la apreciación del hecho es soberano, no lo es en la aplicación del derecho.

Al afirmar que este deber y aquella apreciación competen á los jueces de la primera instancia, nos apoyamos en la segunda parte del propio texto, que dice: «También lo será en las del recurso, el que haya apelado de una sentencia que se confirme en todas sus partes.» Ello quiere decir, que si el juez de la primera instancia encontró ser temeraria una de las partes, y por acatamiento al precepto imperativo contenido en la primera parte del artículo que estudiamos, le impuso las costas, el juez de la segunda deberá imponerle las costas del recurso al perdidoso, si confirmare en todas sus partes la sentencia de primera, pues aquí la temeridad es manifiesta; mas si reformare en cualquier punto la sentencia de primera instancia, ó la revocare, tanto la reforma como la revocación indican por sí mismas la falta de temeridad en concepto del juez de la segunda, y éste no deberá imponer las costas sin incurrir en contradicción y violar la ley; si revocare la primera sentencia, porque con esta revocatoria da la razón al litigante que venía considerado temerario, y mal podría imponer costas á quien, á su juicio, corresponde la justicia; y si la reformare, porque no puede ser juzgado temerario por un juez aquél de los litigantes á quien el mismo declara habérsele hecho injusticia en algún punto de sus pretensiones.

En las Disposiciones Fundamentales del Título Preliminar de nuestro texto, en su artículo 31, se establece: «Si la sentencia de segunda instancia fuere conforme en el fondo con la de primera, no habrá lugar á tercera instancia, á menos que no condene en las costas de la instancia, ó que haciéndolo, condene también en las de primera, no habiéndolo hecho el juez ó tribunal que sentenció en ésta. En tal caso, el tribunal de la tercera instancia conocerá únicamente del punto sobre costas. En ningún caso habrá lugar á cuarta instancia.»

Este artículo corrobora la doctrina del 183. Cuando la sentencia de segunda es conforme en el fondo con la de primera, ésta se hace firme ó ejecutoria. No cabe ya otro recurso ordinario contra ella, ni contra la que la confirma y causa ejecutoria (artículo 406, primer aparte), mas, como el artículo 183 tiene estatuido que debe imponer las costas del recurso la sentencia de segunda, que causa ejecutoria por haber confirmado en todas sus partes la de primera, claro está que esta condena es legal, por ser obra del mandato imperativo de la ley, y por tanto, es un com-

plemento forzoso de la sentencia de segunda, conocido de antemano por las partes y los jueces, pues que la temeridad del perdidoso resulta demostrada con la confirmatoria, motivo por el cual no ha menester, para ser establecida, de la apreciación judicial; y aunque la omisión de tal pronunciamiento no altera en absoluto el fondo de la primera decisión, sí altera el fallo de segunda en su parte legalmente accesoria. Si el juez de la segunda, al confirmar en todas sus partes la sentencia de primera instancia, no impone las costas del recurso, modifica en este punto el fallo legal complementario, y es por esto que se da apelación exclusivamente respecto á costas. Cuando el juez de la primera instancia, declarare sin lugar la demanda, y en virtud de su soberano criterio en la apreciación de la temeridad del actor, no le impusiere las costas, y si por la apelación del demandado ganancioso, en punto á costas, el juez de la segunda instancia confirmare en todas sus partes la de primera é impusiere las costas del recurso y las de primera, el actor perdidoso podrá apelar á tercera en punto á costas, es decir, relativamente á las costas de primera impuestas en el fallo de segunda, pues cuanto á las del recurso mismo no cabe apelación, ya que el imponerlas es un deber ineludible del juez de alzada, y este fallo debe ser mantenido por el de tercera instancia. Por esto es que el artículo 31 da apelación para cuando el fallo de segunda «no condene en las costas de la instancia.» Cuando, en el último caso, es decir, cuando el juez de segunda instancia confirma la sentencia de primera que no impuso costas, é impone las del recurso y además las de primera, por apelación del interesado en la condena, la apelación es una necesidad y un remedio legal contra el fallo que ha alterado, aunque no en el fondo, la sentencia de primera y de que puede hacer uso el perdidoso. Entonces, el juez de la tercera instancia entrará á decidir sobre si las costas de primera fueron ó no impuestas legalmente, y la legalidad de esta imposición no puede ni debe tener otro fundamento que el de la temeridad del perdidoso. Si el juez de la tercera instancia encontrare que el de la primera, al declarar sin lugar la demanda, estimó, por ejemplo, que el actor había hecho sus pruebas, pero que éstas no demostraron plenamente su acción, lo que no indica temeridad de su parte, y si esta falta de temeridad la establece el juez de la tercera á su vez, claro está que no debe confirmarse la de segunda en esta parte, pues que el juez de primera instancia se atuvo á un mandato legal cuando, al juzgar que el actor no era temerario, no le impuso las costas del juicio, pues el funcionario de primera sólo condenará en costas al litigante que aparezca haber seguido el pleito con temeridad.» Respecto á las costas del recurso, que se impondrán siempre al que haya apelado de una sentencia que se confirme en todas sus partes, el juez de la tercera no podrá, á juicio nuestro, y conforme al espíritu de la ley, alterarlas sin violación manifiesta de la ley citada (segunda parte del artículo 183), pues los jueces de segunda y tercera instancia, cuando confirman en todas sus partes las sentencias respectivas de primera y segunda, subidas por apelación, deben imponer las costas del recurso respectivo, sin atenerse á la existencia ó ausencia de temeridad por parte del recurrente, porque la plena confirmatoria envuelve, á los ojos del legislador, la más palmaria demostración de temeridad.

Ahora bien, el juez de la segunda instancia, cuando conoce por apelación de la decisión sobre costas de la primera, se pone en lugar del juez de ésta, y decide sobre tales costas como lo haría el propio funcionario de primera instancia, es decir, debe examinar si existe ó no la temeridad en el litigante recurrente para concluir imponiendo ó no las costas de aquella instancia. No impuestas las costas por el juez de primera instancia, é impuestas las de ésta por el de segunda, la apelación que sobre tal decisión se interpone, coloca al juez de tercera en el puesto que tenía el de primera, y por ende, resuelve sobre tales costas como lo haría el juez de la causa, apreciando debidamente, y como punto primordial, el de la temeridad, apreciación en la cual es soberano. Mas, el juez de tercera, no impuestas las costas en primera y si las de segunda, no podría á su vez imponer las costas del juicio al confirmar la sentencia de segunda instan-

cia (que no impuso sino las del recurso), no habiendo apelación sobre las de primera, pues á él no le compete en este caso, sino condenar en las costas del recurso, de su instancia.

La Corte Federal y de Casación de Venezuela, en un reciente fallo, acaba de exponer esta doctrina, casando, en el punto de las costas, una sentencia dictada por la Corte Suprema del Estado Zulia, que establecía una doctrina contraria.

No obstante, hay quien juzgue que el artículo 183 del Código de Procedimiento Civil de que hemos venido tratando tan someramente en estas líneas, autoriza á los jueces de oficio para imponer de oficio las costas, no sólo las del recurso, sino las del juicio, aunque no hubieren sido impuestas en primera instancia, pues en sentir de los que así opinan, los jueces de alzada poseen, además del deber de imponer las costas del recurso al confirmar, la facultad potestativa de imponer las del juicio cuando en su criterio la temeridad existe. Esto es hacer decir á la ley lo que ella no dice, pues de la combinación de los artículos arriba mencionados, no se saca otra conclusión, sino la que acabamos de expresar, en un todo conforme á la decisión del tribunal supremo de los Estados.

En resumen:

1º Es de la libre apreciación de los jueces de primera instancia, la circunstancia ó el hecho de la temeridad del litigante, en todo caso, y es en virtud de esa previa apreciación y del establecimiento de tal hecho, que ellos deben condenar en costas;

2º Los jueces de alzada, cuando confirman en todas sus partes la sentencia del inferior, deben imponer las costas del recurso, sin tener para qué averiguar si existe ó no temeridad en el recurrente;

3º Los jueces de alzada, cuando por virtud de apelación toman el lugar del juez de la primera instancia, poseen la facultad de apreciación soberana sobre la temeridad del recurrente en el punto de las costas de que apeló éste, pero no así en las costas del recurso, las que deberán imponer siempre que confirmen en todas sus partes la sentencia apelada, sin considerar el hecho de la temeridad.

Costas son los gastos ocasionados en el proceso y que consten legalmente en él: pero no toda especie de gastos, sino los necesarios para llevar el pleito hasta la sentencia que las acuerda, como son los de papel sellado, los de estampillas ó timbres, los derechos pagados conforme al Arancel Judicial respectivo, los honorarios de abogados, conforme á lo dispuesto en el Código de Procedimiento y Ley de Abogados en su fijación y retasa, no entrando en dichos gastos los daños y perjuicios ocasionados por razón del pleito, pues para obtener éstos es necesario demandarlos y comprobarlos en juicio.

Nuestro comentador, el sabio juriscónsulto Feo, en sus eruditísimos estudios sobre el Código de Procedimiento Civil Venezolano, en las Explicaciones al Estudio en referencia, página 289, dice: «Costas al litigante temerario. Ordena el legislador en la primera parte del artículo 182

(183 actual) que en la sentencia se condene en costas al litigante que haya seguido el pleito con temeridad. Según eso es deber del juez la imposición de las costas al litigante temerario. No se necesita que el contrario lo pida, sino que el tribunal de oficio debe hacerlo, en obediencia al mandato legal.» Y á la página 291, al tratar de las «Costas en las Instancias superiores», se expresa en estos términos: «Antes que los tribunales deciden de oficio en el punto de costas, es en nuestro sentir, con relación á la respectiva instancia; pues para conocer respecto de las inferiores, es preciso que haya apelación que las comprenda y que no haya ejecutoria en cuanto á ellas.» Y en el Apéndice, página 260, expone: «En el artículo 31 que sólo decía: «Si la sentencia de segunda instancia fuere conforme de toda conformidad en el fondo con la de primera, no habrá lugar á tercera, á menos que difieran en materia de costas,» aparece suprimida la frase subrayada, que da más fuerza á la disposición, y sustituido el resto así: «á menos que no condene en las costas de la instancia (la segunda) ó que haciéndolo, condene también en las de primera, no habiéndolo hecho el juez ó tribunal que sentenció en ésta. En tal caso el tribunal de tercera instancia conocerá únicamente del punto sobre costas.» La explicación que se hace y que aclara la frase general (del) Código anterior que es el comentado por él), Á MENOS QUE DIFIERAN EN MATERIA DE COSTAS, nos parece una reforma conveniente, porque presenta el punto con toda claridad.»

Y cerramos estas líneas con las palabras del Maestro.

ALEJANDRO URBANEJA.



EL DESCENDIMIENTO - Por Rafael (Año de 1907)

NOTAS E INFORMACIONES

DERECHO Y SOCIOLOGIA



N la Habana acaba de aparecer con el título de DERECHO Y SOCIOLOGIA, una nueva Revista dedicada á estudios de jurisprudencia, antropología, historia, filosofía, ética, economía política y social y sociología.

Selecto es el sumario del primer número, en que el doctor Pablo Desvernine, al discurrir largamente sobre las relaciones del Derecho y la Sociología, aboga por el establecimiento de la disciplina propia y peculiar de la Facultad Técnica de Derecho, disciplina por completo eliminada en la Universidad Nacional de Cuba, después que ésta consagró la legitimidad académica de los estudios, métodos y tendencias del orden científico y experimental, oficialmente formulados en los programas.

Aplicable es á Venezuela lo que el doctor Desvernine apunta respecto á su país. En efecto, aquí como en Cuba se hacen necesarios especiales estudios filosóficos, hoy en visible decadencia, desde el momento en que el Código Civil habla de la aplicación de la Filosofía Jurídica como último extremo en los casos en que ni la Ley ni la costumbre ofrecen base suficiente para decidir un punto controvertido

Es entonces cuando nuestro Código manda a seguir «los dictados de la razón.» Mas esas voces interiores, a que se alude tan ingenuamente, no son tan fáciles de escuchar ni merecen tanta fe desde que el viejo Kant sometió a su terrible análisis la facultad del conocimiento, es decir a la Razón misma, (1) que un día fué pasada en hombros de la multitud delirante, coronada con gorro escarlata.

«La razón no es sino una palabra,» llega a exclamar un contemporáneo. Acaso haya exageración en esa frase fulminante, pero lo que sí parece es que la antigua Diosa soberana del Hombre ha caído en descrédito desde que se han averiguado sus orígenes mortales y que se sabe que es hija de la sensibilidad, del temperamento personal, y que por consiguiente, varía con los individuos y no puede ser erigida en norma universal, como más tarde pretendió, en un raptó de miedo ó de arrepentimiento, el mismo astuto filósofo de Koenigsberg. (2)

La razón no es causa sino efecto de la experiencia sensible; sus dictados pueden ser, por lo tanto, vagos é inseguros, y así debemos temer, cuando el Juez ocurría a ella, ser más injustamente sentenciados que cuando se aplique la dura Ley escrita por los hombres, precisamente para enfrenar la versatilidad de su propia «razón.»

La mala vida cubana es otro artículo que trae la Revista á que nos referimos, capítulo del libro en prensa *Hampa, afro-cubana*, por el doctor Fernando Ortiz.

El doctor Ortiz parece pertenecer á la escuela gobeinista, tan en boga actualmente en Alemania, y ojalá que lo fuese en realidad, pues si algún autor nos ayudaría á comprender los oscuros fenómenos sociales de nuestra América heterogénea, es el conde Arturo de Gobineau.

En Alemania existe desde há más de diez años la *Gobineau-Vereinigung*, de cuyos doscientos miembros sólo ocho son franceses, pues á pesar de haber nacido en Francia es en ultrarhin donde Gobineau reunió más discípulos en torno á sus ideas, ampliamente expuestas en los cuatro nutridos volúmenes de su *Ensayo sobre la desigualdad de las Razas Humanas*, publicados entre 1853 y 1855.

Propúsose Gobineau practicar una especie de «Química histórica» para analizar la causa general y común de la vida y muerte de las civilizaciones y sociedades. Según él, ni el fanatismo, ni el lujo, ni las malas costumbres y la irreligión conducen necesariamente á la caída de las sociedades; ni tampoco el mérito relativo de los gobiernos tiene influencia sobre la longevidad de los pueblos: lo que decide su destino son las Razas que entran en su formación. «La palabra *degenerado*—escribe—aplicada á un pueblo, debe significar y significa que este pueblo no tiene ya el valor intrínseco que antes poseía, porque no tiene ya en sus venas la misma sangre, que modificaron mezclas sucesivas; dicho de otra manera, que con el mismo nombre no ha conservado la misma raza de sus fundadores; en fin lo que se llama el hombre *degenerado* es un producto diferente, desde el punto de vista étnico, del héroe de las grandes épocas.»

Esta creencia de Gobineau en el factor étnico como decisivo en la civilización y la cultura, lo conduce á afirmar que el progreso ó la estagnación de los pueblos es independiente de los lugares que habitan. No es el lugar, afirma, lo que hace el valor de la nación, sino es al contrario la nación la que da, ha dado y dará al territorio su valor económico, moral y político.

Si el doctor Ortiz, con la publicación de su *Hampa, afro-cubana*, contribuye á despertar entre nosotros el gusto por la filosofía gobeinista, tal vez lleguemos á encontrar en América la brújula de nuestros propios destinos, y de ese modo si no podemos destruir el mal, que se desarrolla por leyes superiores á nuestra voluntad, por lo menos al conocerlo mejor aprenderemos quizás á resignarnos...

A. R. L.

BIBLIOGRAFIA

Berta de Suttner.—«*Abajo las armas!*»—Hercule & Co.—Barcelona (España).—1900.



GRACIAS al premio Nobel, el nombre y el libro de la señora Suttner son hoy universalmente conocidos. Si quiera por esa obra de popularización eficaz y rápida, son útiles estos premios. Bien lo merece, por otra parte, el libro de la escritora austriaca, el cual podría sembrar en las almas del pueblo, buenas semillas de mansedumbre y redención.

No quiero ver el libro desde el punto de vista puramente literario, ya que la intención desembozada de la autora ha sido escribir, no una obra de arte fina y discreta, sino una homilía, paúlina y condenación casi atrabiliaria de la guerra. Nuestros sentimentalismos humanitarios, la piedad, el altruismo, desarrollados con furor hipertrofico durante los últimos años en la humanidad, se ponen de parte de la escritora. Ella tiene principalmente en su papel literario aquella ternura honda y fuerte, aquel discurrir únicamente con el corazón, aquel sentimiento de la vida, ansioso de quietud, de silencio y de humildes felicidades que es propio de ciertas almas femeniles. Fuera de sus cualidades de narradora hábil y poseedora de cierta elevación de concepto literario frente á las cosas de la vida, lo que sin duda produce en su libro una sensación de tristeza opresiva y nos obliga á acompañarla en sus duelos y en su odio, es la sensibilidad fina y delicada con que la heroína siente y sufre los horrores y las consecuencias de la guerra. Olvidemos los detalles y circunstancias que forman el libro; olvidemos que tal vez es de una intemperancia demasiado trágica el cúmulo de dolores é infortunios amontonados alrededor de una sola vida y originados de una misma fuente. Es sin duda un mal de los más terribles y repugnantes que destruyen el género humano ése de la guerra. Como un incendio avieso y voraz, que ahora cesa en un punto para reaparecer en otro sitio con tenacidad y frenesí inapagable, así la guerra entre los hombres, un momento sofocada y extinguida, brota de nuevo furiosamente en otras naciones. La aliaga que sufrió el exterminio de la azada rústica, resucita á sofocar con sus abrazos y sus espumas tóxicas la lozanía de otro predio.

Sería de todo punto y por fatalidad inevitable el sangriento azote humano? Con lasitud de desencanto y desconsuelo profundo, como quien deja caer los brazos inútiles á lo largo del cuerpo, muchos pensadores han aceptado con resignación angustiosa ese desfogue violento y cerril de la bestialidad nativa en el hombre. Las nuevas doctrinas sociales han proclamado la necesidad de eliminar la costumbre atroz de la matanza, el factor de barbarie que predomina disfrazado en pasiones y vanidades distintas, así se llamen partidos ó sean anónimos, en cuantas son naciones y comarcas del orbe. La guerra tiene fuerza y fueros de institución y por tanto que en el capítulo de las cosas defendidas por el espíritu conservador de hombres y pueblos. En muchas naciones toda una clase social ampara á la guerra como noble prerrogativa en que halla ejercicio y fortuna. Luga que se trata de curar con corrosivos ungüentos, antes que mejorarse y sanar se amplía y prospera con esos remedios absurdos que le aplican, así como una flor trágica y sangrienta, alimentada cada día con profusos riegos de sangre. La guerra en sí misma no es sino un producto aciago de las locuras, de las injusticias, de la idiotéz de los hombres. Si el comercio entre éstos estuviera establecido sobre bases de estricta moral, si las relaciones entre pueblos y pueblos no fueran una simple comedia de engaños y triqueñuelas que representa y cultiva con afán impuro lo que se llama diplomacia, sería menos cruenta la historia del mundo y cabría la esperanza de una redentora era pacífica que fuera el fin

de las batallas y de los asesinatos colectivos. Pero se necesita una revolución, una destrucción, una inversión de la moral humana que ahora impera, para que sean posibles esos sueños dulces y candorosos. Los mismos enemigos jurados de la guerra reconocen y confiesan que su ideal há menester luengos años para lograr el triunfo, y no aprecian en menos que en siglos el término de la evolución moral que pretenden poner por obra. Considerando el sólido y profundo raigamen, afianzado en el curso de innumerables centurias y generaciones, que el espíritu guerrero tiene en lo más íntimo del organismo humano, nos convencemos de que no serán nuestros ojos ni los de los hijos de nuestros hijos los que vean cumplido el noble anhelo de la paz universal.

Precisamente la costumbre y prejuicio seculares, adquiridos en los orígenes oscuros de la herencia y avigorados con la naturaleza de la educación recibida en los colegios, viene á formar una suerte de barrera insalvable, una suerte de obstáculo opuesto á la penetración de las ideas novísimas y á su acogida afable en los espíritus, modelados á su antojo por los ideales reinantes entre las mayorías. Necesitaría, pues, la abolición del hábito cruel y brutal el empleo de muchos años y fatigas en la sola preparación de los espíritus para tornarlos en terreno propicio á la siniente.

Aún queda la afirmación de los que defienden la guerra y se ponen de su parte, estimándola un estímulo y un elemento de civilización. Pero grullo afirma que la humanidad ha progresado mucho y sin interrupción hasta los días que corren. Aquella civilización antigua, nacida bajo el claro cielo de Helas, la que floreció en tragedias y mármoles, como en purpúreas y blancas flores en árbol de maravilla, se libró de la barbarie oriental merced á los degüellos de Salamina y Maratón; y calientes y espumosos todavía los arroyos de sangre que costó á Francia la victoria de la República y del nuevo Derecho, los ideales políticos recientes fueron esparcidos y sembrados é impuestos en Europa gracias á los sanguinarios paseos internacionales de las tropas del Imperio. Y con el continuo florecimiento y reinado de la guerra á través de los siglos, ¿cómo fué que se cumplieron los triunfos de la civilización? Aun concediendo—y así es lo más lógico suponerlo—que ella hubiera marchitado ó sofocado innumerables gérmenes de felicidad y de progreso, ha permitido el mejoramiento y el avance de la especie humana. Si ésta queda sometida como las otras á leyes biológicas proporcionadas en amplitud á su rango, é ineludibles fatalmente, estas mismas declamaciones y ademanes de horripilación ante un fenómeno esencialmente animal, no serían sino una consecuencia de su evolución en el tiempo. Los descubrimientos y adelantos de la mecánica moderna han hecho ejecutivas y fulminantes las hazañas guerreras. Añoño no había más horror y más crueldad en las aventuras bélicas? Resistirían nuestras piadosas pupilas el espectáculo del campo en que acababan de batirse aquecos y troyanos, menos que el espectáculo de las carnicerías verificadas por los cañones modernísimos y los fusiles de precisión? Pero de todos modos la antigüedad no constituye sanción; y algún día y de algún modo habrá de comenzarse la tarea de suprimir ese expediente de violencias que es un residuo de barbarie, persistente, como una de tantas fealdades, en el rostro un tanto churrigueresco de nuestra civilización contemporánea.

Ese grito profundo y doloroso de un corazón femenino, torturado en sus más tiernos y profundos sentimientos por la guerra, que le sale al paso en todos sus caminos con una temidad tremenda, ha resonado múltiples veces en la tierra venezolana, por los campos donde se reconcilian las osamentas pulidas por el sol y las lluvias del cielo, en las pampas sobre las cuales la lumbre solar es una maldición calcinante de fuego.

Libro de propaganda—y éste es su principal defecto visto desde el punto de vista literario—el de la señora Suttner realiza á maravilla los propósitos que lo concibieron. Más alto que ese gemido de mujer atormentada no subirán los más ruidos clamores del combatiente que lucha en nombre de la ciencia y de la razón. Pues aunque intenta razonar y convencer con silogismos, la escritora no logra sino seducir y fascinar el sentimiento con el cuadro de sus desdichas. Lo cruel sin duda es más eficaz y valioso para el convencimiento extraño

(1) Crítica de la Razón pura.

(2) Crítica de la Razón práctica.

y para los méritos de su misma obra, que todos los triunfos que pudieran proporcionarle sus cálculos ni sus deducciones hechas con la lógica más severa y rígida.

El año pasado la señora Suttner obtuvo por su libro el premio Nobel. Así el inventor de la dinamita, que debía ser hombre de blandas entrañas, y la mujer sensitiva, se juntan en un propósito único. Porque quizás Nobel contribuyó a su manera también, a destruir la guerra, ayudándola con sus procedimientos homicidas. Y de todos modos, siempre ayudaría a la paz, premiando con sus dineros estos libros de pacificadora propaganda.

JESÚS SEMPRÚM.

Para J. I. Vargna Vila,
Autor de *Del Opio*.

En tu libro joyante y fino, viene oculto el amargo absinthe del escepticismo y del hastío, como un tósigo en un ramo de flores... Tu libro canta las fiestas mundanas del oro y del placer, viene ebrio de raso y de champaña, pero trae el corazón crucificado, ensangañando el blanco terciopelo del jubón... Bajo su sonrisa y su risa vibrante y fascinadora, asoma el perfil de tu ironía melistofélica y el rictus de los desdenes amargos. Los nervios celebran sus orgías lunambulescas bajo la perfecta y severa elegancia del snob y del *gentleman*.

Es como si nos disolviesen en la sangre un filtro pérfido y sutil que nos llevase a la muerte como al sueño la embriaguez de un ajeno glacial... O dormirse con un nepente divino sobre un diván azul en el interior de un Palacio de mármol, rodeado por jardines iránicos, encantados... Es como el lago nocturno de música y de bruma por donde nos conduce el esquife suntuoso y desolado de Luis de Baviera, a la ribera misteriosa de los Sueños, y donde boga el divino Lohengrin sobre el niveo bajel del Cisne...

Así el encanto de tu Libro.

Perfume de mujer emana tu libro, Poeta; intenso *odor di femina*, el sacro olor terrible y delicado de la eterna fuente de nuestras torturas, el aroma de ese árbol edénico y fresco, cuyos follajes inocentes esconden frutos de muerte y de olvido, frutos amargos y fragantes, que enferman de deseo y de tristeza al que los prueba, como un negro vino perfumado de Italia.

Una caricia cruel queda en mis nervios, un nirvánico y delicioso languidecimiento: como el reposo de una mañana cálida, en un jardín, en una Isla rara, envenenada por las flores, sobre un mar de una extraña paz, de un verde puro, donde los navegantes no osan penetrar... Así mi alma a la lectura de tu Libro!

ROQUELO ILLARRAMENDY.

DEL COCUYO AL SOL

Dijo el cocuyo al Sol:
—Yo paso como tú, "la luz llevando."
Y el Sol le contestó:
—"Luciérnaga infeliz, no hables tan alto;
Mi mansión es el cielo,
Yo soy el alma Sol, Rey de los astros,
Y tú eres un pequeño
Gusanillo de luz, átomo alado."
Y el cocuyo al Sol dijo:
—"Oh, gran Señor, que de esplendor ornado
Moras el alto cielo:
Tú alumbras por deber, tal es tu oficio;
Yo alumbro cuando quiero!"

ABIGAIL CASTILLO.

Nueva York, febrero, 1906.

SUETOS EDITORIALES



General Joaquín Garrido

La muerte de este distinguido hombre público, de quien fueron en vida adorno las nobles virtudes del guerrero y las más cultas prendas de la honradez, fué hondo y justo motivo de duelo para la sociedad venezolana.

El general Garrido llegó a una ancianidad, honrada por el respeto y el afecto de todos, a través de una larga carrera, consagrada toda con ahínco ferviente y noble entusiasmo al servicio de la Patria. En la milicia obtuvo los más altos títulos y honores, que él a su vez honraba con la rectitud de su conducta y con su pundonor meritisimo. En los campos de batalla, como en los serenos debates de la vida civil, no supo apartarse de la línea recta, que es la ruta inevitable de estos caracteres, forjados en acero libre de fragilidades, si dados también a ceder con decoro y para el bien, por la sana e ingénita suma de honrras que en ellos palpita. Su nombre, labrado con fatigas y conservado íntegramente sin máculas, queda estampado en los fastos de la República, sin que lo rodeen nimbos de crueldad ni prestigios de sangre, sino con clara tinta que pronuncia junto con las pandonorosas y extremadas excelencias de su valor, las excelencias de su noble corazón de patriota.

El general Garrido desempeñaba al tiempo de su muerte la Comandancia de Armas del Distrito Federal y había desempeñado antes, con aplausos de todos y satisfacción del Gobierno, en distintas ocasiones, el puesto de Ministro de Guerra y Marina y otros altos empleos en el Ejército venezolano.

El Gobierno Nacional, con espíritu de justicia, declaró motivo de duelo público la muerte de tan eminente servidor y le decretó solemnes funerales.

A la familia del difunto enviamos la sincera manifestación de nuestro pésame.

En la Academia de la Historia

Hemos recibido un folleto que contiene el discurso que pronunció el general F. Tosta García en el acto de su recepción en la Academia de la Historia y la contestación del distinguido académico general P. Arismendi Brito. El general Tosta García es favorablemente conocido en el mundo de nuestras letras por sus trabajos sobre historia patria, y entra a ocupar el sillón que dejó vacante a su muerte el señor don Amador Urdaneta. El nuevo académico desarrolló en su discurso el siguiente tema: "Consideraciones sobre el Congreso Internacional de Plenipotenciarios convocando por Bolívar y reunido en Panamá, y sobre la unidad perentoria de las naciones Sur americanas para mantener su fuerza y soberanía".

Agradecemos el envío del folleto.

Los Cementerios de Caracas

El general Manuel Landacta Rosales, asiduo e infatigable compilador, acaba de publicar su último trabajo sobre los cementerios de Caracas desde 1567 hasta 1906. Es un folleto que contiene numerosos e interesantes datos y noticias.

El señor Landacta Rosales, cuya neociosidad y afición a este linaje de estudios le han valido más de un aplauso, desentraña de documentos y archivos las circunstancias puntuales y verídicas de los sucesos pasados.

El trabajo a que nos referimos está dedicado por su autor al señor general R. Tello Mendoza, quien se

ha distinguido por su espíritu de progreso, prestando su protección a publicaciones de utilidad indudable y a quien rendimos nuestras gracias por el ejemplar de esta obra, con que nos ha obsequiado.

Retrato tipográfico

El señor Tulio Febres Cordero, de Mérida, nos ha remitido un retrato del señor General Cipriano Castro, Presidente de la República, formado con pñrmas del manifiesto lanzado por éste al emprender su campaña de 1899. El parecido del retrato tipográfico es bastante notable, así como su originalidad. Damos las gracias al señor Febres Cordero.

"Las clases médicas"

Nuestro amigo el señor V. M. Ovalles se propone iniciar próximamente la publicación de una revista quinencial que tendrá el título de estas líneas, y estará consagrada a los intereses científicos, morales y profesionales del gremio médico. Al efecto circula un prospecto anunciando las condiciones y propósitos de dicha revista, que será de indudables beneficios para los intereses por que viene a luchar.

Desearnos al señor Ovalles el éxito más satisfactorio en sus lables proyectos.

Biblioteca Sociológica Internacional

La Biblioteca Sociológica Internacional que publican en Barcelona los editores Henrich y Ca, han dado a luz recientemente la magnífica obra titulada *El Alma de la Muchedumbre*, original del ilustrado director del «Archivo de Psicología Colectiva» de Cosenza, Pascual Rossi.

Agradecemos el ejemplar que se nos ha remitido.

Libros y folletos recibidos

Boletín de Estadística de los Estados Unidos de Venezuela, número 20.—Febrero de 1906.

Prospecto General del Latin-American Institute, para el año 1906, dirigido por don José Domingo Sulsona.—Long Island, Estado de New York.

Enteritis de los niños en Maracibo, por Juan Evangelista Fernández.

Dos Conferencias: "La Italia de hoy" y "Pensamiento y acción en el Resurgimiento Italiano", por Enrico Piccione.—Santiago de Chile.

Ante la Corte Federal y de Casación.—En defensa de la South American Company y de los señores Guzmán.—B. López de Cevallos, Abogado de la South American Company, Filadelfia.—Fernando Cadenas Delgado, Abogado de los señores Guzmán.

Mensaje que el Presidente de la República Dominicana presenta al Congreso Nacional en la Legislatura de 1906.

Damos las gracias a los señores remitentes.

Notas de duelo

Mercedes Monterola de Hernández

Tales existencias, deslizadas en una eximia consagración a la austera religión del deber y al culto de las virtudes del hogar, dejan tras de sí, en el luto que invade los corazones a su final desaparición, una congoja más intensa y más honda, que deplora silenciosamente la desaparición misma de la parte de bondad y de virtud que representaban sobre la tierra.

Madre de una larga familia educada en el noble culto del trabajo, matrona de fuerte y recto espíritu, siempre levantando clara ideales puros, la señora Monterola de Hernández, llena ya de años, sentía flotar en torno suyo, como el más noble fruto de todos los empeños de su vida, el cariño y la veneración filial de los suyos. El calor de la virtud le había preparado en el hogar satisfacciones dulces para su espíritu. Y alrededor suyo se agrupaba el tropel familiar, rodeándolo de cariños que debían ser su mejor recompensa y viendo un ejemplo inefable de lo que puede la virtud en aquella tranquila ventura, lograda a fuerza de nobles afines y voluntad firme.

Porque supo cumplir cabalmente con todo el deber de la vida, la muerte la hallaría serena y feliz. Pero no perdona un rudo dolor inconsolable a aquellos que sobreviven a tal existencia y que en torno de ella crecieron en el ejercicio de una estricta honradez.

A los deudos de la honorable señora presentamos nuestro pésame, y muy especial y sinceramente al señor Guillermo Hernández, su hijo, cumplido y competente empleado de nuestra Empresa industrial.

Luisa

Era una inefable sonrisa de la vida y de la inocencia, nacida para endulzar é iluminar las agrias rutas humanas. Frágil flor de infancia, el perfume que derramaba en torno era de dulzura y de dicha. Un acerbo destino enemigo de las felicidades y de las purezas, borró la sonrisa de inocencia y de vida y mustió la bella flor de infancia, que fué a dormir el prematuro sueño de sombra, a la sombra de los blancos mármol de la ciudad fúnebre, entre las flores, sus hermanas...

Sus hermanas las flores la acompañaron en la muerte y seguirán rodeándola, aromando el sitio de su reposo y decorándola con el milagro de sus matices; porque sobre su tumba las flores, sus hermanas, derramarán más perfumes y tendrán colores más bellos, animadas por la mustin flor de infancia que está bajo la tierra.

Acompañamos al señor Maximiliano Lores en la pena que hoy aflige a su hogar por la muerte de su hija Luisa.

Maria Antonia de Arocha

Ha rendido la jornada de una vida que fué toda ella embellecida y perfumada con flores y fragancia de numerosas virtudes, la señora María Antonia de Arocha. A sus deudos y especialmente á nuestro amigo el señor J. N. Arocha, presentamos la expresión de nuestro pésame.

Rosa Margarita

La Muerte ha tronchado otra vida en botón. En el manojo de viduas que siega con afán inmisericorde, ha caído otro renuevo hermoso y fragante. Diríase que ella se complacía en juntar en su recinto los más adorables seres humanos, interrumpiendo á deshora el dulce camino de esos seres en la infancia, que son encanto y consuelo de los corazones. Rosa Margarita, tierna hija del general Jesús Rueda, ha caído también en las sombras de la tumba.

Enviamos nuestro pésame á sus deudos.

NUESTROS GRABADOS

La Dolorosa

Nada más triste y conmovedor en el poema del cristianismo, que las lágrimas vertidas por María; porque esas lágrimas «que custodian ángeles en urnas» son como las perlas que el dolor condensa en la noche de las supremas amarguras.

Los puñales hirieron su corazón, oh, Divina Inmaculada! Y nada fue para ti tan doloroso como el ver al hijo de tus entrañas desgarrado por los sayones, mientras con angustioso paso y con la cruz en hombros, subía lentamente la colina del Calvario.

La tristeza te da su nimbo angusto, el pesar nubla tu frente luminosa y de tus hermosos ojos ruedan quemantes lágrimas que nublitan los lirios de tus mejillas, oh, madre amantísima!

El arte, que todo lo embellece, prestó á María la epifanía del color para pintar á la Reina de los Cielos en su ascensión triunfal y á Carlos Dolci un suave tintado de melancolía para que idealizara el dolor de la madre que llora inconsolable por su hijo.

Las lágrimas de María epilogan la doliente epopeya del Calvario y prestigian la más santa de todas las religiones, que tiene por base la filosofía del sufrimiento, que es la suprema ciencia.

Los cuatro evangelistas

La pintura de Jordans es magnífica.

Los cuatro Evangelistas permanecen en actitud serena, como si meditasen profundamente en los destinos futuros de la humanidad y siguieran el curso de la sublime religión á través de las edades.

Un escritor francés, profundo en exégesis bíblica, dice en uno de sus libros más concienzudos: «Hay cuatro Evangelistas, nos dice Ireneo; debe haber cuatro; y nada más que cuatro; pues hay cuatro climas, cuatro vientos, cuatro extremos del mundo, reclamando cada uno una columna, cuatro revelaciones, las de Adán, de Noé, de Moisés y de Jesús, cuatro bestias místicas en el Apocalipsis.»

Jesús arroja á los mercaderes del templo

Después que Jesús hubo entrado en Jerusalem entre palmas triunfales, mientras la muchedumbre arrojaba flores á su paso y exclamaba, poseída de santa inspiración: ¡hosanna al hijo de David! el fundador del cristianismo se dirigió á orar al templo; y al contemplar á los mercaderes vendiendo los objetos sagrados, se montó en cólera, y armado de un látigo, arrojó á los viles profanadores, quienes absortos le veían y temblaban cobardemente, alejándose de los altares profanados en medio de un silencio solemne.

El cuadro de Jordans da una idea exacta de la patética escena que hemos descrito á grandes rasgos.

Las bodas de Caná

En Caná de Galilea se hicieron unas bodas, á las que asistió la madre de Jesús. También estaban presentes Jesús y sus discípulos.

No había vino y Cristo hizo un milagro que nos relata San Juan el Evangelista: «Jesús dijo: «llenad estas tinajuelas de piedra, conforme á la purificación de los judíos, que había en cada una dos ó tres cántaros.»

Diceles Jesús: Llenad estas tinajuelas de agua; y las llenaron hasta arriba.

Y díceles: Sacad ahora, y presentad al maestresala. Y presentáronle.

Y como el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era; (mas los que servían lo sabían, que habían sacado el agua) el maestresala llama al esposo.

Y le dice: Todo hombre pone primero el buen vino; y cuando ya están hartos, entonces lo que es peor; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora.

Cristo en el mar

Jesús, seguido de ansiosa multitud, que escucha ávidamente sus palabras, llenas de inmenso amor hacia la humanidad que aún marcha á tientas por la «selva oscura», penetra en el desierto de Bethsaida, donde obra el milagro de la multiplicación de los panes, milagro que el inolvidable Michelena reprodujo en uno de sus lienzos más celebrados, por la viveza del colorido, los grandes esfuerzos de ejecución y el enorme vuelo de una inspiración de artista.

Decíamos que Jesús, después de haber dado de comer á más de cinco mil personas con cinco panes y dos peces, hizo entrar á sus discípulos en una nave, la cual lué en medio del mar, combatida de continuo por los vientos contrarios y las ondas.

Cuando la nave estuvo á punto de zozobrar, los discípulos que la tripulaban vieron con gran sorpresa la blanca silueta de Cristo, que se deslizaba suavemente sobre las ondas, apareciendo como la estrella que anuncia al naufrago el perfil de la costa lejana.

Al contemplar Pedro la noble figura del Maestro, tuvo miedo, dudó, y dijo: «Señor, si tú eres, manda que yo venga á ti sobre las aguas.»

Y él dijo: «Ven!»

Y Pedro caminó sobre las ondas del mar embravecido; mas al comenzar á hundirse, exclamó lleno de pavor: «Señor, sálvame!»

Jesús le tendió la mano compasiva, profiriendo la frase inmortal: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

El mar serenó sus impetus; sopló dulcemente el terral; el cielo lució un iris de esperanza y la nave continuó su rumbo á la tierra de Genesaret, donde Cristo hizo nuevos prodigios.

Jesús en el huerto de los olivos

El Hijo del Hombre pasó el torrente Cedrón, cuyas ondas murmuraban suavemente, y penetró en el Jardín de los olivos, donde le aguardaban sus discípulos más queridos. ¿quienes dijo con voz trémula: «Triste está mi alma hasta la muerte.»

Puesto de hiñones, oró; y pensando en su futura suerte, exclamó: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz.»

Al profetizar la amarga frase, se acercó á los Apóstoles, quienes dormían profundamente; y despertándolos, les dijo que se acercaba el que debía venderle. Y Judas se acercó seguido de algunos legionarios y murmurando palabras de enfado al Maestro, le entregó.

Pedro hizo uso de su espada, cortándole la oreja á uno de la guardia, y Jesús lo curó.

Y luego en casa de Caifás se abrió el proceso que terminó sangrientamente en el Calvario.

Hoffmann escogió este hermoso tema para uno de sus lienzos más famosos.

El triunfo de la religión

Uno de nuestros más ilustres pensadores ha dicho que el cristianismo es grande, porque prepara para la muerte; y este pensamiento tiende á revelar todo el prestigio de la religión cristiana, que, pese á sus grandes detractores, se ha impuesto por la pureza de la doctrina y por una especie de desidealismo.

Rubens parece compendiar en su cuadro alegórico la historia del cristianismo, que tiene la cruz por símbolo y el dolor por inseparable compañero.

La cena

Champagne reproduce un episodio en extremo interesante de la vida del Divino rabí de Galilea, que celebró en parábolas imperecederas el canto de las aves del cielo y el candor de los lirios del campo.

En días de pascuas, Jesús asiste en compañía de sus discípulos, á la cena que le prepara Simón el leproso, en Bethania.

Estando sentado á la mesa se acerca una mujer hermosísima y unge con unguento de nardo, contenido en vaso alabastrino, el cuerpo del Redentor del mundo.

Al contemplar aquella conmovedora escena, la envidia no pudo reprimirse, y alguno hubo que mostró su enojo, á lo cual Jesús con angélica dulzura contestó: «Esta, lo que pudo hizo: se ha anticipado á ungir mi cuerpo para la sepultura.»

Palabras que bastan á expresar la inmensa pesadumbre que gravitó siempre como losa de sepulcro, sobre el alma del sublime Maestro.

El insigne pintor francés, con mágico poder evocativo, traslada fielmente al lienzo una de las páginas más bellas de la historia de Cristo.

Camino del Calvario

Con la cruz á cuestas, ensangrentado como una flor de holocausto, camina el triste Nazareno, sin que una mano amiga ose restañar la sangre que mana de sus heridas mortales y sin que el consuelo prenda su luz en el corazón de la victima propiciatoria, del augusto filósofo.

Tal es la triste imagen evocada por Beraud en horas de dolientes remembranzas.

La pintura del ilustre artista recuerda los versos del poeta:

.....Llegau los salvajes de puños sanguiunarios: cuando en la vña del furor se anegan asesinan á Dios en el Calvario.....

Cristo en la Cruz

Y como Jesús tomó el vinagre, dijo: «Consumado está!»—Y abajando la cabeza, dió el espíritu.

La Escritura se ha cumplido. La luz del cielo apagó sus claridades, los vientos gemieron con formidable estruendo y la tierra se estremeció de horror, porque los hombres acababan de consumar el gran crimen.

Aquel Espíritu, bello como un Alba, fuente viva de consuelos y misericordias, que vino al mundo á derramar el verbo de la Verdad, voló á su Padre Celestial, dejando antes caer sobre la impía muchedumbre las blancas flores del perdón.

El cuadro es de Rubens.

El pincel del gran artista debió sentir al trazar su lienzo, la honda emoción que se apodera de todo el que rememora de algún modo la doliente escena de la crucifixión.

El Calvario

Montagna reproduce el episodio del Calvario, donde muere en infamante cruz el dulce Nazareno, después de haber dado vista á los ciegos, salud á los enfermos y esperanza á los afligidos.

Al pie del madero está María, á quien dirige Jesús sus postreras miradas, en tanto que la tierra se cubre de tinieblas y el velo del templo al romperse anuncia á los mortales que en la cumbre de un monte escueto expira el Hijo de Dios.

El Santo Entierro

El solitario de Patmos, el discípulo amado, dice que rogó á Pilatos José de Arimatea, el cual era secretario de Jesús, mas secreto, por miedo de los judíos, que él quitase el cuerpo de Jesús; lo cual permitió Pilatos. Entonces él vino, y quitó el cuerpo del hijo de María.

Y vino también Nicomedes, el que antes había venido á Jesús de noche, trayendo una mixtura de mirra y aloes, como cien libras.

Y tomaron el cuerpo de Jesús, y le envolvieron en lienzos con especias, como es costumbre de los judíos sepultar.

Y en aquel lugar, donde había sido crucificado, había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno.

Allí pusieron á Jesús, porque aquel sepulcro estaba cerca.

Ciseri toma este pasaje del Evangelio y combina el bello lienzo que hoy engalana las columnas de nuestra Revista.

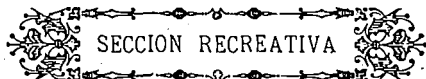
El Santo Entierro, tal cual lo describe Ciseri, es una joya mística digna de figurar al lado de las más aplaudidas obras maestras.

El Descendimiento

El año de 1507 Rafael dió al arte su gran tela El Descendimiento. Desde entonces la mirra del elogio ha envuelto en sus ondas perfumadas la admirable concepción del maestro.

El Descendimiento es una de esas pinturas que al través de los siglos habían á muchas generaciones de los imponderables esfuerzos del hombre superior, de las portentosas facultades del genio máximo.

Nada más bello y admirable que ese lienzo, donde el sublime artista espasme, como una alborada magnífica, el haz de luces maravillosas, las suaves tonalidades de su divino pincel.



SECCION RECREATIVA

Las burbujas y la velocidad de los barcos

A propósito de las mejoras y ensayos que se hacen en los buques para que alcancen mayor andar, el periódico *Scientific American* publica una comunicación que ha recibido y que es curiosa.

La fricción del agua en los costados del buque, dice el comunicante, ocasiona gran pérdida de fuerza. Los peces tienen una cubierta glutinosa que aminora la adherencia del agua á su superficie, y en otros muchos casos el empleo de bolas reduce grandemente el gasto de fuerza por razonamiento.

Una burbuja de aire es una esfera perfecta, y si se introduce un número suficiente de ellas en la parte exterior sumergible, obrarían como bolitas de fricción hasta que alcanzasen la superficie del agua.

La idea se podría llevar á la práctica colocando una cañería llena de agujeros que, partiendo de la proa del barco, recorriese toda la quilla, y haciendo salir aires por ellos mediante una bomba. Al escaparse las burbujas de aire recorrerían los costados del buque hasta alcanzar la superficie, obrando teóricamente como rodillos de fricción.

Echando por la misma cañería un chorro de kerosina, se destruirán los crustáceos y plantas que se pegan al casco, y quedaría cubierto el barco de una capa escurridiza como el cuerpo de los peces.

El comunicante calcula que, con dos ó tres aplicaciones de aceite de kerosina al día, se conservaría el casco del buque suficientemente aceitado.

La luz azul como anestésico

De vez en cuando suele hablarse de experimentos efectuados para comprobar los efectos que parece que causan ciertos colores en el organismo humano, y á ellos hay que añadir hoy las indagaciones hechas por el profesor Redard, de Ginebra, con el fin de aprovechar los efectos fisiológicos de las luces de color en la cirugía.

En el Congreso dental suizo descubrió un efecto anestésico nuevo, basado en la influencia de los rayos azules sobre los centros nerviosos. Repetidos experimentos demostraron al profesor que se podía obtener una especie de adormecimiento de los nervios suficiente para permitir que se hicieran operaciones locales de escasa duración.

Para aplicar el método anestésico de la luz azul se sienta el paciente en una silla, á veinticinco centímetros de distancia de una lámpara eléctrica incandescente de quince bujías, con el cristal azul, y un reflector níquelado, y se le cubre la cabeza con un velo fino, azul también. Dirigiendo la vista á la lámpara, al cabo de pocos minutos el sujeto queda sumido en un estado de inconsciencia, y si se le levanta el velo se le observa la pupila dilatada y la mirada fija. En este estado se le puede extraer una muela ó hacerle otra operación corta cualquiera sin que experimente dolor. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el sistema da mejores resultados en unos individuos que en otros.

El doctor Milliard, de Londres, empleó la luz azul con el mismo objeto. En veinte casos el éxito fué completo, pero no así en otros ocho casos.

Tan extraordinario efecto no se atribuye al hipnotismo, sino á la acción directa de los rayos sobre los centros nerviosos.

La riqueza, autora de la despoblación

Obsérvase frecuentemente que, cuanto mejor se alimentan las personas, menos hijos tienen. De lo que parece deducirse que si se desea que en un país aumenten las cifras de natalidad, bastará condenarla al hambre perpetua.

Esto no es tan paradójico como parece, pues si se consultan las estadísticas se verá que la natalidad decrece por grados en aquellos pueblos que, por haber llegado á un estado de prosperidad material indiscutible, se alimentan bien.

La verdadera ley de población no es pues, la de Malthus, que nos enseñaron en las cátedras de Economía política, sino la de Doubleday, quien afirma que la fecundidad de la especie humana y de todos los seres vivientes se halla en proporción inversa á la cantidad de alimento; que las clases sociales alimentadas deficientemente se multiplican con rapidez, mientras que, por el contrario, las que disfrutan de todas las abundancias son, por una ley fisiológica, tan poco prolíficas, que si se mantiene su número es debido á que muchos de sus individuos proceden de la clase pobre. Esta ley de Doubleday puede ser así sintetizada: en los países civilizados, cuanto más dura es la lucha por la existencia, mayor es la natalidad, tanto en la especie animal como en la vegetal, y cuanto mayor es la protección ejercida sobre ambas especies, en dicha lucha, menor es la fecundidad.

Por virtud de semejante ley, van siendo eliminados los que están arriba, haciendo así hueco para los de abajo. De ahí que nuestra descendencia no podrá nunca desaparecer por falta de alimento.



Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito. **Medalla de ORO de la S^{da} de F^{ia} de París.** **LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.**

Las máquinas automáticas

Las populares máquinas automáticas que por una moneda de diez céntimos entregan diversos objetos, no tienen nada de nuevas, puesto que en tiempos de Herón de Alejandría ya se conocía una.

Este Herón, que floreció por los años 117 á 81 antes de Jesucristo, era autor de muchas y artificiosas invenciones; y en una obra suya describe cierto «vaso de sacrificios» que sólo funcionaba cuando se depositaba en él una moneda.

Al echar las personas devotas de los dioses las monedas por las ranuras de que el aparato estaba provisto, iban á caer en el extremo de una palanca de balanza que, por efecto del

peso, abría la puerta de una esclusa que pendía de una cadena en el extremo opuesto y dejaba salir agua.

Cuando la palanca, por efecto de la presión, adquiría un ángulo determinado, la moneda caía y la esclusa ó válvula se cerraba, cortando la salida del agua.

Útil y agradable.— Dice el Doctor Narciso de la Rosa, buen facultativo de Caracas:

«Hace algunos años que uso con frecuencia en mi clientela la Emulsión de Scott, y me es grato manifestar que no he tenido nunca ocasión de arrepentirme de su favorable acción. Es un preparado útil y agradable, de tal manera que los niños y aun las personas de estómago delicado lo toman sin ninguna repugnancia. En la escrofulosis, al principio de la tuberculosis, y como reconstituyente de los organismos debilitados por enfermedades agudas, la Emulsión de Scott es una preparación de gran mérito

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

EMULSIÓN DE SCOTT



UN ALIMENTO
CONCENTRADO.

EL MEJOR
PARA
LAS MADRES
QUE CRIAN.

INDISPENSABLE
PARA
LA BUENA
NUTRICIÓN Y
DESARROLLO
DE LAS CRIATURAS.

NUTRE, FORTALEGE,
Y ENGORDA.

LA ÚNICA EMULSIÓN
RECOMENDADA
POR
TODOS LOS MÉDICOS

PARA NIÑOS Y ADULTOS.

"Los magníficos resultados que diariamente obtengo en mi práctica con el uso de la Emulsión de Scott Legítima me hacen recomendarla como superior á todas las otras emulsiones."

Habana, Cuba.

DR. ENRIQUE PERDOMO.

PRECAUCIÓN.

Todo frasco de emulsión de aceite de hígado de bacalao que no lleve adherida en la cubierta nuestra marca de fábrica representada por el "hombre llevando un gran bacalao á cuestas," debe considerarse como una imitación inferior, mal preparada, hecha de ingredientes baratos, que solo beneficia al comerciante que la vende.

SCOTT & BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.



El mayor mapa del mundo

Varios geógrafos, representantes de las principales naciones, están ocupados en la confección de un mapa completo del globo terráqueo á escala de 1 por 1.000.000.

Un geógrafo alemán, el profesor Penck, dice que á fines del mes de marzo pasado se habían acabado sesenta y nueve de las 437 fojas de que constará dicho mapa.

La distancia de un kilómetro estará en él representada por un espacio de cerca de siete milímetros de largo.

Cierto es que hay muchos mapas de áreas pequeñas trazados á mucha mayor escala que éste, pero el representar toda la superficie conocida del mundo á la escala que hemos consignado, es un trabajo de grandísimo interés.

J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",
OFRECEN EN VENTA LA OBRA

"Colón y su descubrimiento; el Nuevo Mundo
ó la Gran Colombia",

POR D. FELIX E. BIGOTTE;

edición de lujo; 3 volúmenes en 4º; papel vitela, grabados en colores, con dos fac-símiles cartas de Colón,

A BS. 24, LA OBRA A LA RUSTICA

DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS

Las órdenes del Interior de la República, deben venir acompañadas de Bs. 4 más, para el franqueo.

El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en letra de fácil cobro.



PARTICIPAMOS á nuestra clientela y al público en general que hemos sido encargados por el señor

LUIS F. GUEVARA, HIJO

para la venta exclusiva en Venezuela de los relojes

PATEK PHILIPPE & Co.,

por lo cual nos ofrecemos gustosos á todo lo relacionado con dichos relojes.



GATHMANN HERMANOS
Se traen por encargos especiales



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILLORE DUSSEY**. 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

**COLORES
PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

**El mejor y más económico
Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 618

**PÍLDORAS
MOUSSETTE**

*Neuralgias
Jaquica
Ciática.*

CLIN Y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
607

**AVISO A
LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE**

**CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS**

Fcia G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA MUJER QUE SEDUCE Y ENCANTA

ATRAE POR LA BELLEZA DE SU ROSTRO

Mejillas frescas, Sonrosadas, Firmes y Suaves como el terciopelo

"La apariencia personal contribuye poderosamente en el éxito y en la felicidad de la vida".

Si se desea tener ó conservar una bella complexión úsese el **Jabón de Romero del Doctor Lobb** que se fabrica científicamente para vivificar y embellecer la tez; curar los barros, las espinillas, las irritaciones cutáneas, las eczemas, las escaldaduras de los niños y la caspa. Da una perfumada, abundante y rica espuma.

Se asegura que afirma positivamente el cabello. Es indisputable que deleita y enriquece el baño. — El **Jabón del Doctor Lobb** contiene sólo las famosas virtudes sanativas del **Romero y Refinados Aceites Vegetales** de la mejor calidad. —

Precio: 3 y medio reales.

SEÑORES H. THIELEN Y Ca. — Caracas.

(Esquinas de Coliseo y Llaguno)

Depósitos en las principales Farmacias y Droguerías de Caracas

Valencia, Herrera Hermanos. — La Victoria, H. J. Croes. — Maracabo, José Pinedo y Ca. — Barquisimeto, Francisco A. Bolaños y Ca. — San Fernando de Apure, C. M. Laya y Ca. Sucesores. — Ciudad Bolívar, G. Scherling y Ca. — Puerto Cabello, M. Agreda.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS las BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 94, Rue Lacaze, Paris y las principales boticas.

Desconfíase de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

HIERRO QUEVENNE

Cura: ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD

Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA

de PARIS. — El más activo y económico, el único Hierro INALTERABLE en los países cálidos. Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

Por qué quitan el apetito

las emociones

Es cosa frecuentemente comprobada que las emociones violentas, ya sean de alegría ó de dolor, de miedo ó de cólera, quitan el apetito.

¿Se trata de una simple coincidencia? ¿Es ello, acaso, una distracción de orden psicológico que, al concentrar la entera atención de la persona sobre un solo punto, la aparta de pensar en la satisfacción de la más imperiosa y más ineludible de las necesidades corporales? ¿No pudiera ocurrir que la causa de todo fuese un simple fenómeno de orden fisiológico?

Mereciendo el asunto ser dilucidado convenientemente, la Sociedad de Medicina interna de Berlín comisionó al efecto á uno de sus individuos más distinguidos, el doctor Bickel, quien, á fin de llevar á cabo sus experiencias, eligió un perro de carácter en extremo excitable.

Empezó por someter al animalito á la operación de la esafagotomía, es decir, que le aisló el estómago con objeto de poder medir la cantidad

de jugo gástrico elaborado durante cierto período de tiempo. De este modo pudo apreciarse que, colocado el perro ante un manjar cuya vista y cuyo olor le satisficieran en grado supremo, el animal segregaba normalmente 66 centímetros cúbicos de jugo gástrico en veinte minutos. Si, por el contrario, se ponía al lado del apetitoso manjar á un gato, vecindad que molestaba muchísimo al chuchó, llegando á encolerizarle, la producción de jugo gástrico descendía de un golpe á nueve centímetros cúbicos en el mismo tiempo.

Hase, pues, evidenciado que se trata de un fenómeno fisiológico, y que las emociones violentas, perturbando el sistema nervioso, y en particular los nervios pneumogástricos, dan por resultado inmediato aminorar ó suprimir las secreciones indispensables para excitar el apetito y favorecer la digestión. Verdad es que lo contrario puede también producirse, aunque con menos frecuencia. En todo caso, no se modifica nunca la calidad del jugo gástrico, sino su cantidad.

EXIJAN Vds.

¡Una sola PÍLDORA BLANCA las purga!

DEHAUT A PARIS Impresora en Negro.

Las PÍLDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT

no toman al comer.

¡Rápida, Regimen, No mata.

Las menos COSTOSAS para que sea las más activas.

Modelos del frasco de las verdaderas

PÍLDORAS PURGATIVAS DEL D^r GUILLIÉ

Estas Píldoras con base de extracto de Elixir tónico anémico del D^r GUILLIÉ son empleadas con éxito como Purgativo y depurativo y en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Pútridas y Perniciosas, la Gripe ó Influenza y todas las enfermedades ocasionadas por la Bile y los Flemas.

Dr Paul GAGE Hijo, Farm^a de 1^a Clase
9, rue de Grenelle-St-Germain, Paris
Y EN TODAS LAS FARMACIAS



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA
Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

Gentes que hablan y
escriben idiomas
extranjeros sin
haberlos aprendido

MISTERIOS DEL
ESTADO CATALÉPTICO

Una revista médica italiana da cuenta de sorprendentes experimentos psicológicos, recientemente llevados á cabo en Milán por un famoso especialista de enfermedades mentales.

El doctor en referencia, después de producir el estado cataléptico en un muchacho de catorce años, cuya educación se encontraba bastante atrasada, le sometió á un interrogatorio compuesto de palabras griegas, latinas, árabes, inglesas y alemanas. El niño, á pesar de desconocer en absoluto dichas lenguas, contestó á las preguntas en el idioma en que aquellas habían sido formuladas, con la particularidad de que la voz perdió en tales instantes el desentono peculiar de la edad para adquirir robustez de sonido completamente varonil.

Estas experiencias, aunque interesantísimas, tienen precedentes, pues hará cosa de un par de años, el profesor Richet, de la «Sociedad francesa de investigaciones psíquicas», observó un fenómeno igualmente inexplicable.

Cierta señora amiga suya fué sometida al estado hipnótico, ordenándosele que escribiese algunas frases en griego, lengua que ignoraba por completo. En la primera sesión la señora escribió tres frases griegas con la mayor corrección, siendo de advertir que el profesor Richet fué el primero en maravillarse, pues las tres frases transcritas eran las mismas que él, con todo secreto, había buscado y acotado en un diccionario rarísimo griego-francés de su propiedad; no cabía, por tanto, la sospecha de que la señora en cuestión las hubiese visto y aprendido. Aunque después de todo, esto nada hubiese significado, puesto que, como ya dijimos, la hipnótica ni aun conocía los signos ortográficos griegos. En otra sesión, la dama hipnotizada compuso una frase en el citado idioma con la misma elegancia gramatical con que lo hubiese hecho el mismo Sófocles.

Tan inexplicable cual lo anterior es lo relatado

No menos estupendo es el caso referido por el médico inglés Huxley, quien, hará de esto varios años, vió á un soldado herido de gravedad en una batalla, y en pleno estado cataléptico escribir al dictado largos párrafos en idiomas que no sabía, y con tanta perfección cual si de su propia lengua se tratara.

También es notabilísimo el experimento hecho por Huxley con un cochero londinense, el cual apenas si era capaz de contar por los dedos hasta diez, y que en estado cataléptico resolvía los más complicados problemas aritméticos. Otro cataléptico en Rouen, recitaba, sin saber latín, salmos enteros en esa lengua sin equivocarse en una sílaba.

Tan inexplicable cual lo anterior es lo relatado



ORNAMENTACION Y PIEDRAS ARTIFICIALES

14 AÑOS DE ÉXITO

ES LA MEJOR RECOMENDACIÓN

RESPONSABILIDAD EN TODOS SUS TRABAJOS

Colores firmes é imborrables en sus Mosaicos

Está la Fábrica abierta todos los días de 7 a. m. á 6 p. m.

Puede visitarla todo el que guste ver cómo se construyen los diferentes artículos que se fabrican.

Siempre hay en depósito de 3 á 4.000 metros de Mosaico.

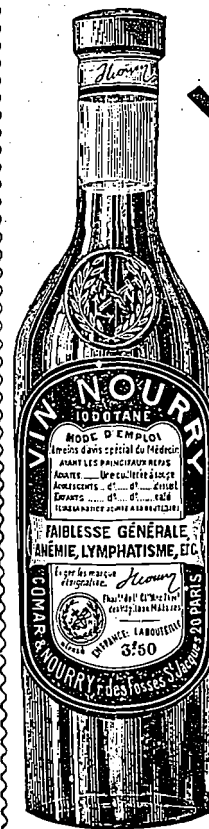
Dirección: Avenida del Paraíso - al lado de la Plaza de la República.

Teléfono N° 2.181.

Apartado de Correo N° 81.

NO TIENE SUCURSALES

Toda orden es atendida inmediatamente



VINO
NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez

Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO Nourry reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.

SE VENDE

F. COMAR & FILS EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

por el doctor inglés Barret, referente á una dama hipnotizada, que hallándose en ese estado, leyó el contenido de una carta encerrada bajo sobre.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el Digestivo Mojarrieta purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del Digestivo Mojarrieta y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de Valentiner y Cr, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada
CARACAS - VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse a EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscripción POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza a su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48

L. Theodor Ravelo - 15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España - Pesetas 48

J. Puig Corvé - Paseo de Gracia 69

Hamburgo - Marcos 38,70

Wolfers & Pontt. - Fischmarkt 11.

New York - Fts. oro 9.23

De Sola Bros. & Pardo. - 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS**FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA**

La Hidroterapia cura: La *Dispepsia*, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Friaedad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación*; La *anemia crónica* del cerebro. *Impotencia*, *Neurastenia*, *Histeria*. Dolores habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado*; dificultades de la *respiración*; las enfermedades crónicas del centro *nervioso*; todas formas de *Neuralgias*; La *Hidropesía*; conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo*, el *estreñimiento*, el *Paludismo crónico*, el *Beri-beri*, la *Obesidad*, etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS**TIPOS****SIEMPRE NUEVOS**

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorias de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cría; alegorias de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL CASA DE MODAS

Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Díaz & Ca.

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR		PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia			Pólvora y Taco.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Vestigios.....	Bs. 2.50	Bs. 2.75	Andrés Mata		
Ismael Enrique Arciniegas			Idilio Trágico (Poema).....	Bs. 1.	Bs. 1.25
Poesías.....	Bs. 5.	Bs. 5.50	Gerónimo Maldonado, hijo		
Jacinto Añez			Episodios.....	Bs. 3.	Bs. 3.
Trizas de Poemas.....	Bs. 2.	Bs. 2.50	José Núñez de Cáceres		
Rufino Blanco Fombona			Latín Clásico.....	Bs. 3.	Bs. 3.50
Trovadores y Trovas.....	Bs. 3.	Bs. 3.25	V. M. Ovalles		
Cuentos de Poeta.....	" 2.50	" 2.75	"El Llanero".....	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Más allá de los Horizontes.....	" 2.	" 2.50	Miguel Eduardo Pardo		
Contes Américains.....	" 4.	" 4.50	Volanderas.....	Bs. 3.	Bs. 3.
Pequeña Opera Lfrica.....	" 2.50	" 2.75	Francisco de Sales Pérez		
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon).....	" 1.	" 1.25	Ratos Perdidos (nueva edición).....	Bs. 3.50	Bs. 4.
José Antonio Calcaño			Gonzalo Picón Febres		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición.....	Bs. 1.	Bs. 1.25	El Sargento Felipe (novela).....	Bs. 3.	Bs. 3.25
Pedro-Emilio Coll			Flor (novela).....	" 2.	" 2.25
El Castillo de Elsinor.....	Bs. 2.50	Bs. 3.	Victor M. Racamonde		
Julio Calcaño			Mis Versos.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Parnaso Venezolano (600 páginas).....	Bs. 3.	{ más el porte.	Baldomero Rivodó		
" " Empastado.....	" 4.		Entretenimientos Filosóficos y Litera- rios (tercera edición).....	Bs. 4.	Bs. 4.50
Manuel Díaz Rodríguez			Voces y Locuciones extranjeras.....	Bs. 3.	Bs. 3.50
Confidencias de Paiquis.....	Bs. 3.	Bs. 3.	Máximo Soto-Hall		
Sangre Patricia (novela).....	" 3.50	" 4.	"Chispas Venezolanas".....	Bs. 1.	Bs. 1.25
Dr. Anibal Dominici			Felipe Tejera		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica.....	Bs. 14.		Manual de Historia de Venezuela (uar- ta edición).....	Bs. 4.	Bs. 4.25
Idem idem empastado....	" 18.		Juan C. Tinoco		
Pedro César Dominici			Album de Viajero.....	Bs. 3.	Bs. 3.25
Ideas é Impresiones.....	Bs. 3.	Bs. 3.	Doctor Elías Toro		
El Triunfo del Ideal (novela).....	Bs. 2.50	" 2.75	"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
Dr. A. Ernst			José Ignacio Vargas Vila		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA)...	Bs. 2.50	Bs. 2.75	Bustos y Medallas.....	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Alejandro Fernández García			Sueños Azules.....	" 1.	" 1.25
Oro de Alquimia.....	Bs. 2.	Bs. 2.25	Del Opio.....	" 4.	" 4.
J. M. Galíndez			Carlos A. Villanueva		
Tinta Roja.....	Bs. 2.	Bs. 2.25	París.....	Bs. 3.	Bs. 3.
José Gil Fortoul			César Zumeta		
Pasiones.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75	Escrituras y Lecturas.....	Bs. 3.	Bs. 3.25
Emilio Constantino Guerrero			Empresa El Cojo		
Campaña Heroica.....	Bs. 2.50	Bs. 3.	Tablas de Derechos de Aduana, calcu- lados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívares.....	Bs. 10.	
Sangre Patria.....	" 2.50	Bs. 3.	Plano é Indicador de Caracas.....	" 2.	
Lucía (novela).....	" 2.	Bs. 2.25	Tablas de Monedas.....	" 1.	
El Táchira físico, político é ilustrado.....	" 5.	Bs. 6.	Almanaque de pared, astronómico y religioso.....	" 20.	gruesa.
F. Jiménez Arráiz					
Del Vivac. (2ª edición).....	Bs. 3.	Bs. 3.25			
Miguel Mármol (Jabino)					
Tiros al Blanco.....	Bs. 1.50	Bs. 1.75			

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SE SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—
Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—
Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—
Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récep-
Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos—Felicitaciones—Bautismos—
Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales—Tarjetas de agradecimiento—Folletos—Periódicos—
Cheques de Banco—Programas de Baile—Menu para banquetes—Almanaques
Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se
regulara en el arte tipográfico.

FOTOGRAFADO

Se hacen clasés conforme á los originales que el interesado presente;
y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para
inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc.
Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales
como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior,
y se presentan del modo más conveniente para los detalladores.
Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente.
Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América.
Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.